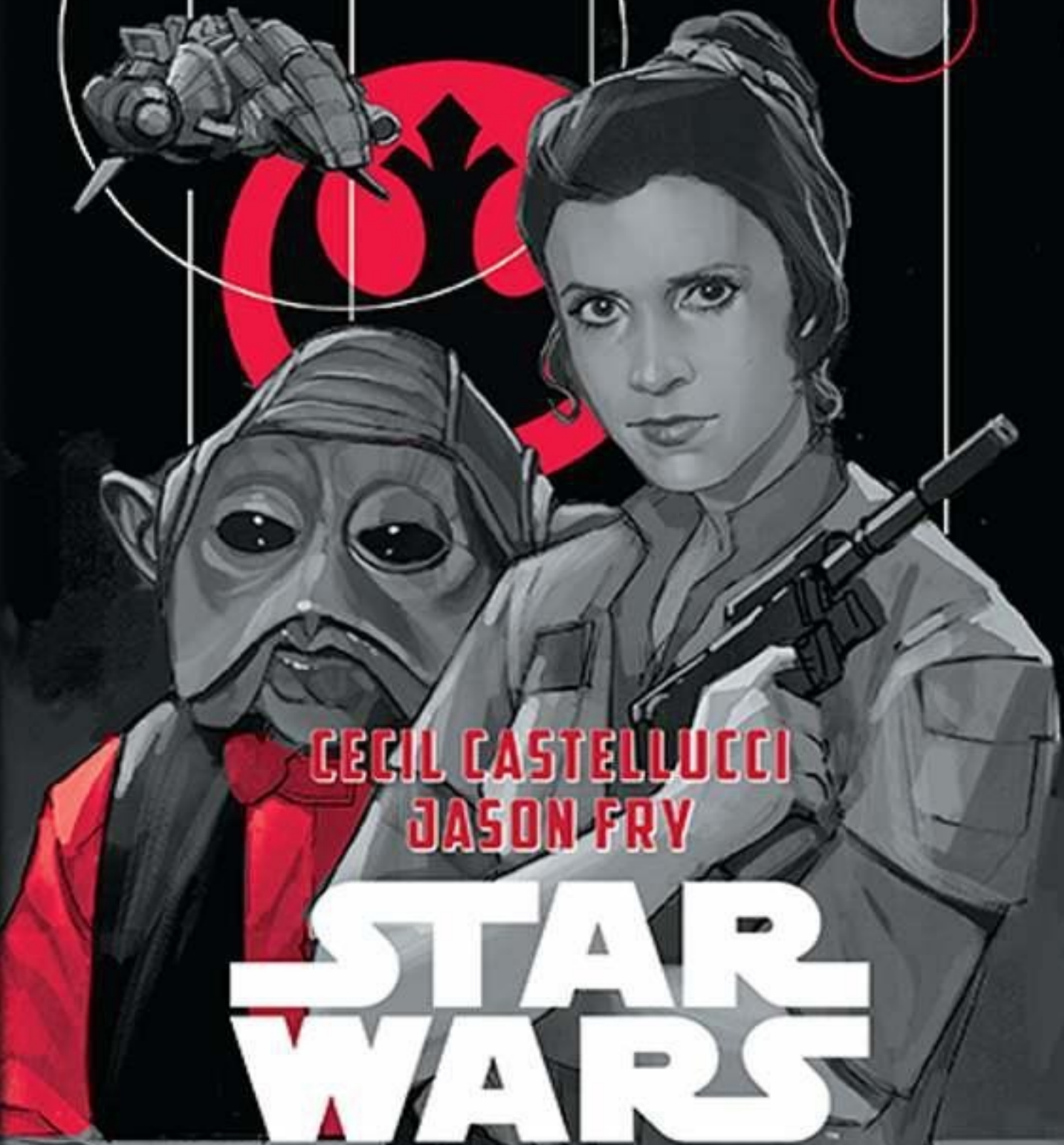


RUMBO A STAR WARS: EL DESPERTAR DE LA FUERZA



CECIL CASTELLUCCI  
JASON FRY

# STAR WARS

UNA AVENTURA  
DE LA PRINCESA LEIA

OBJETIVO EN MOVIMIENTO

Lectulandia

¡LA PRINCESA LEIA REGRESA EN UNA AVENTURA TOTALMENTE NUEVA!

En esta historia situada entre *Star Wars. Episodio V. El Imperio contraataca* y *Star Wars. Episodio VI. El regreso del jedi*, la princesa Leia deberá dirigir a un variado grupo de rebeldes en una peligrosa misión que pretende ser un señuelo para el malévolo Imperio Galáctico.

**Lectulandia**

Cecil Castelluci & Jason Fry

# **Objetivo en movimiento**

**Una aventura de la princesa Leia**

**Canon - 5.01**

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2018

Título original: *Moving Target: A Princess Leia Adventure*

Cecil Castelluci & Jason Fry, 2015

Traducción: Paola Carola Gómez Lagunes

Ilustraciones: Phil Noto

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

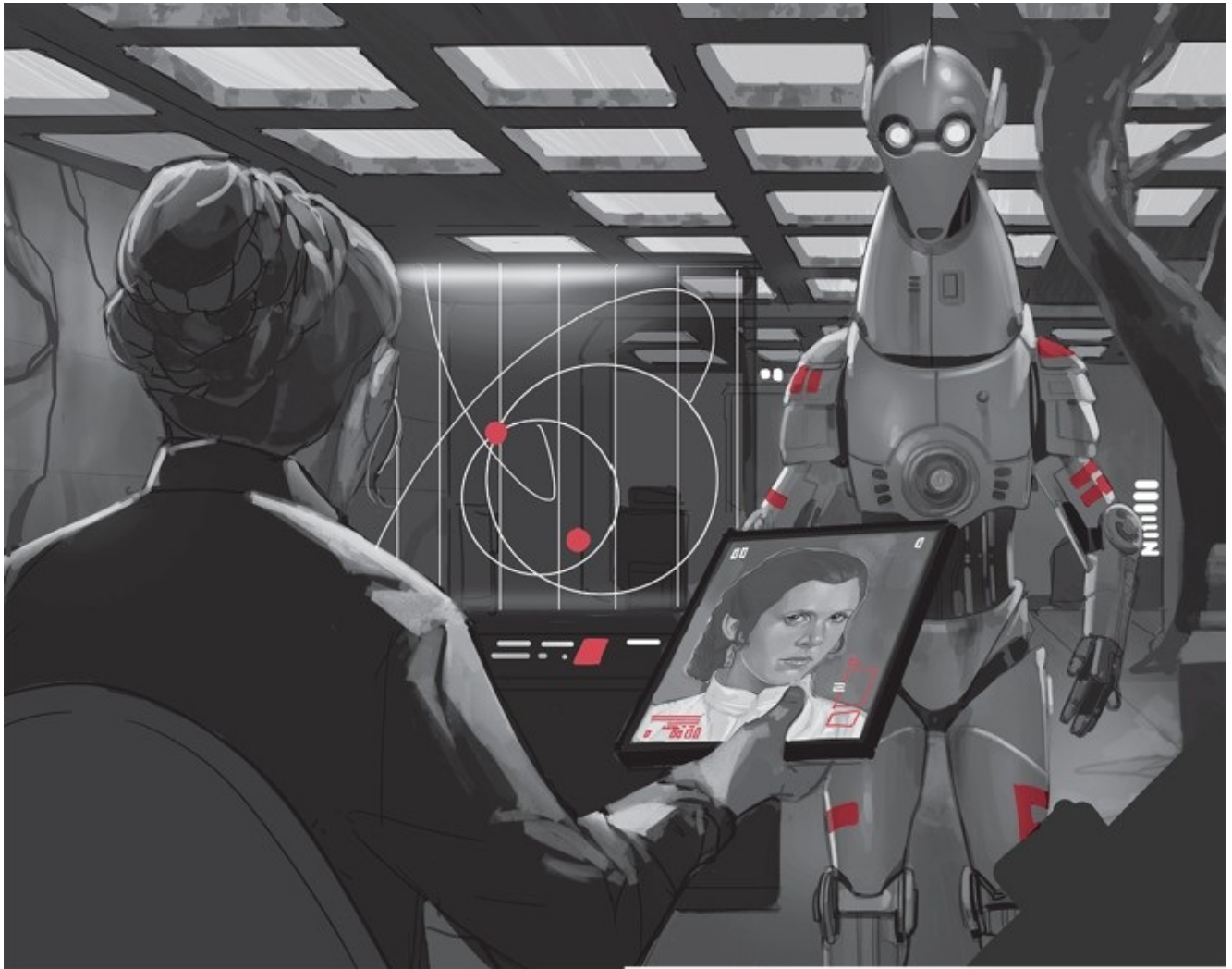
---

*Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...*



# PRÓLOGO

The background of the page is black. A large, semi-circular shape is formed by horizontal red lines of varying density, creating a gradient from dark red to bright red. A solid black circle is positioned in the center of the red shape, partially overlapping it. The word 'PRÓLOGO' is written in a bold, white, sans-serif font across the upper portion of the red shape.





PZ-4CO estaba de regreso, pero Leia estaba tan cansada que no pudo inventar alguna excusa para librarse de él.

—General Organa, fui asignado para ayudarla a grabar sus recuerdos —dijo el alto droide de protocolo de color azul plata—. He realizado siete peticiones previas. Cuando hice la primera, hace cuarenta y cuatro días, usted dijo que...

—Recuerdo lo que dije, PZ —lo interrumpió Leia, recargándose contra la entrada de su habitación. El droide la miró con incertidumbre, claramente esperando ser invitado a pasar.

—Cuando hice mi segunda petición, hace treinta y ocho días, su razón fue...

—No vamos a hacer una recapitulación de las últimas siete peticiones y cómo respondí a ellas —dijo Leia, cruzando sus brazos. De pronto, los extraños modales de C-3PO ya no le parecieron tan malos—. ¿Me puedes recordar, por favor, por qué esto es tan importante?

El droide ladeó su cabeza hacia Leia, lo que la hizo sonreír ligeramente. La programación de PZ no había previsto esa pregunta.

—La razón me parece obvia —observó PZ-4CO—, usted fue un miembro determinante de la Alianza Rebelde durante la Guerra Civil Galáctica, una veterana de batallas clave como Yavin, Hoth y Endor.

—Eso fue hace mucho tiempo —respondió Leia y su mirada se volvió fría—. Una vez más estamos al borde de la guerra... a la cual tal vez no sobrevivamos. Por lo tanto, ninguna de esas cosas tendrá importancia.

—Esas cosas son esenciales —objetó el droide—. Usted es la líder de la Resistencia, por ende, un objetivo importante para la Primera Orden. Usted es un símbolo de la Resistencia y es la inspiración de todos aquellos soldados que forman parte de nuestra causa y realizan su misión en estos tiempos tan difíciles.

—Misión —dijo Leia, sonriendo con tristeza, después movió la cabeza.

—¿La ofendí de alguna manera? —preguntó el droide con cautela.

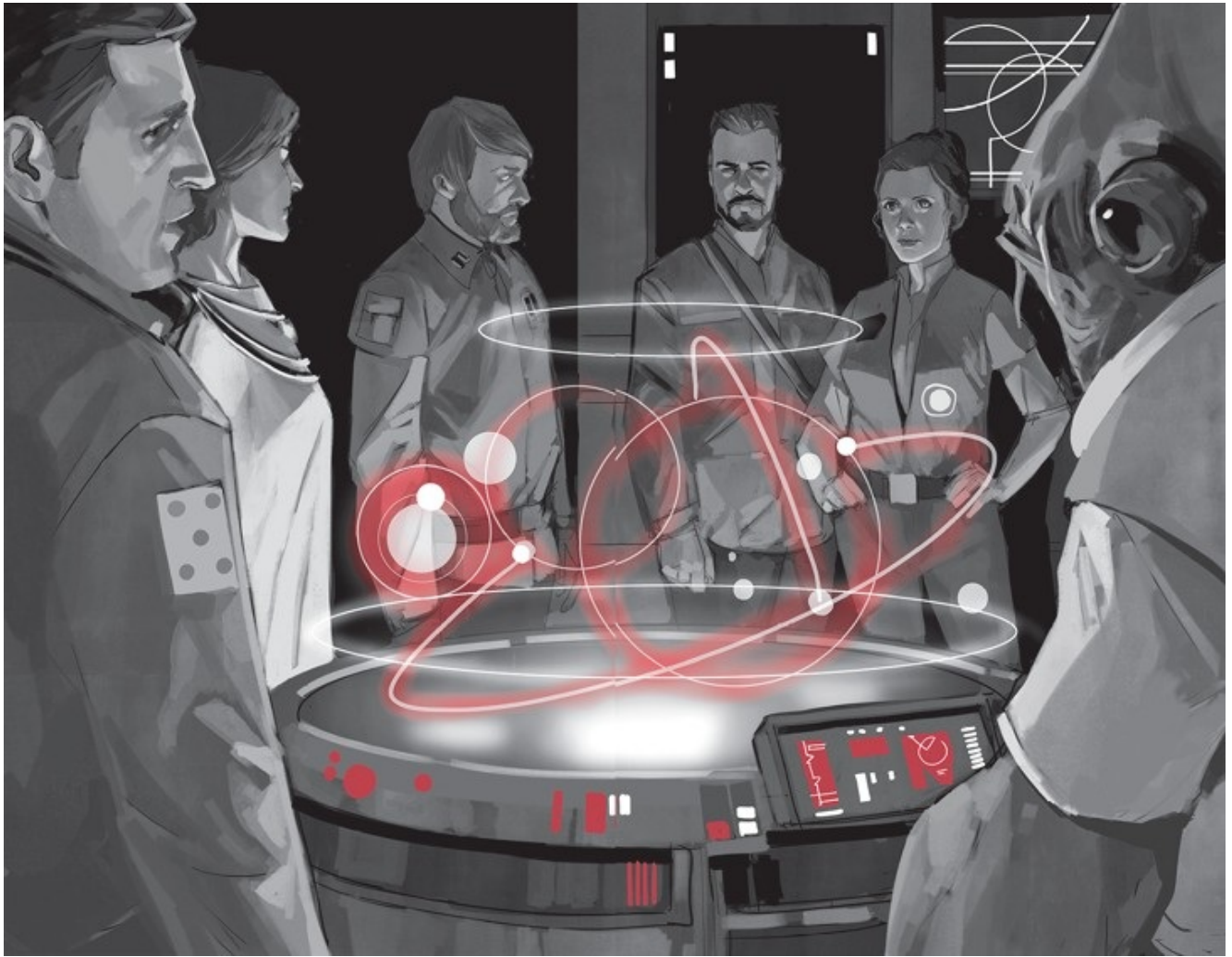
—No lo hiciste, pero esas son las palabras de alguien más. ¿Con quién has estado hablando, PZ?

—El comandante Ematt ha sido de gran ayuda al prepararme para entrevistarla —contestó el droide.

—Debí imaginarlo —dijo Leia, sonriendo al escuchar el apellido de aquel hombre que había peleado a su lado durante tantos años—. Muy bien, me rindo —expresó, indicándole al droide que podía entrar—. ¿Por dónde quieres empezar? No, no importa. Tú mencionaste algo sobre una «misión», y, como era de esperarse, he pensado en eso, también... en una lección que aprendí hace muchos años. Y pienso que todos los miembros de la Resistencia deberían perfeccionarla.

# PRIMERA PARTE





# CAPÍTULO 1

## ATAQUE IMPERIAL

Para cuando vieron a los cazas TIE, ya era demasiado tarde.

La princesa Leia Organa ni siquiera conocía el nombre del sistema por el cual volaban. Estaba formado apenas por un pequeño sol de luz tenue: un gigante pálido de gas morado y un vasto campo de rocas y polvo que la gravedad no había logrado reunir para conformar un nuevo planeta.

Los operadores de los sensores, que se encontraban en la fragata Nebulon-B de Leia, el *Remembrance*, detectaron a los cazas imperiales volando a través de las rocas flotantes, lo que significaba que los cazas TIE también localizaron a los rebeldes. Muy pronto se hicieron notar en medio de los asteroides y comenzaron a acercarse amenazantemente hacia el pequeño convoy rebelde: el *Remembrance*, dos transportes GR-75 y al menos cuatro naves de bloqueo.

En cuanto las sirenas comenzaron a sonar a bordo del *Remembrance*, Leia cruzó el puente para colocarse al lado del Capitán Volk Aymeric. La criatura de piel verde, de la especie ishi tib, contemplaba la representación holográfica del sistema, las ubicaciones de las naves rebeldes, así como de las imperiales, todas ellas marcadas con flechas y cruces. Aymeric mantenía sus brazos detrás de él, con tranquilidad, pero sus tentáculos oculares temblaban ligeramente.

Leia se obligó a no decir nada. Ella era una de las principales líderes de la Rebelión, pero Aymeric comandaba esa nave y esa relación podía volverse incómoda. Leia no quería que la tripulación de Aymeric creyera que le daba órdenes a su capitán y ella sabía que el oficial ishi tib sentía lo mismo al tener a una líder rebelde tan importante como ella a bordo de su nave. La mayor parte del tiempo mantenían mucha comunicación. En otras ocasiones, muy poca.

—Envíen a nuestros cazas estelares piquete para interceptar e incrementen el alcance de los escáneres —ordenó Aymeric.

—Esos son cazas de corto alcance —dijo Leia—. Y no hay bases conocidas en este sistema. Es por eso que tomamos esta dirección a través del hiperespacio.

Aymeric giró el tentáculo ocular izquierdo en dirección de ella y abrió el pico. Leia había aprendido que, para aquella especie, ese gesto equivalía a fruncir el ceño.

—Exactamente —respondió el capitán—. Lo que significa que hay una nave más grande allá fuera. Dirijan el audio de los cazas estelares al...

—¡Capitán! —gritó uno de los oficiales del sensor—. ¡Tres naves saliendo del hiperespacio en el sector 3-F!

—Traigan de vuelta a los cazas estelares para que defiendan al convoy —ordenó

Aymeric.

En el puente había un gran ajetreo. Los sensores identificaron a los recién llegados como un trío de cruceros ligeros clase Arquitens, lo que pronto fue confirmado por uno de los oficiales del puente. Leia podía imaginárselos volando a toda velocidad a través del espacio: triángulos alargados con las puntas frontales bifurcadas, unidos a tres motores cilíndricos.

Alguien dirigió al sistema de comunicación del puente el audio que provenía de los seis pilotos de X-wings, que patrullaban; el silencio se llenó con su parloteo. Los tentáculos oculares de Aymeric giraron, cada uno por su cuenta, para mirar hacia la pantalla holográfica y enfocarse en los miembros de la tripulación del puente que proveían nueva información.

—¡Los cruceros están haciendo añicos a los cazas! —advirtió uno de los miembros de la tripulación.

—Disparen a discreción —dijo Aymeric—. Ordenen a todas las naves que preparen el salto al hiperespacio... Nos volveremos a encontrar en el punto de reunión determinado según el protocolo de dispersión Besh.

Los turboláseres del *Remembrance* comenzaron a disparar y la cubierta se sacudía ligeramente bajo sus pies con cada disparo de energía que se enviaba al espacio.

A un lado de Aymeric, Leia apretó los puños. Ella no servía de nada ahí. Se sentía como si estuviera de pie al lado de sus padres adoptivos, Bail y Brea, esperando durante una de las infinitas ceremonias reales de Alderaan, consciente de que no debía expresar emoción alguna, porque podía ser vista y después la gente hablaría de eso. Alguna vez, se quejó con una de sus tías de que ser una princesa debería ser algo más que solo hacer su trabajo en silencio, pero su tía le dijo, con una triste sonrisa, que eso, justamente, describía el trabajo de una princesa.

—¿Hay otras unidades rebeldes en el rango de alcance? —preguntó Leia, quien odiaba la idea de ser perseguida por tres de las naves de guerra más pequeñas del Imperio.

—Negativo —contestó Aymeric—. Con el Imperio buscándonos por todas partes, la flota se dispersó completamente, dividiéndose en pequeños convoyes como los nuestros. Es más seguro de esa manera.

«Salvo cuando necesitamos ayuda y no hay nadie alrededor», pensó Leia.

Observó destellos de luz a través de las amplias pantallas de visualización del puente del *Remembrance* y sintió el movimiento abrupto de la fragata en cuanto los disparos láser hicieron contacto con los escudos.

Entonces, el piloto de un X-wing soltó un alarido; el volumen de su voz aumentó y de pronto se esfumó entre la estática. Una de las cruces de la pantalla holográfica de Aymeric parpadeó y después desapareció. Otra vida rebelde acababa de perderse, lo que significaba otro difícil mensaje que caería como un relámpago devastador en el corazón de algún padre o pareja. ¿Cuántos iban hasta ahora? Leia no quiso ni intentar hacer ese terrible cálculo.

Tres de las naves de bloqueo dieron el salto hacia la seguridad del hiperespacio. Los X-wings se apresuraban hacia el mismo objetivo. Leia podía escuchar a los pilotos apurando a sus droides astromecánicos, para que hicieran los cálculos de navegación mucho más rápido.

—Capitán, tengo una señal importante del *Ranolfo* —dijo un joven teniente al identificar una de las naves de bloqueo—. Perdieron los escudos de estribor.

—¿Cuánto tiempo les falta para dar el salto al hiperespacio? —preguntó Aymeric.

El teniente habló con apremio a través del auricular comunicador y después negó con la cabeza.

—Al menos tres minutos.

—Capitán, nuestro trayecto está cerrado y estamos listos para dar el salto al hiperespacio —indicó el timonel.

—¿Los vamos a abandonar? —preguntó Leia.

Muchas cabezas voltearon en el puente y el pico de Aymeric se abrió.

—Giren hacia cero-treinta-ocho, para cubrirlos —dijo, sin mirar a Leia.

El *Remembrance* se ladeó hacia estribor, los turboláseres comenzaron a disparar fuego, haciendo un esfuerzo por mantener al enjambre de cazas TIE lejos de la vulnerable nave de bloqueo. Leia contempló tristemente la pantalla que flotaba frente a ella: solo había tres cruces y muchas, muchas, flechas.

Después, el *Remembrance* se sacudió y fue atravesado por una fuerte vibración, seguida de un crujido y del aullido de las alarmas.

—¡Reporte de daños! —gritó Aymeric.

—Tenemos una fractura en el casco, justo delante del tubo de conexión... Y los escudos secundarios están por debajo de quince por ciento.

Los hombros del ishi tib se desplomaron.

—En cuanto dé la orden daremos el salto al hiperespacio.

—Capitán... —Leia comenzó a hablar, pero Aymeric volteó hacia ella; su voz era tan suave que solo ella podía escucharlo.

—No dejaré que los hombres y mujeres a bordo del *Ranolfo* mueran en vano, princesa —dijo—. Ellos tienen la misma misión que cada uno de los seres de este convoy: mantenerla a usted a salvo.

Leia miró hacia otro lado, forzándose a sí misma a aflojar los puños, a respirar. Su rostro se volvió impasible cuando volteó de nuevo a mirar a Aymeric y asintió. A duras penas escuchó la orden de mando que Aymeric gritó al navegador y la apariencia de las estrellas alargándose al punto de volverse líneas, en cuanto el *Remembrance* desapareció en el hiperespacio, dejando atrás a la nave de bloqueo, destinada a la destrucción.

# CAPÍTULO 2

## EL PRECIO DE LA MISIÓN

Cuando Leia abandonó el puente del *Remembrance*, un personaje familiar la esperaba del otro lado de la puerta... un droide de protocolo con recubrimiento dorado.

C-3PO comenzó a decir algo, pero ella no dejó de caminar, lo que lo obligó a seguirla mientras los servomotores del droide chirriaban. Leia le ordenó que se mantuviera fuera del puente, ya que su situación era lo suficientemente estresante aun sin las incesantes quejas y preocupaciones de C-3PO.

El droide le pertenecía a Luke Skywalker, pero se lo había prestado para ayudarla en todo lo relativo a la etiqueta y el protocolo para cuando se reuniera con delegaciones secretas de planetas que pudieran sumarse a la Rebelión en su guerra para derrocar al Imperio. Como antigua senadora de Alderaan, Leia manejaba con facilidad esas juntas y podía recurrir, sin problema alguno, a su propio entrenamiento diplomático, adquirido a lo largo de su vida.

Pero recientemente no habían tenido ese tipo de reuniones, solo huidas infinitas a través del espacio, esforzándose por mantenerse un paso adelante de las patrullas imperiales. Después de la desastrosa derrota de la Alianza en el planeta helado de Hoth, Mon Mothma y los demás líderes de los rebeldes ordenaron a la flota dividirse en pequeños destacamentos, que constantemente pasaban de un sistema estelar a otro.

Mothma explicó que esas medidas preventivas estaban diseñadas para prevenir otra derrota que los propagandistas imperiales pudieran celebrar. Sin embargo, a Leia le preocupaba que esas huidas constantes hicieran que la Alianza pareciera débil, cuando en realidad necesitaban convencer a la gente de que el yugo del Emperador podía vencerse. La Alianza necesitaba reunir sus fuerzas una vez más y obtener algunas victorias en el campo de batalla.

—Señorita Leia, ¿adónde va usted? —preguntó C-3PO lastimeramente, arrastrando los pies tan rápido como podía, para aguantarle el paso.

—A mi habitación —respondió Leia sin voltear—. Asumo que recuerdas dónde está.

—Por supuesto que sí —contestó C-3PO, cuyo conocimiento de etiqueta, de alguna manera, no incluía el reconocimiento del sarcasmo—. Mis bancos de memoria contienen esquemas de cada nave a la que he sido asignado mientras he servido a la Alianza.

—Ese es un excelente uso de tus bancos de memoria, si consideramos que muchas de esas naves ahora solo son polvo espacial.

Algunos rebeldes hacían un saludo militar al paso de Leia. Ella quería que la

tierra se la tragara cada vez que alguien lo hacía, pero se forzaba a asentir a manera de respuesta; aquella era una señal de respeto hacia ella como su superiora, pero no eran sus amigos.

Ella nunca había tenido muchos amigos. Se había concentrado en la misión para la cual Bail Organa la entrenó, prácticamente, desde su nacimiento: derrocar al Imperio que había destruido tantas cosas. Pero después, Luke llegó a su vida... junto con Han Solo y Chewbacca.

C-3PO dijo algo, pero ella no le prestó atención. Pensó en la última vez que vio a Han... en sus ojos, que la miraron desde el interior de la cámara de congelación con carbonita, en la Ciudad de las Nubes. Y después, recordó todo lo que habían compartido durante las semanas anteriores a ese suceso: la manera en la que ella comenzó a temblar cuando él tomó su mano, a bordo del *Halcón Milenario*, y se acercó poco a poco hasta que finalmente la besó. Él tenía razón... ella necesitaba a un sinvergüenza en su vida, alguien que no le hiciera saludos militares, alguien a quien no le importara su título o su papel en la Alianza.

Y ella quería que ese alguien fuera él, pero él le había sido arrebatado, al igual que sus padres adoptivos, y que todo lo demás de su planeta natal, Alderaan. Los había visto morir, incinerados por el superláser de la Estrella de la Muerte, mientras Grand Moff Tarkin y Darth Vader la obligaban a mirar. Y ahora, Han se había ido, estaba fuera de su alcance. Lo único que podía hacer era esperar, aunque en una silenciosa desesperación, algún mensaje de Lando Calrissian o Chewbacca.

Leia pasó a un lado de un grupo de rebeldes que estaban agachados frente a una puerta abierta, avanzó dos pasos, y advirtió que ninguno de ellos la saludó o siquiera la miró.

Se detuvo, acallando las quejas de C-3PO. Uno de los rebeldes la observó y Leia vio cómo su rostro cambió en cuanto la reconoció. Cuando él comenzaba a pararse en posición de firmes, ella agitó la cabeza y miró hacia abajo, hacia una joven mujer que se encontraba en el repulsor cart en el pasillo, con su uniforme ennegrecido y hecho jirones.

—Oh —dijo C-3PO—. Ay, no.

—¿Qué sucedió? —preguntó Leia.

—Recibió el impacto de la explosión cuando los cazas TIE fracturaron el casco, señora —dijo un oficial—. La estamos intentando estabilizar mientras los droides médicos atienden a aquellos que se encuentran más lastimados.

«¿Más lastimados que ella?», pensó Leia para su desconsuelo, mirando la gasa que cubría la mitad del rostro de la mujer. La rebelde herida se dio cuenta de quién la miraba y temblorosamente alzó uno de los brazos vendados, en un intento por hacer un saludo militar.

—Eso no es... —comenzó a decir Leia. Después, se detuvo, recordando lo que Aymeric le había dicho. La misión de esa mujer en la nave propulsora era protegerla a ella y había pagado un terrible precio por llevar a cabo esa tarea. A Leia le molestaba



el trato especial, incluso lo consideraba atroz, pero no podía dejarle ver eso a aquella joven rebelde herida. Hacerle pensar que su sacrificio había sido en vano la deshonraría.

Leia detuvo la mirada en el rostro de la rebelde herida. La mujer hizo una mueca de dolor y extendió su brazo aún más, después lo dejó caer; el sufrimiento recorría su rostro. Leia asintió con gravedad hacia ella y después hacia todos los que se encontraban a su alrededor. Luego, se alejó rápidamente por el pasillo y no se detuvo hasta estar de frente a la puerta de su habitación.

—Sigo intentando decirle algo, señorita Leia —exclamó C-3PO—, tengo un mensaje de alta prioridad de parte de Mon Mothma: debemos reunirnos con ella y con los demás líderes de la Alianza de inmediato.

—¿Qué? ¿Por qué no lo dijiste antes? No importa. ¿Qué pasó?

—Me temo que no lo sé, señorita Leia —contestó C-3PO—. Lo único que sé es que debemos esperar un transporte una vez que salgamos del hiperespacio.

# CAPÍTULO 3

## UN ROSTRO FAMILIAR

Para su sorpresa, Leia reconoció al piloto de la nave que la esperaba y al joven oficial de rostro afilado que estaba a su lado.

—¡Nien! —exclamó, sonriéndole al sullustano de ojos oscuros. Nien Nunb había colocado chueca una insignia rebelde en la desgastada chamarra de vuelo que usaba, encontrándole, de alguna manera, un lugar en medio del montón de parches que ya estaban ahí.

Nien puso sus manos enguantadas en la cintura, fingiendo indignación.

—¡Escoltando a la realeza! —balbuceó en sullustés—. De haberlo sabido, le habría cobrado a la Alianza el doble. Teniente Ematt, comuníqueme con Mon Mothma por el...

—¡Qué descarado! —exclamó con desdén C-3PO, parándose detrás de Leia en la cámara de descompresión, junto con su bolso de lona—. ¿Acaso todos en esta galaxia son mercenarios?

—Está bromeando, C-3PO —dijo Leia. Sí, Nien fue contrabandista, y hablaba de manera que parecía no haber dejado atrás, del todo, esa profesión, pero seguía arriesgando su vida para ayudar a Leia a salvar a los exiliados alderaanianos y a preservar la cultura y la herencia del planeta destruido. Ella confiaba en él y se alegraba de verlo.

Sus ojos voltearon hacia el oficial que estaba a un lado de Nien. Ella también conocía a Ematt. En alguna ocasión envió a Han y a Chewie a rescatarlo del planeta Cyrkon.

—¿Están aquí para informarme sobre la reunión? —preguntó mientras los cuatro cruzaban la bahía de acoplamiento del *Mellcrawler*, el destartalado yate estelar de Nien. El desorden en su interior hacía que el *Halcón Milenario* pareciera una nave nueva y reluciente.

—Me temo que no, princesa —dijo Ematt—. El propósito de este viaje es confidencial.

—¿Confidencial? —exclamó C-3PO con desconfianza, llevando su cabeza hacia atrás, de una manera que Leia conocía muy bien—. Permítame decirle, señor, que la princesa Leia salvaguardó los planes de la Estrella de la...

—Técnicamente, C-3PO, esa información también es confidencial —aclaró Leia con una sonrisa, mientras disfrutaba de la horrorizada reacción del droide dorado—. El teniente Ematt dice que él también desconoce la razón de nuestro viaje.

—Así es —aseguró Ematt.

—¿Al menos puedo saber adónde nos dirigimos? —preguntó Leia, mirando hacia donde estaba Ematt y después hacia donde Nien inspeccionaba una lectura de la estación de ingeniería del *Mellcrawler*.

—Eso también es confidencial —respondió Nien, y en la comisura de su boca se comenzaba a esbozar una sonrisa—. Uno nunca puede ser lo suficientemente cuidadoso al transportar a reconocidos revolucionarios y a droides chismosos.

Eso sobresaltó una vez más a C-3PO. Mientras el droide comenzaba a sermonear a Nien, el sullustano cerró su estación de ingeniería y los condujo por la nave, riéndose de las interminables objeciones que C-3PO tenía ante la palabra «chismoso».

Leia también sonrió. Nien sabía quién era ella, pero no la trataba como a una princesa o como a una senadora, o como a una líder rebelde. Para él, ella era simplemente Leia y era un alivio solo ser eso. Nien era extraño de una manera que a ella le parecía agradable, y los encuentros con gente extraña pero encantadora eran muy pocos en esa terrible guerra.

Ematt se sentó en la silla de navegación de la cabina de mando, agitando su cabeza ante el laberinto de circuitos que se encontraban por encima de su cabeza. Leia echó un vistazo y sonrió, recordando cuántas veces había estado convencida de que el *Halcón* se mantenía en una pieza con cinta adhesiva y muchas plegarias.

Nien volteó y detuvo a C-3PO antes de que entrara a la cabina de mando.

—Me temo que solo hay espacio para tres —dijo, extendiendo sus brazos en señal de disculpa—. Puedes conectarte en la estación de ingeniería y hacerle compañía al droide cerebro del *Mellcrawler*.

—A menos de que mis fotorreceptores tengan alguna falla, esta cabina de mando parece tener cuatro sillas, capitán Nunb —dijo un confundido C-3PO.

—Así es —contestó Nien—. Pero, mmm... esa silla no está bien conectada a tierra. Me da unas terribles descargas eléctricas cada vez que la toco. Con tu cubierta de alta calidad podríamos presenciar un evento superconductor que haría estallar la nave y no creo que quieras tener eso en tu conciencia, ¿verdad?

—¡Oh! Si no le importa que lo diga, capitán, una falla de ese tipo es algo que debe ser revisado inmediatamente por algún ingeniero de naves estelares de alto nivel.

—Excelente consejo, C-3PO, haré eso en cuanto lleguemos a nuestro destino —dijo Nien—. Pero por ahora, te sugiero ir a la estación de ingeniería. Espero que tengas algunos buenos chistes para *Mellcrawler*, esos le gustan. Pero nada de chistes sucios, ¿okey?

—Lamento informarle que no estoy programado para contar chistes —respondió C-3PO.

—¿De verdad? Nunca me lo habría imaginado.

—No seas tan duro con C-3PO —agregó Leia en cuanto el droide salió—. No lo hace con mala intención.

—Lo compensaré con el mejor baño de aceite que la Alianza pueda ofrecerle — prometió Nien. Se abrochó el cinturón de seguridad del asiento del piloto y calentó los motores.

—Aprovechándome de mi rango, ¿ahora podrían decirme hacia dónde vamos? — preguntó Leia.

—Zastiga —dijo Nien—. Y, por lo que tengo entendido, a una reunión muy importante.

Leia miró a Ematt, quien asintió. Zastiga era un planeta comercial en ruinas, muy cerca de la orilla del Borde Exterior, en los márgenes de la galaxia y raramente era visitado por el Imperio.

Mientras el *Mellcrawler* salía disparado del *Remembrance*, Leia sintió un extraño hormigueo que ya había experimentado y en el que había aprendido a confiar. Significaba que muy pronto se encontraría haciendo algo de vital importancia para la Rebelión.

Eso también significaba que no iba a estar ahí, sintiéndose inútil en un puente o en una fragata, también quería decir «acción» y eso era aún más reconfortante que hablar con su viejo amigo Nien.

# CAPÍTULO 4

## LA RESURRECCIÓN DEL MAL

El viaje a Zastiga fue largo y el entusiasmo de Leia por tener algo de acción se convirtió en impaciencia y ansiedad. Cada hora que pasó en el *Mellcrawler* volando a toda velocidad hacia las profundidades del Borde Exterior se sintió llena de peligro. Se imaginó Destruidores Estelares imperiales que descendían por los cielos de planetas que simpatizaban con los rebeldes, que traían consigo fuego y muerte.

Recostada en su litera se imaginaba a Han, libre de su prisión de carbonita, lo veía realizar un último y valiente acto de rebeldía mientras el jefe del crimen Jabba el hutt lo sentenciaba a muerte. Aunque también se lo imaginaba navegando a la deriva como una partícula insignificante de carbonita que nunca sería encontrada o algo peor. Ningún tipo de crueldad era suficiente para Jabba.

Mientras ella miraba hacia la oscuridad, otros rostros se le venían a la mente. Pensó en la joven mujer recostada en el pasillo del *Remembrance*. ¿Dónde estaría? ¿En un tratamiento de bacta?, ¿o acaso habría estado más herida de lo que sus camaradas rebeldes imaginaron? Cuando el droide médico finalmente la pudo atender, ¿habría sido demasiado tarde?

Recordó a los pilotos a los cuales dio instrucciones en Hoth, hombres y mujeres jóvenes, enviados en formación de dos en dos hacia las fauces de los Destruidores Estelares. ¿Cuántos de ellos murieron antes de llegar al punto de encuentro?

Recordó a los soldados a bordo de la nave de bloqueo sobre Tatooine, apurándose a retomar sus posiciones defensivas contra los soldados de asalto de Darth Vader. Ellos tenían esa mirada vacía y lúgubre de aquellos que saben que sus vidas se redujeron a unos cuantos minutos.

Y siempre estaban ahí los rostros de sus padres adoptivos: Bail y Breha. Ellos probablemente fueron advertidos acerca de la llegada de la Estrella de la Muerte a Alderaan. La estación espacial no disparó de inmediato, habían esperado, esperado a que el Gobernador Tarkin intentara extraer algo de información de Leia, atormentándola con su propia incapacidad para defenderse.

¿Qué habrán visto sus padres? ¿Una imagen en una pantalla que capturó un satélite defensivo? ¿Una estrella brillante y fija en el cielo, donde no debía haber alguna?

¿Y qué habrán hecho ahí, justo antes del final? ¿Habrán intentado escapar? ¿O simplemente esperaron, con tanta valentía como pudieron, a que lo inimaginable se volviera realidad?

El auge de Zastiga empezó y terminó cuando la República aún era joven y el

planeta estaba cubierto con ruinas erosionadas, salpicadas aquí y allá de construcciones modernas. Nien Nunb introdujo al *Mellcrawler* en la atmósfera; siguió una señal que recibió mediante un canal encriptado y aterrizó la nave con un último tropicón de los retrocohetes.

En la bahía de acoplamiento, Luke Skywalker estaba de pie junto al droide astromecánico con forma de barril, R2-D2. Luke usaba su chamarra rebelde de pilotaje por encima de una playera y pantalones negros. Le sonrió a Leia y la abrazó, pero sus ojos parecían tristes, había líneas alrededor de ellos y de su boca que ella nunca antes había visto. No era la primera vez que Leia se preguntaba qué le había sucedido a Luke en la Ciudad de las Nubes, cuando enfrentó a Darth Vader. Luke perdió una mano y el sable de luz de su padre, pero Leia sentía que había perdido algo más que eso. Algo en él había cambiado, algo que guardaba para sí.

—Los demás están reunidos —dijo Luke, sonriendo, mientras C-3PO y R2-D2, detrás de ellos, renovaban pleitos que se remontaban a décadas atrás—. La reunión podrá comenzar tan pronto lleguemos.

—¿Sabes de qué se trata? —preguntó Leia.

Luke negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que es algo grande. Pero tengo el último reporte de inteligencia acerca de Han.

Leia lo miró entusiasmada y después se volteó.

—¿Qué sucede? —preguntó Luke. Leia tenía el extraño presentimiento de que él estaba dentro de su cabeza, de alguna manera, y ese era justamente el lugar en el que no lo quería en ese momento.

—No es nada —dijo, sin querer explicar aquello con lo que había estado lidiando, la discusión que había tenido consigo misma durante las noches a bordo del *Mellcrawler*—. ¿Qué noticias tenemos acerca de Han?

—Son de la gente del general Cracken —indicó Luke, refiriéndose a los agentes del jefe de inteligencia, quienes trabajaron en las sombras galácticas para obtener información—. Ellos confirman que vieron la nave de Boba Fett sobre Tatooine y, supuestamente, a Fett se le pagó y ahora está haciendo otros trabajos para Jabba.

—¿Y... Han está...?

—Eso no está claro —dijo Luke—. Lando está intentando encontrar un acceso al palacio de Jabba, para que podamos saber algo con certeza.

Leia puso mala cara tras la mención de Lando. Él los traicionó cuando ella y Han buscaron refugio en la Ciudad de las Nubes, entregándolos a Vader como parte de un plan para atrapar a Luke. Lando les explicó que no había tenido opción: Vader llegó antes que el *Halcón*, poniendo en peligro la libertad de los habitantes de Bespin. Al final, Lando se hartó y arriesgó su vida para liberar a Leia y a Chewie del Imperio, pero fue demasiado tarde para hacer lo mismo con Han.

—Lando está intentando enmendar su error —comentó Luke con gentileza—. Tienes que creer que hay bondad en la gente.

—¿Y de qué servirá eso si Han está muerto? —replicó Leia bruscamente.

En el silencio que hubo después, se dio cuenta de que Nien y Ematt estaban detrás de ella e intentaban no escuchar.

—Pero no podemos obsesionarnos con nuestras propias tristezas —dijo—. Mi misión, nuestra misión, es servir a la Alianza. Eso, en este momento, tiene que ser más importante que cualquier otra cosa.

Leia sintió la mirada de Luke sobre ella y casi pudo percibir su sorpresa. Retomó su andar, poniendo distancia entre ambos, mientras emergían del complejo de la bahía de acoplamiento hacia las desamparadas calles de Zastiga.

—Leia, espera —le pidió Luke y ella volteó, impaciente, con las manos sobre la cadera. No quería hablar acerca de eso, no iba a hablar acerca de eso.

—Es por este camino —indicó Luke, mientras señalaba y sonreía a manera de disculpa.



La casa de seguridad se encontraba en el centro de un laberinto de pasajes, y no menos de tres equipos de operativos rebeldes los enfrentaron a medida que se adentraban en este. Leia asintió aprobatoriamente cuando los operativos exigieron contraseñas, en lugar de asumir que todo estaba bien solo porque los reconocían a ella y a Luke. De esa manera, si había alguna amenaza que los operativos no pudieran percibir, como un bláster escondido o un dron flotante, Luke o Leia podrían dar señales de peligro proporcionando una contraseña incorrecta.

La habitación más recóndita de la casa de seguridad estaba protegida por enormes paredes y puertas de un metro de grosor que podían resistir, cuando menos, un bombardeo orbital, y aún así, se abrió suave y silenciosamente. Luke, Ematt, Nien y los droides se detuvieron en la entrada.

Leia volteó a ver a Luke, confundida.

—Esto es lo más lejos que puedo llegar —dijo—, la reunión solo es para altos mandos.

—¿Qué? Eso es ridículo.

—Está bien —contestó Luke—. Le dije a Wedge que Nien y yo lo buscaríamos para discutir algunas tácticas de reconocimiento.

—Tácticas, ajá —farfulló Nien—. Antilles me debe un trago por salvarle el trasero en Hagar Secundus. Lo he perseguido por la mitad de la galaxia para que me pague. Tú puedes utilizar alguno de esos trucos mentales, en caso de que quiera escapar de nuevo.

—¿Lo ves? —le preguntó Luke a Leia—. Tenemos mucho que discutir. Nos vemos más tarde.

En el momento en que Leia pisó el interior del salón, supo que lo que fuera que la había llevado hasta ahí era de suma importancia. A un lado de la habitación se encontraban varios almirantes y generales de alto rango: reconoció el adusto y chupado rostro del almirante Nantz, y la piel verde del almirante de la especie duros, Vassa; junto con el general Veertag y el general Tantor.

Del otro lado estaban de pie, formando un semicírculo, los líderes de mayor rango de la Alianza. El general Cracken, el jefe de inteligencia, se encontraba a un lado de un afligido general Carlist Rieekan, quien estuvo a cargo de las defensas rebeldes en Hoth y cuya orden de evacuación inmediata salvó muchas vidas. A un lado de Rieekan se encontraba el general Madine, un engreído corelliano del ala de operaciones especiales de la Alianza. Junto a ellos estaba el almirante Ackbar, un mon calamari de color salmón con ojos saltones, un estratega que comandaba a la flota.

Y en el centro del semicírculo de los líderes rebeldes, se encontraba la mismísima Mon Mothma, la delgada y majestuosa canciller de la Alianza. Su servicio a la galaxia se remontaba a los tiempos de la República, cuando fue senadora de uno de los Planetas del Núcleo, Chandrila, y una aliada y amiga de Bail Organa. Mothma continuó con su oposición al Emperador Palpatine en el Senado Imperial, mientras trabajaba en secreto con Bail y otros para lograr que células dispersas de resistencia se unificaran en un solo movimiento rebelde.

Mothma saludó a Leia con una sonrisa. Ella mantenía el rostro en alto con orgullo y en sus ojos se podía contemplar su profunda inteligencia. Pero en su rostro también estaba grabada la tristeza, como resultado de soportar tantos males y perder a muchos amigos.

—Almirante Ackbar —dijo—, lo dejaré comenzar.

Ackbar le hizo una señal a un técnico que se encontraba en la esquina del salón. Las luces se atenuaron y un holograma brilló, cobrando vida. Leia lo contempló, confundida. Era la Estrella de la Muerte, con el característico círculo donde se encontraba el superláser, que a Leia le semejaba un enorme y siniestro ojo. Sin embargo, faltaban grandes secciones de la estación espacial y en su lugar unas esqueléticas varillas de metal delineaban la esfera completa.

—No entiendo —dijo Leia—. ¿Esto es de Yavin?

Ese era el asentamiento de la ahora abandonada base rebelde. ¿Acaso el Imperio había reconstruido su estación espacial de los fragmentos que habían quedado?

—No puede ser —señaló el almirante Massa, desde su lugar en el lado izquierdo—. El comandante Skywalker voló esa cosa en pedazos con un torpedo de protones. Ahora solo es polvo espacial.

—Entonces es un viejo holograma —indicó el general Madine. Leia asintió, enojada de no poder identificar lo que estaba frente a sus ojos. ¿Acaso el Imperio estaba intentando, una vez más, revivir la tecnología superláser, para construir un nuevo tipo de arma para destruir planetas?



Ella miró rápidamente los rostros de los otros líderes rebeldes. Por su experiencia como diplomática y política, reconoció a quienes habían visto antes aquel holograma y a quienes no. Madine se veía sorprendido, Rieekan sujetaba su barbilla con una de sus manos. Pero Mothma, Ackbar y Cracken esperaban en silencio a que los otros se recuperaran de la sorpresa que les generaba aquello que tenían enfrente.

—Esta secuencia fue obtenida en uno de los operativos de Bothan, hace menos de una semana —agregó Ackbar—. Proviene de Endor, en uno de los límites del espacio civilizado. El Imperio ha comenzado con la construcción de una segunda Estrella de la Muerte.

Leia observó a los líderes militares que estaban a su alrededor. Sus rostros eran máscaras inexpresivas. Se sintió como si estuviera en una pesadilla y casi no escuchaba los detalles que Ackbar proporcionaba. «Un diámetro mayor. Un superláser más poderoso. Especificaciones más avanzadas».

Leia sabía que la Alianza no estaba en forma como para vencer a otra Estrella de la Muerte. Sí, los rebeldes habían ganado aliados en la lucha contra el Imperio, pero la flota estaba dispersa. En lugar de luchar para obtener el control de los sistemas estelares de la galaxia, los rebeldes simplemente estaban intentando mantenerse con vida.

Había tomado décadas construir la primera Estrella de la Muerte, así como costos estratosféricos en créditos, recursos y vidas. Al destruirla, los rebeldes dieron un golpe poderoso contra la máquina de guerra del Imperio, pero el Emperador simplemente había construido otra.

¿Qué oportunidades tenían ante tan enorme muestra de poder y riqueza?

—Así que también destruiremos esta —dijo Madine.

—No será así de fácil —insistió Cracken, comenzando a caminar por el salón. Una parte de Leia quiso reírse al pensar que lo que Luke hizo en Yavin había sido sencillo—. El Imperio ya habrá eliminado aquella falla que permitió que Skywalker destruyera la primera estación espacial.

—Correcto —agregó Ackbar—. Si esta nueva estación espacial se completa, será invulnerable ante un ataque externo.

—Entonces, hay que organizar un equipo de infiltración —dijo Madine—. Mis soldados son los mejores de la galaxia.

—No dudo que eso sea cierto, Crix —agregó Mothma y después miró a Leia, casi pidiéndole disculpas con su expresión—. Pero aun si lo lográramos, ¿cuántos planetas morirán antes de que lo logremos?

Nadie quería responder esa terrible pregunta. Leia cruzó los brazos frente a su pecho y cerró los ojos. Sintió frío, sintió que no podía respirar, y de repente creyó estar de nuevo en la Estrella de la Muerte, observando su planeta natal por encima del hombro de Tarkin. Ella intentó atacar a Tarkin, pero Darth Vader la tomó del hombro y la jaló hacia atrás. Él la sujetó contra su armadura y el espantoso sonido de su máscara de hierro inundó sus oídos mientras veía cómo su planeta moría.

Mothma dejó que el silencio reinara en la habitación durante varios minutos. Entretanto, contempló la estación espacial a medio terminar. Después, miró a cada uno de los asistentes.

—El almirante Ackbar tiene razón —indicó—. La Estrella de la Muerte no es nuestra única enemiga, el tiempo también lo es. Debemos atacar antes de que la estación espacial esté en funcionamiento... O todo estará perdido.

# CAPÍTULO 5

## UN JEDI A LA ESPERA

Mon Mothma finalizó la reunión después de hacerles jurar confidencialidad a todos los líderes rebeldes, diciéndoles que regresarían al día siguiente para revisar las opciones estratégicas.

Luke volvió de discutir sus tácticas y se unió a Leia en el camino de regreso a sus habitaciones. Ella encontró su compañía tranquilizadora, aun cuando sabía que su sombría expresión era motivo de preocupación para él. Leia se preguntó si Luke la interrogaría acerca de la reunión, pero luego cayó en cuenta de que él no haría algo así. Luke cumpliría con su deber y esperaría a ser informado por los líderes de la Alianza.

O tal vez no era eso. Quizá Luke seguía luchando con lo que fuera que le hubiera sucedido en la Ciudad de las Nubes.

Al mirarlo, Leia sintió una conmoción en su interior. Era confuso, lo que sentía por Luke era muy distinto a lo que sentía por Han; no obstante, era poderoso, como una conexión que de alguna manera podía sentir. Se preguntaba si Luke también la sentía. Alguna vez, él sintió algo por ella, en ocasiones fue dolorosamente notorio, pero ella ya no percibía esos sentimientos de parte de Luke. Eso era un alivio, pero ella esperaba que él se percatara de lo que ella experimentaba, porque era uno de los pocos amigos que tenía en la galaxia.

Y aún así, pronto se separarían, regresarían a sus respectivas naves para huir y esconderse del Imperio que los quería muertos a ambos. Muertos o cautivos, para ser expuestos en la Holonet y ridiculizarlos como separatistas y criminales.

«Eso ya lo veremos», pensó Leia.

Luke volteó frente a la puerta de su propia habitación para despedirse, pero Leia puso la mano sobre su hombro.

—¿Cuáles son tus órdenes? Me refiero a después de esto —preguntó Leia.

—Supongo que regresaré al *Redemption* —dijo Luke, y su rostro se ensombreció —, con destino a cualquier lugar.

—Con destino a ningún lugar —corrigió ella, su frustración empezaba a desbordarse.

—La postura de Mon Mothma es que...

—Estoy más que familiarizada con la postura de Mon Mothma —interrumpió bruscamente Leia—. No necesito que me la expliques.

Ella miró hacia otra parte, avergonzada por la sorpresiva expresión afligida del rostro de Luke. Pero él simplemente asintió y esperó, ella se sintió agradecida con él

por disculparla con un simple silencio.

—Pensé que habías dicho que volverías a pilotar con el Escuadrón Rojo —dijo Leia después de un momento.

Luke movió la cabeza.

—Ahora es el escuadrón de Wedge —respondió—. No sería correcto llegar de repente y quitárselo.

—Pero si no vas a pilotar, ¿entonces qué harás? —cuestionó Leia. Su pregunta sonó más severa de lo que ella quería, y aunque Luke no se ofendió, sí pareció incomodarse.

—Lo que se me pida que haga —contestó Luke—. Pero necesito regresar a mi entrenamiento jedi. Tengo una promesa que cumplir.

Después de la Ciudad de las Nubes, Luke le contó a Leia acerca de los días que pasó en un extraño planeta pantanoso y del maestro que encontró en ese lugar. Sonaba como algo sacado de un cuento de hadas, una historia que la gobernanta de Alderaan pudo haberle leído a Leia mucho tiempo atrás.

—¿Sin tu sable de luz? —preguntó Leia, sin entender cómo podría entrenar sin el arma de un jedi.

Luke sonrió con tristeza.

—Las armas y la guerra no te convierten en jedi —dijo—. Ahora lo sé.

—Pero te necesitamos aquí —insistió Leia.

—Lo sé —respondió Luke—. Y he estado aplazando mi partida porque esperaba tener noticias de Han. Pero ahora supongo que tendremos que esperar un poco más, hasta que sepamos qué está sucediendo en Tatooine.

—Correcto —dijo Leia. No quería explicar que ella hablaba de la Alianza, no de Han.

—Estoy intentando ser más paciente; esa fue una parte de mi entrenamiento —añadió Luke y después sonrió—. No puedo decir que ya la dominé.

Ella le devolvió la sonrisa, pensando que la paciencia tampoco era una de sus fortalezas. Pero después, la expresión de Luke volvió a tornarse seria.

—Lo que necesitamos es un poco más de tiempo —indicó.

—Nunca tendremos suficiente, nunca nadie lo tiene —contestó Leia—. Y el Imperio está intentando quitarnos el poco que tenemos al nunca darnos un momento para descansar. —Hizo una pausa—. Pero, tal vez, podamos robar un poco.

—¿A qué te refieres? —preguntó Luke.

—No estoy muy segura todavía, pero estoy pensando —dijo ella, y sonrió ante la expresión de Luke—. Paciencia, ¿recuerdas?

# CAPÍTULO 6

## OPERACIÓN LUNA AMARILLA

Leia pasó la noche enfrascada en el análisis de cartas de navegación estelares y de la información proporcionada por la inteligencia de la Alianza. Leyó reportes acerca de los movimientos de la flota imperial y de sus intereses económicos, acerca de manifestaciones y actividades antiimperiales, valorando posibilidades, hasta que se decidió por una.

Después de eso, afortunadamente, se quedó dormida, de una forma más profunda de lo que había logrado en semanas.

Se despertó con el parloteo familiar de C-3PO y por un momento no supo dónde estaba. Sus oídos extrañaron el usual zumbido de los sistemas que mantenían las naves en funcionamiento y en un instante recordó todo: la nueva Estrella de la Muerte y el plan que había ideado, que planeaba presentarle a Mon Mothma y a los demás líderes rebeldes.

Cuando regresó a la sala de juntas, Mothma se veía majestuosa, en un hermoso vestido blanco y con una diadema plateada sobre su cabello. Sin embargo, los demás se veían exhaustos: Madine se aferraba a una taza de café, la piel de Ackbar se veía apagada y manchada, y los botones de la túnica de Cracken estaban mal alineados.

Evidentemente, había sido una larga noche. Leia se preguntaba si alguno de ellos había logrado conciliar el sueño.

Mothma asintió y Ackbar mostró el holograma de la Estrella de la Muerte.

—Mientras el reactor principal de esta segunda Estrella de la Muerte siga expuesto, la estación espacial es vulnerable, sin importar los cambios estructurales que el Imperio haya implementado —dijo él—. Seguimos analizando las especificaciones técnicas, pero tanto nuestras pequeñas naves de ataque como los cazas podrán volar hacia la superestructura, mientras las naves de guerra los protegen.

—El Imperio tendrá sus propias defensas, necesitaremos un considerable equipo operativo —agregó el almirante Nantz.

Antes de que Ackbar pudiera hablar, el almirante Massa meneó la cabeza.

—Aunque lleváramos todas nuestras naves capitales a Endor, no tendríamos los recursos para vencer a la flota imperial —agregó.

—Ese no es el objetivo —gruñó Ackbar—. No venceremos por medio de la confrontación entre nave y nave, venceremos ganando tiempo para nuestros cazas.

«Ahí está, una vez más», pensó Leia, «el tiempo». Ese podía ser el recurso máspreciado de la galaxia, que en ocasiones era imposible de obtener.

—También confirmamos algo más —dijo Ackbar—: la estación espacial está protegida por un campo de energía generado desde la superficie de la luna.

Ackbar giró uno de sus largos ojos en dirección a Madine.

—Seleccionamos a un equipo de soldados de ataque. Su misión será desactivar el generador para que podamos proceder.

—Ellos necesitarán comenzar con la operación antes de que nuestra flota llegue —agregó el general Veertag—. ¿Cómo haremos para que lleguen ahí sin ser detectados?

—Esperamos conseguir un transporte imperial —dijo Madine, y Leia tuvo la impresión de que los dos retomaban una discusión que venía de tiempo atrás—, así como información clasificada de las medidas de seguridad del Imperio.

Una almirante mon calamari que Leia no conocía levantó la mano.

—Endor está muy lejos de las rutas comerciales principales, ¿en dónde se congregaría nuestra flota? ¿Y cómo haremos para que el Imperio no sepa que vamos en camino?

—Al menos para esas preguntas sí tenemos una respuesta —contestó Ackbar.

La Estrella de la Muerte desapareció y fue remplazada por un mapa de la galaxia. Como siempre, Leia estaba extasiada por la belleza de los brazos espirales de esta, que tenían un color blanco brillante impregnado de manchas y círculos de color, tan característicos de las nebulosas y las nubes de polvo, donde nuevas estrellas nacerían.

Algunas líneas rojas aparecieron en los brazos espirales, eran las grandes rutas comerciales que conectaban los sistemas estelares de la galaxia. Ackbar hizo un gesto y un punto rojo apareció cerca de una locación que Leia reconoció: Sullust, el planeta natal de Nien Nunb. Después, otro punto surgió en la orilla de la galaxia y una línea punteada de color azul se extendió entre esos dos puntos.

—El Imperio ha usado propulsores S-thread para crear y mantener una ruta secreta hiperespacial que va de Sullust hasta el borde galáctico —dijo Ackbar—. La llaman el «Conducto al Santuario» y es uno de los secretos militares más importantes del Imperio. Afortunadamente, nuestros agentes descubrieron datos de navegación que también nos permitirán utilizarla.

Los almirantes murmuraban entre sí. Leia sabía lo que estaban pensando. El costo de ese proyecto era tal que podría llevar a la bancarrota a muchos sistemas estelares.

¿Pero qué significaba el dinero para un régimen que podía construir múltiples Estrellas de la Muerte?

—Sullust representa una oportunidad para nosotros. Tenemos contactos entre los rebeldes de allá —indicó Ackbar—. Nuestra armada se reunirá ahí. El equipo de comando irá primero para desactivar los escudos de la estación espacial. Después, la flota viajará por el Conducto del Santuario hasta Endor. ¿Alguna pregunta?

—Con la flota tan dispersa, tomará algo de tiempo reunir las naves capitales y escuadrones de cazas estelares suficientes —dijo Nantz—. Y durante ese tiempo, quizá el Imperio se entere de lo que estamos planeando.

—Lo que necesitamos es una distracción —dijo Leia—, y sé lo que podemos hacer.

—Yo pensaba en lo mismo —añadió Veertag con entusiasmo—. Podemos plantar información falsa acerca de una nueva base principal.

—En realidad, yo no pensaba en eso, general —dijo Leia—. En absoluto.

—Ha sido una táctica exitosa en otras ocasiones —objetó Veertag.

—Pero no lo será esta vez. El Imperio simplemente añadiría cualquier planeta que elijamos a la lista de lugares por destruir con su nueva Estrella de la Muerte. Y tenemos que asumir que el Imperio escuchará rumores acerca de que estamos reuniendo a nuestras fuerzas. Nuestra distracción deberá ajustarse a ese escenario y llevarlos a una conclusión equivocada.

Los almirantes y generales intercambiaron miradas. Leia podía adivinar lo que pensaban: «¿Quién se cree esta política para decirnos cómo organizar una guerra?».

—Por mi parte me gustaría escuchar lo que la princesa Leia tiene en mente —dijo el general Rieekan.

Eso acalló a los demás. Leia se acercó al holoprojector.

—Tomaré una nave y una pequeña tripulación —dijo, mientras ingresaba comandos—. Iremos aquí, al sector Corva. Es el lugar más lejano de Endor y Sullust, al cual se puede llegar sin caer del disco galáctico.

Una ancha franja de espacio en el Borde Exterior, del lado opuesto de la galaxia donde estaban Endor y Sullust, comenzó a parpadear. Leia colocó unos puntos rojos en cuatro estrellas.

—La haremos ver como una misión de reclutamiento, pero dejaremos algunas señales a lo largo del camino, con mensajes que indicarán un punto de reunión y se enviarán a cualquier nave que responda —explicó—. Comenzaremos con Basteel, continuaremos con Sesid y Jaresh hacia el supuesto punto de reunión, aquí, en Galaan.

Ella tocó el holoprojector y el cuarto punto rojo creció, convirtiéndose en la imagen de un gigante de gas de color verde, con una gran luna amarilla orbitándolo.

—Utilizaremos códigos que sabemos que el Imperio ha descifrado, pero que cree que seguimos considerando seguros. Mientras tanto, nuestra verdadera flota comenzará a reunirse lo más lejos posible del sector Corva.

—Operación Luna Amarilla —reflexionó Rieekan.

—¿Lo ven?, incluso tenemos un nombre.

—El Imperio tiene presencia limitada en el sector Corva —dijo Cracken—. Después de Yavin, consideramos esa área para establecer bases potenciales de operación y puntos de reunión para la flota.

—Que es exactamente por lo que la elegí —añadió Leia y sonrió cuando Cracken alzó las cejas—. Eso hará que el Imperio crea aún más que la Operación Luna Amarilla es real.

—Cualquier nave que responda a la señal correrá mucho peligro —dijo Mothma

—. ¿Cómo podremos advertirlos?

—No lo haremos —sentenció Cracken con expresión sombría—. No podremos. Para que el plan de la princesa Leia funcione, la verdadera naturaleza de este deberá ser un secreto para todos, excepto para quienes estamos en esta habitación.

—¿Los sacrificaremos? —preguntó Mothma.

—Estamos en guerra —le recordó Cracken, casi disculpándose, consciente del desagrado de la canciller.

—Ya veo —agregó Mothma.

—Me parece que el plan de la princesa Leia puede funcionar —dijo él—. Debemos aprovechar cualquier ventaja que tengamos. Y si una nave pequeña puede mantener ocupados a sectores enteros de naves de guerra imperiales, estoy dispuesto a hacer ese intercambio.

—Admito que el plan tiene sus méritos —indicó Mothma—. Pero enviarte a ti, Leia, es inaceptable.

—¿Por qué? —preguntó Leia, llevándose las manos a la cadera.

—Eres un recurso de gran valor para la Alianza como para poner en riesgo tu seguridad.

—El valor que tengo en la Alianza será lo que atraerá la atención del Imperio —añadió Leia—. Palpatine me quiere presa o muerta y me he escapado de las manos de sus agentes más de una vez. Eso me convierte en un premio que vale la pena cazar.

—¿Ante el riesgo de perderte? —preguntó Mothma—. Es una medida desesperada.

—Esta es una situación desesperada —contestó Leia, mirando el rostro de los almirantes y generales, determinada a hacerles ver las cosas a su manera—. Quizá la más difícil que hemos enfrentado. Arriesgarme es lo que hará que el plan funcione.

Mothma miró a Ackbar, luego a Madine y finalmente a Cracken. Leia vio cómo estos intercambiaban miradas. Los cuatro se conocían lo suficientemente bien como para saber lo que los otros pensaban. Finalmente, todas las miradas se dirigieron hacia la canciller.

—Necesito pensarlo un poco más —dijo Mothma—. No me gusta la idea de atraer a gente a nuestra causa bajo falsos pretextos ni poner a la princesa Leia en peligro por una persecución salvaje de banthas. Pero como el general Cracken lo indica, debemos aprovechar cualquier oportunidad que tengamos. Tomaré una decisión por la mañana; mientras tanto, necesitamos planear la misión de Endor.

Leia quería gritarle que debían decidirlo en ese momento, pero ella había visto cómo muchos acuerdos diplomáticos se malograban en el último momento, solo porque alguien insistía demasiado. La princesa se obligó a voltear hacia Cracken con el rostro impassible.

—¿A quién tiene en mente para su equipo, princesa? —preguntó.

—A un piloto, por supuesto. Nien Nunb, si él quiere ir y prestarnos su nave.

—Una sabia elección —dijo Ackbar—. Nunb puede pilotar lo que sea, en



cualquier condición.

—Necesitaré a un especialista en comunicaciones —añadió Leia.

—Recomiendo a Kidi Aleri —manifestó Cracken—. Ella es una experta en descubrir señales y mensajes ocultos en las ondas de comunicación.

Leia asintió.

—También sugeriría que llevara a un especialista técnico, alguien que sepa arreglar cosas, capaz de mantener esas señales en funcionamiento; son mecanismos muy volubles. Estoy pensando en Antrot, de mi tienda. Él puede manipular cualquier cosa y es hábil para las demoliciones.

—Parece que ya tengo una tripulación —observó Leia. Aún no era un hecho, pero la aprobación de Cracken claramente significaba mucho para Mothma, y Ackbar habría dicho algo en caso de estar en desacuerdo con el plan.

—Si lo llevamos a cabo, yo insistiría en agregar a alguien más a la tripulación —agregó Mothma—. Un soldado, para tu protección. Alguien que te traiga segura a casa, en caso de que algo falle.

—Esta no es una misión de combate —precisó Leia.

—Tú no sabes en qué se puede convertir. No está abierto a discusión, Leia.

La princesa se dio cuenta de inmediato que si discutía con Mothma a esas alturas, perdería.

—Muy bien.

—¿General Madine? —preguntó Mothma—. ¿A quién recomendaría?

—Iré yo mismo —dijo el general corelliano—. De otra manera estaré muy preocupado.

Pero Ackbar movió su cabeza de color salmón y sus barbas se agitaron.

—Lo necesitamos aquí para planear la misión de infiltración en Endor. Y antes de que lo piense, esto también va para el general Tantor.

—Entonces, que sea el Mayor Lokmarcha —propuso Madine—, él es un veterano dresselliano que luchó en la resistencia. Salvó mi vida en diversas ocasiones.

—Y en esta ocasión, esperemos que no sea necesario salvar la mía —agregó Leia—. Lo ideal será que se vuelva loco de la aburrición a bordo del *Mellcrawler*.

Ella ya había comenzado a hacer una lista de pendientes en su cabeza de todo lo que debía hacer para comenzar la Operación Luna Amarilla. Era una lista enorme, pero agradecía el trabajo que tenía por delante. Leia ignoraba si su misión sería exitosa, pero lo que le constaba era que no estaría parada en un puente sintiéndose inútil. Estaría en la acción; acción que quizá salvaría a la Alianza. Lo único que necesitaba era que Mothma dijera que sí.

# CAPÍTULO 7

## EL CONSEJO DE LA CANCELLER

Leia acababa de terminar una cena sencilla en su habitación, cuando la campana de la puerta sonó. No le sorprendió encontrarse a Mothma en el pasillo.

—Espero no importunarte —dijo la canceller.

—Por supuesto que no. De hecho, la estaba esperando. ¿Le puedo ofrecer algo? Haré que C-3PO...

—No es necesario —aclaró Mothma con una sonrisa, y Leia pudo notar las oscuras ojeras debajo de los ojos de la canceller—. Es a ti a quien quiero ver. Siéntate.

La mayoría de las personas que podían darle órdenes, y a quienes ella obedecía instintivamente, ahora estaban muertas. Pero todavía quedaban algunas. Leia se sentó.

—¿Hablaste con tu tripulación? —preguntó Mothma.

—Sí —contestó Leia, sabiendo que no debía preguntar si eso significaba que Mothma había aprobado el plan—. Todos aceptaron ir, aunque el Mayor Lokmarcha fue reticente. Siente como si estuviera defraudando a su equipo de soldados.

—¿Y te sientes satisfecha con todos ellos?

—Sí —respondió Leia, pero después dudó—. Antrot... bueno, él es... digamos que es un poco raro. Por otra parte, nunca he conocido a un experto en demoliciones que no lo sea.

—Yo tampoco —agregó Mothma—. Sé que estás a la espera de mi decisión, pero antes de que la tome, quisiera hablar sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sí, estoy preocupada por ti.

—Yo también —añadió Leia—. Estoy preocupada por todos nosotros. Por usted, por mí, por la Alianza, por la galaxia en su totalidad.

Mothma se inclinó hacia delante, su mirada era directa y resuelta.

—Prácticamente, te he conocido desde el día en que Bail te llevó a casa, en Alderaan —dijo Mothma—. Te he visto crecer, fui tu tutora antes de que te unieras al Senado y te he visto continuar el trabajo de Bail con la Alianza. Él estaría tan orgulloso de ti... del liderazgo que demostraste en Yavin y Hoth.

Mothma desvió la mirada y, por un momento, pareció vieja; vieja y severamente acabada.

—Lo he extrañado estos últimos dos días —dijo Mothma—. De hecho, lo extraño todos los días. Echo de menos su consejo y su perspectiva, pero más que nada, su amistad.

—Me pasa lo mismo —agregó Leia en voz baja, a la expectativa. Ella sabía que Mothma no había ido a visitarla para hablar de su padre. Pero lo que la mujer mayor dijo después la sorprendió.

—Sientes algo por el capitán Solo.

Luego de un momento, Leia asintió.

—Leí los reportes de inteligencia —indicó Mothma—. No contamos con los recursos para realizar una misión de rescate en Tatooine y menos cuando el Imperio espera que hagamos ese movimiento.

—No le he pedido a la Alianza que lo haga —señaló Leia bruscamente.

—Sé que no lo has hecho y sé que no lo harás —agregó Mothma—. Pero el capitán Solo tiene a muchos amigos en la Alianza. Esa es la razón por la que yo misma iba a proponer esa misión.

Leia la miró con sorpresa y por un momento sintió cómo crecía en su interior una desenfadada esperanza. Pero, después, miró la expresión en el rostro de Mothma.

—Usted dijo: «iba».

—Una misión como esa en este momento será mucho más difícil —aclaró Mothma—. Como escuchaste, nuestros soldados son requeridos en otra parte. Pero «mucho más difícil» no es lo mismo que «imposible». Tenemos lo que el general Cracken llama «recursos poco convencionales». El comandante Skywalker está en una posición muy particular en este momento. Y tú también lo estás.

Leia agitó la cabeza, irritada de que Mothma hablara de algo que a Leia le preocupaba tanto y sorprendida de que la canciller, aparentemente, estuviera tentándola con la promesa de una misión que salvaría a Han.

—El soborno no es su estilo —observó Leia, y por la expresión en el rostro de la canciller, supo de inmediato que había cometido un error.

—Estás en lo cierto, no lo es —dijo Mothma, con los ojos encendidos—. Y no necesitaría sobornarte si decidiera que la Operación Luna Amarilla no se realizará. Mi rango como canciller de la Alianza para Restaurar la República me permite hacer eso.

Leia desvió la mirada. Ella no se disculparía, pero dejaría que Mothma decidiera el rumbo de la conversación.

—Lo traje a colación, Leia, porque no estoy muy segura de qué responderías si te ofrezco un lugar en una misión de rescate en Tatooine. Y esa incertidumbre es la que me tiene aquí.

Leia volteó a ver sus manos, que se retorcían en su regazo.

—Mi deber es con la Alianza —respondió, aliviada al escuchar que su voz no se quebraba—, no con el capitán Solo.

—Oh —dijo Mothma—, ¿y qué hay de ti misma?

Leia iba a hablar, pero después volvió a ver sus manos sobre su regazo, haciendo un esfuerzo por contener sus emociones. Cuando alzó la mirada, Mothma simplemente la esperaba, con una sonrisa gentil en el rostro.

—Vamos, Leia —dijo.

—Antes de recibir el llamado que me hizo venir hasta aquí, mi convoy perdió una nave de bloqueo, el *Ranolfo*, ante una patrulla imperial —contó Leia—. El *Remembrance* resultó dañado durante la batalla y hubo heridos.

Mothma permaneció en silencio.

—Ese convoy estaba destinado a protegerme —agregó Leia—. Porque soy una de las líderes de la Alianza, porque soy un símbolo y no es la primera vez que las personas pagan con sus vidas esa protección. Lo acepto... lo acepto y lo entiendo. Lo menos que puedo hacer en respuesta a ese sacrificio es dedicarme de lleno a la Rebelión. Especialmente ahora, debido a las circunstancias que enfrentamos.

Mothma no dijo nada. Ella simplemente esperaba con una mano encima de la otra. Era una táctica diplomática utilizada cuando la persona del otro lado de la mesa estaba en una mala posición para negociar, cuando hablar solo los haría hundirse aún más.

Pero Leia también era diplomática, así que hizo lo que las personas del otro lado de la mesa no hacían con frecuencia: dejó de hablar.

Mothma se rindió primero, lo que hizo que Leia se sintiera ligeramente satisfecha y al mismo tiempo culpable.

—¿Te culpas por lo que sucedió en Alderaan? —preguntó Mothma con voz baja.

Leia la miró sorprendida.

—¿Cómo puede preguntarme eso? —logró decir.

—No sabía que había cosas que no podíamos preguntarnos la una a la otra —respondió Mothma, y después se inclinó hacia delante—. Déjame compartirte una información de inteligencia que decidí no mencionar en la reunión de hoy: una vez que la Estrella de la Muerte esté terminada, el Emperador realizará operaciones militares para eliminar a todos aquellos que se opongan a su mandato. Flotas de invasión masiva, más grandes que las que se han visto en siglos, avanzarán hacia Mon Cala y Chandrila. Su misión será destruir a toda la resistencia, montar bloqueos en ambos planetas y después esperar a que la Estrella de la Muerte llegue. El Emperador cree que la destrucción de ambos planetas servirá como una excelente lección para todo aquel que se le oponga.

Leia estaba aturdida. Sería como una repetición de Alderaan, pero, en esta ocasión, los planetas morirían en el momento en el que el Emperador lo ordenara. Ahora era Mothma quien necesitaba un momento para controlar sus emociones.

—Durante décadas, muchos en Chandrila me han rogado que deje de oponerme al Imperio, por el daño que eso le puede causar a mi planeta natal —recordó—. Si los deseos de Palpatine se hacen realidad, si esta nueva Estrella de la Muerte es construida y sus flotas de invasión llevan a cabo su tarea, ¿acaso el destino de Chandrila será determinado por mis acciones?

—Por supuesto que no —respondió Leia.

—Me gustaría que fuera así de simple —dijo Mothma—. Sí será por causa mía,

pero solo porque el Emperador está dispuesto a destruir un planeta en su totalidad por las opiniones de una persona. Lo cual es monstruoso. Monstruoso y maligno. Y si aceptamos eso, si nos dejamos regir por esa lógica retorcida, es como si nos rindiéramos.

Mothma sonrió, pero sus ojos estaban llenos de sufrimiento.

—Al menos eso me digo a mí misma durante el día —agregó—. ¿Pero a la mitad de la noche? En ese momento todo es más difícil.

Leia comenzó a decir algo, pero de pronto se detuvo. ¿Cuántas veces había abandonado su camarote para estudiar la información de inteligencia, solo porque temía que el sueño trajera consigo una nueva pesadilla acerca de Alderaan?

—Tú haces que la Alianza se sienta orgullosa día tras día —señaló Mothma—, al representar a nuestra causa y al cumplir con tu misión. Pero tu misión no te traerá consuelo, Leia, y tú lo necesitas. Todos lo necesitamos: el consuelo de los amigos y del amor. Tú eras la más grande alegría de Bail y Breha, Leia, el amor que tú les diste los mantuvo a flote durante años muy difíciles. No te cierres ante la posibilidad de amar una vez más, solo por lo que el Imperio les hizo a ellos. No le concedas también esa victoria a Palpatine.

—No lo he hecho —dijo Leia—. Y no lo haré.

—Espero que eso sea verdad —dijo Mothma—, porque es un tipo de batalla que podrías perder sin siquiera darte cuenta.

Se levantó lentamente.

—La Operación Luna Amarilla queda aprobada —añadió, con el tono que Leia se había esforzado en imitar cuando era niña—. Hazme saber cualquier cosa que necesites.

—Gracias —dijo Leia—. Prometo que lo haré.

—Y tienes que regresar sana y salva —agregó Mothma en voz baja—. Perderte sería insoportable para mí y para muchos otros.

«Eso es algo que no puedo prometer», pensó Leia.

# CAPÍTULO 8

## EL EQUIPO REUNIDO

La reunión de la Alianza finalizó a la mañana siguiente, cuando los oficiales rebeldes utilizaron las múltiples bahías de acoplamiento para abandonar el planeta en grupos de dos o de tres. Luke tenía que tomar su propio transporte hacia el *Redemption*, pero primero acompañó a Leia al *Mellcrawler*. C-3PO y R2-D2 los siguieron, con las siniestras historias del droide de protocolo acerca de los esclavos y piratas que merodeaban Zastiga, salpicadas por los desdeñosos sonidos de R2.

En la bahía de acoplamiento, varios droides de energía con forma de caja ignoraban las órdenes de Nien Nunb, refunfuñando para sí mismos en su lenguaje electrónico.

—¡Oigan, se supone que debíamos estar en el espacio hace hora y media! —gritó Nien, fingiendo indignación, con las manos apoyadas en la cadera—. Yo cobro por minuto, ¿saben? ¡Y no hay descuentos para personas con títulos nobiliarios!

Leia le hizo una seña de desdén y volteó hacia Luke.

—Volveré pronto —se despidió—. Cuídate.

—Tú también —dijo él—. Sé cuidadosa y que la Fuerza te acompañe.

—Tomaré toda la ayuda que pueda obtener —dijo Leia, rodeándolo con los brazos. Se quedaron así por un momento, reconfortándose el uno al otro, después partieron. R2-D2 silbó tristemente.

—Habla por ti mismo —le contestó C-3PO—. Yo me siento agradecido de no tener que enfrentar algún peligro horrendo, aunque sea por una vez.

R2 soltó un silbido grosero.

—Qué sentimiento tan ridículo. «Aventura» es solo una forma distinta de decir «pésima idea».

Leia agitó la cabeza y se echó el bolso de lona al hombro, dejando detrás a Luke y a los droides.

—De hecho, a la realeza le cobro el doble de mi tarifa común, ¿sabes? —gritó Nien.



Leia fue el último miembro de la tripulación en abordar el *Mellcrawler*, los otros la esperaban en el estrecho salón. Ella dejó caer el bolso en la cabina que compartiría

con Kidi, pues rechazó repetidamente el ofrecimiento de Nien de cederle su cabina, y salió para encontrarse con el resto de la tripulación, que la esperaba silenciosamente, con las miradas puestas en ella.

—Lo que voy a decirles es altamente confidencial —inició—. Nuestra misión tiene dos objetivos: me reuniré con líderes locales de la resistencia en tres planetas y reclutaremos naves para que se nos unan en un sistema que hemos nombrado con el código Luna Amarilla.

Kidi, la operadora de comunicaciones cereana, asintió con entusiasmo. Era delgada y pálida, y tenía varios pares de auriculares alrededor de su cabeza alta y cónica, así como datapads sujetos en sus larguiruchos brazos y piernas. Los datapads parpadeaban constantemente, cada vez que la información fluía por ellos.

A Leia le pesaba no decirles que el punto de reunión era un engaño, pero había pasado la mañana entera recordándose a sí misma que era necesario. De esa manera, si alguno de ellos era capturado, la Operación Luna Amarilla seguiría engañando al Imperio, manteniendo su atención lejos de donde la flota se estaría reuniendo en Sullust.

—En cada uno de los tres sistemas que visitaremos, estableceremos una señal diseñada para repetir un mensaje cifrado —indicó Leia—. Le diré a los capitanes de las naves estelares que reclutaremos, cuál es la ubicación de Luna Amarilla y cuándo nos reuniremos con las naves asignadas para esta operación.

Antrot, el reparador, revisó la señal en su regazo. Era miembro de la especie abednedo y tenía una protuberancia rugosa arriba de sus pequeños ojos negros. Uno de esos ojos se magnificaba debido a un monóculo eléctrico.

Si Leia se sentía mal por la historia que le contaba a su tripulación, se sentía aún peor por lo que podría sucederle a cualquiera de los capitanes de las naves estelares que respondieran a la señal. Porque no habría ningún punto de encuentro rebelde, ninguna flota esperándolos. En el mejor de los casos, habría espacio vacío que dejaría perplejos a los capitanes. ¿Y en el peor? Destrucción Estelares imperiales y cazas TIE, que estarían esperándolos para desarmarlos o destruirlos.

Ella tragó saliva ante tal pensamiento, odiándolo; después se armó de valor para continuar.

«Como el general Cracken expuso: estamos en guerra», se dijo para sus adentros. «Espero que no tengamos que sacrificar ninguna vida. Pero si podemos salvar a trillones de personas en otros lugares de la galaxia, ¿acaso no es un precio aceptable el que se pagará?».

—Mientras estemos en el puerto, mantendremos el protocolo de seguridad —indicó—. Sean cuidadosos respecto a con quién hablan y a lo que dicen. Ante los ojos del Imperio somos una nave privada y no hay razón para que esto cambie. Pero el Emperador tiene flotas, agentes infiltrados y cazarrecompensas que recorren la galaxia en busca de actividades rebeldes. Y el Imperio nos quiere a Nien, a Lokmarcha y a mí.

Lokmarcha, el soldado dresselliano, estaba sentado inmóvil al final del mueble de aceleración, su rostro arrugado carecía de expresión, y con una mano acariciaba cariñosamente su rifle bláster.

—Es bueno saber que a uno lo quieren —dijo Nien en sullustés, sonriendo. Kidi torció uno de los botones de sus auriculares para activar la unidad de traducción, y le pidió que repitiera lo que dijo. Cuando lo hizo, ella asintió, sonrió y después se lo contó a Antrot, pero el reparador solo parecía confundido.

Leia se preguntaba qué pensarían si supieran que los agentes de Cracken planeaban plantar varias redes de comunicación con rumores acerca de su misión. Era raro comenzar la encomienda poniendo en riesgo su confidencialidad, pero era necesario. La Operación Luna Amarilla fracasaría si el Imperio los capturaba, pero también si hacían su trabajo demasiado bien y no atraían la atención imperial.

—Si tienen alguna pregunta, acérquense a mí —agregó Leia—. Muy bien, ¡en descanso!

—Un momento —dijo Lokmarcha, poniéndose de pie y parándose a un lado de ella.

—Estoy entrenado para detectar amenazas y exterminarlas —dijo con brusquedad, su voz tenía un tono bajo y áspero—. Eso significa que deben prestarme atención y seguir mis indicaciones. Eso los mantendrá a salvo. ¿Lo entendieron? En una situación que implique un combate en potencia, yo estoy a cargo.

—¿A qué le llamas una «situación de combate en potencia»? —preguntó Kidi, pero Leia alzó la mano.

—Un momento, mayor —interrumpió—. Estoy agradecida de tenerlo en esta misión, pero alguien le dio la información incorrecta. Yo estoy a cargo en todo momento y en toda situación, sin excepciones. ¿Está claro?

Los demás asintieron, pero Lokmarcha la miraba sorprendido. Ella sostuvo la mirada en los ojos amarillos del hombre hasta que este miró a otro lado, súbitamente interesado en limpiar una parte de su arma que acababa de limpiar.

—Está claro —contestó, dudando un momento—, princesa.

—Muy bien —dijo Leia e ignoró el énfasis que Lokmarcha puso en su título y volteó a ver a Nien—. Y ahora, es momento de dejar Zastiga atrás. Veamos de qué es capaz el *Mellcrawler*, ¿de acuerdo?



# SEGUNDA PARTE





# CAPÍTULO 9

## LA VIDA DURANTE LA GUERRA

Leia no escuchó cuándo comenzó la discusión; ella estaba en su cabina revisando la información de inteligencia acerca de su primera parada en el planeta Basteel. En el momento en que llegó al salón del *Mellcrawler*, Kidi tenía el rostro rojo y miraba a Lokmarcha con los puños apretados. El soldado dresselliano tenía los brazos cruzados y sonreía burlonamente frente a la especialista en comunicaciones.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Leia y miró hacia el lugar del *Mellcrawler* donde Antrot estaba sentado, en la estación tecnológica, manipulando las tripas de la señal.

—Algún tipo de pelea —dijo Antrot—. No escuché ninguna declaración cuya veracidad pueda certificar, así que los ignore.

—¡Es un monstruo! —exclamó Kidi con voz temblorosa, pero Lokmarcha solo encogió los hombros sin dejar de sonreír.

—¿Qué pasó? —cuestionó Leia—. Kidi, tú primero.

—Solo hablábamos acerca de cómo terminamos uniéndonos a la Alianza y este monstruo dijo...

—Alto ahí —la interrumpió Leia—. No nos referiremos a ninguno de los miembros de esta tripulación de esa manera, sin importar lo que hayan dicho. Ahora, vuelve a explicarte, Kidi.

—Lo siento, princesa. Tiene razón. Le contaba que yo era analista de señales en el Cuerpo de Inspección Imperial antes de desertar y que me gustaría que a mis antiguos colegas se les conceda una amnistía, después de que venzamos al Imperio. Le dije que la mejor manera de obtener paz es ofreciendo perdón. Y, entonces, me llamó una... una...

—La llamé «ingenua cabeza de cono, a quien le dieron mucho corazón y muy poco cerebro» —se adelantó Lokmarcha—. O algo así. El caso es que le dije que cuando derroquemos al Imperio, habrán juicios masivos... y la mayoría de sus viejos colegas irán a prisión o al paredón.

Su rostro arrugado se endureció y sus ojos se tornaron fríos y parecidos a los de un reptil.

—O al menos eso sucedería si yo estuviera a cargo.

—Eso es cruel —gritó Kidi, y se calló en cuanto Leia alzó un dedo.

—Así que ustedes están discutiendo acerca de cómo la Alianza debería lidiar con los criminales de guerra imperiales —dijo Leia—. Después de que destronemos al Emperador, derrotemos a la flota imperial y a los cuerpos de soldados de asalto,

desmantelamos la burocracia, encontremos y neutralicemos a cada moff, almirante y general que se rehúse a rendirse y quiera seguir la batalla. ¿Estoy en lo cierto? ¿Por eso peleaban?

—En su discusión no se contemplaban esfuerzos de reconstrucción —objetó Antrot.

—Entonces, ¿estoy aproximadamente en lo cierto? —preguntó Leia.

—«Aproximadamente» no es un término útil —se quejó Antrot.

Kidi asintió y Lokmarcha se encogió de hombros.

—Les diré algo —indicó Leia—: cuando se logren todas esas cosas, ustedes dos podrán discutir acerca de lo que se les antoje hacer después. Pero, dado que en este momento estamos compartiendo espacio en un pequeñísimo yate espacial y esperamos llegar al sector Corva sin ser interceptados por cien patrullas imperiales, apeguémonos a las tareas que tenemos a mano. ¿Entendido?

Lokmarcha volvió a encoger los hombros, pero Kidi estaba avergonzada y asintió repetidamente.

—Lo siento, princesa —agregó—, nunca debí...

—No es necesario disculparse —dijo Leia—. Mayor, tengo cierta información de inteligencia que me gustaría revisar con usted en privado. Apreiciaría si podemos hacerlo en este momento.

Salió del salón sin voltear a ver si Lokmarcha la seguía y se sintió aliviada cuando escuchó el sonido de sus botas un instante después. Esperó a que entrara en la cabina que compartía con Kidi y después cerró la puerta.

—Yo no sé lo que le enseñó el general Madine acerca de ser soldado, pero estoy muy segura de que lo que acabo de ver no es la mejor manera de promover la moral dentro del equipo —dijo al instante, para mantener a Lokmarcha con la guardia baja.

El dresselliano volvió a encoger los hombros, un gesto que estaba comenzando a irritar a Leia.

—Kidi es ingenua y sentimental, princesa —respondió—. Lo que significa que se quedará petrificada cuando los disparos comiencen. Lo que quiere decir que morirá. Estoy intentando endurecerla para que eso no suceda. Después de todo, estamos en guerra.

—Lo estamos —dijo Leia—. Pero Kidi no puede hacer su trabajo si está enojada todo el tiempo con otro miembro del equipo. Así que tómelo con calma, mayor. Es una orden. ¿Puede cumplir esa orden? ¿O debo pedirle a Nien que se desvíe hacia el planeta más cercano para ponerlo en un transporte comercial de regreso a Zastiga?

—No hace falta, princesa —contestó Lokmarcha con tranquilidad—. Aunque sería un gran alivio. Mi unidad tiene una nueva Estrella de la Muerte que destruir allá en Endor.

Leia lo miró sorprendida.

—¿Qué dijo?

El dresselliano sonrió.

—Tuvimos nuestra primera junta informativa antes de que Madine me reasignara —respondió—, así que conozco en qué consiste en realidad esta misión. Somos un señuelo, una distracción estratégica. Usted ha sido muy inteligente al no dejar que los otros lo sepan. Ni Kidi ni el recolector de basura sobrevivirían una hora bajo interrogatorios imperiales. Bien hecho, princesa.

—Escúcheme bien, mayor —exclamó Leia—: ni una sola palabra de esto a nadie, bajo ninguna circunstancia, si no quiere que lo envíe a una corte marcial en un nanosegundo.

En esa ocasión, Lokmarcha no se encogió de hombros, solo se quedó mirando a Leia.

—En tiempos pasados, antes de que la Rebelión existiera formalmente, muchos guerrilleros hacían el trabajo sucio, cosas que nadie más quería hacer o siquiera pensar —explicó—. La Alianza nunca habría existido sin ellos, princesa. Esos hombres y mujeres fueron mis mentores, he pasado toda mi carrera intentando seguir su ejemplo.

—¿Hay alguna razón por la cual me está dando esta lección de historia, mayor?

—Es para que usted entienda que me llevaré el secreto a la tumba —respondió Lokmarcha—. Y una cosa que debe saber de mí, princesa, es que yo siempre llevo a cabo mi misión.

# CAPÍTULO 10

## MISIÓN A BASTEEL

—Bienvenidos a Basteel —dijo Nien—. Nunca pensé que volvería a esta roca.

Leia se inclinó hacia delante en el asiento del copiloto. El planeta debajo del *Mellcrawler* era pequeño y gris. Unas cuantas naves desperdigadas, una variopinta colección de cargueros de corto alcance y transportes con forma de caja estaban en órbita.

—No es exactamente el jardín del sector Corva —dijo Leia.

—Corva no tiene jardín —gruñó Lokmarcha desde el asiento detrás de ella—, solo muchos montones de composta.

—Kidi, escanea las frecuencias de mensajes rebeldes para ver si alguna intenta contactarnos —ordenó Leia—. Y no pierdas de vista el tráfico imperial. El Imperio puso tropas en Basteel hace algunos años, en respuesta a rumores que indicaban un movimiento de la resistencia. Pero, por lo que hemos escuchado, se trata de una presencia meramente simbólica, por lo que debemos preocuparnos es por las patrullas de cazas TIE. Con suerte, entraremos y saldremos sin tener mayores problemas con ellas.

—Escaneando, princesa —respondió Kidi con entusiasmo; sus dedos parecían una mancha borrosa, mientras operaba varios datapads. Leia se preguntó cómo le haría para saber qué información tenía en cada uno de los dispositivos.

—La Ciudad Eladro es el asentamiento más grande del planeta —dijo Nien, mientras el *Mellcrawler* se zarandeaba y traqueteaba al atravesar las turbulentas capas exteriores de la atmósfera de Basteel—. Lo cual no significa que la ciudad tenga un gran tamaño.

Entonces apartó las manos de los controles, hizo aparecer una representación holográfica del planeta y realizó un acercamiento al punto que indicaba la Ciudad Eladro. El *Mellcrawler* se inclinó a babor y Nien, casi sin prestar atención, empujó con la rodilla la palanca de mando para que el pequeño yate se moviera a estribor.

—Basteel es, en mayor medida, un terreno montañoso, casi no hay tierra plana y hay muy poca vegetación —indicó Nien, tocando la pantalla mientras el *Mellcrawler* se sacudía y repiqueteaba—. La Ciudad Eladro es subterránea, una maraña de túneles cavados dentro de las rocas desde hace siglos.

—¿No hay tierra plana? ¿Dónde aterrizaremos? —preguntó Kidi, y Leia vio que los dedos de su compañera se volvían blancos por la fuerza con la que se aferraba a su cinturón de seguridad.

—Dentro de las montañas —contestó Nien, empujando de nuevo la palanca del

*Mellcrawler* con la rodilla—. ¿Ven ese cañón?

—¡Regresa tus manos a los controles! —gritó Kidi, incapaz de soportarlo un segundo más—. ¡Después me lo enseñas!

—Relájate, Kidi; soy un gran piloto —aseguró Nien—. Bueno, nada me ha matado... hasta ahora.

El sullustano sonrió y Lokmarcha se rio. Leia le dio a Kidi unas palmadas tranquilizadoras en el hombro. Sabía que Nien era un buen piloto y ella había soportado tantos vuelos con Han Solo que el acercamiento a la Ciudad Eladro parecía apacible y agradable.

La puerta de la cabina de mando se abrió y Antrot apareció, se veía despreocupado ante lo agitado del viaje. El técnico abednedo se paró detrás de ellos con los brazos cruzados frente al pecho.

—Será mejor que te pongas un cinturón de seguridad —le advirtió Kidi—, nuestra nave es pilotada por un lunático.

Como si hubiera escuchado sus palabras, el *Mellcrawler* dio un salto impulsado por una brusca corriente de aire. Pero Antrot se mantuvo de pie, todavía con los brazos cruzados. Leia lo miró detenidamente, no esperaba que el técnico tuviera tan buen equilibrio.

Antrot se percató de su mirada intrigada y señaló sus pies.

—Personalicé mis botas con suelas magnéticas.

—Personaliza mi traje para que sea magnético por completo, por favor —suplicó Kidi.

—Relájate, ya casi llegamos —dijo Nien, llevando al *Mellcrawler* a través de un estrecho cañón que parecía la creación de un gigante que utilizó una enorme hacha sobre la superficie de Basteel. En las paredes del cañón, en cada uno de los lados, Leia observó viviendas excavadas en la roca, decoradas con complicados y hermosos diseños.

Nien llevó al *Mellcrawler* hacia una ranura en la ladera de la montaña de adelante y activó los reflectores del yate. Antrot miró nerviosamente hacia fuera de la cabina de mando, hacia el techo rocoso que estaba a unos cuantos metros por encima de sus cabezas.

—No dijiste que entraríamos a una cueva —dijo entre dientes—. Tengo claustrofobia.

—Entonces estás en el planeta equivocado, amigo —resopló Lokmarcha.

—En realidad, este lugar es muy espacioso —dijo Nien, mientras miraba al alienígena de piel verde que agitaba unos resplandecientes bastones direccionales—. Además, eso hace que el mantenimiento sea mucho más fácil. El viento y el hielo hacen estragos en las naves que quedan expuestas afuera; arriba, en las montañas, tus sistemas se congelarían en cuestión de días.

—Supongo que eso sí es favorable —comentó Antrot—. Odio el óxido mucho más que a las cuevas.

—¿Lo ves? —agregó Nien—. No es tan malo como pensabas.

—La casa de mi contacto está hacia el centro de la ciudad —indicó Leia—. Creo que ya tengo identificado el domicilio. En esa reunión intentaré colocar y activar nuestra señal. Mayor, quiero que venga conmigo. Los demás deben quedarse en la nave. Kidi, monitorea las comunicaciones en caso de que tengamos que huir.

—Mmm... Acerca de eso, princesa...

—¿Qué? —preguntó Leia con impaciencia, ante la dificultad de la técnica cereana para dar malas noticias—. Dilo, Kidi.

—Conozco los códigos para los canales militares imperiales, pero no puedo conseguir ninguna transmisión. Puedo monitorear los comlinks, pero no las comunicaciones externas de las naves o de las instalaciones militares. Debe ser por toda esta roca.

—Demasiada roca y justo por encima de nuestras cabezas —dijo Antrot, desconsolado.

—Relájate, Antrot —indicó Leia. Ella pensaba que la plataforma de aterrizaje era hermosa: sus paredes y techos fueron tallados con tal despliegue de formas que le recordaban a una catedral—. Ese techo ha estado ahí por siglos.

—Considerando que los comlinks funcionan, ¿es necesario que permanezcamos en la nave? —preguntó Nien, sus oscuros ojos parecían esperanzados—. Siempre obtengo buena información en los bares. Además, estoy sediento.

Kidi asintió con entusiasmo.

—¿Podemos ver la ciudad?

—No somos turistas, ¿saben? —gruñó Lokmarcha y eso fue suficiente para que Leia tomara una decisión.

—Pueden echar un vistazo a los alrededores —dijo Leia—. Pero manténganse juntos y tengan sus comlinks a mano.

Leia le aventó a Nien un puñado de créditos y el sullustano los atrapó en el aire.

—Yo invito el primer trago —dijo Leia—. Ustedes pagan el segundo.

—¿Y el tercero?

—Que no haya un tercero, piloto.

Nien sonrió e hizo un saludo.



Mientras el grupo se introducía en los túneles de la Ciudad Eladro, Leia les contó acerca de su contacto en Basteel. Su nombre era Bon Yoth, y alguna vez formó parte de la Alianza, pero renunció a su cargo tras un desacuerdo con el general Rieekan. El general no le dijo por qué tomaron caminos distintos, pero era claro que seguía enojado a pesar de los años que habían pasado. Aun así, él le aseguró que Yoth no era



amigo del Imperio ni mucho menos.

Lokmarcha la miró de reojo y sonrió con complicidad, aunque en esa ocasión todo lo que ella dijo era cierto. No era probable que a Yoth se le pudiera convencer de regresar al redil rebelde, pero valía la pena intentarlo.

¿Y si Yoth tuviera que pagar el precio de que la Alianza atrajera al Imperio al sector Corva? Leia deseó no tener que preguntarse si eso había valido la pena o no.

Cerca de la plataforma de aterrizaje, los túneles eran amplios, pero más adelante el espacio se reducía debido a la presencia de puestos hechos de plástico y de viejos contenedores de cargueros, así que los hombros de los miembros de la tripulación chocaban con los de quienes caminaban en dirección contraria. Lokmarcha tenía una mano en la culata de su pistola enfundada y Antrot refunfuñaba nerviosamente ante lo reducido del espacio.

—El mercado está solo unos pasos adelante —dijo Nien—. Espero que nuestro cantinero de cuatro brazos no haya sido atrapado por los cazarrecompensas. El chico preparaba un grog novaniano tremendo.

—Odio estos túneles —exclamó Antrot—. Solo las alimañas viven dentro de los hoyos de las rocas.

Muchos ojos voltearon hacia él.

—Quizás este sea un buen momento para guardarte tus opiniones —indicó Leia, acercándose más hacia Lokmarcha.

Nien pasó un brazo alrededor del reparador abednedo, con una sonrisa amigable.

—Un día te llevaré a los túneles de mi hogar en Sullust —comentó—. Comparados con ellos, estos túneles son un palacio. ¡Ah, por fin llegamos!

Antrot miró minuciosamente a través de su monóculo hacia el laberinto de puestos y, por un momento, olvidó su desagrado hacia las cuevas.

—¡Oh! —dijo—. ¡Cosas! —Y tras decir eso, dio un brusco giro hacia la izquierda, para rebuscar entre las piezas mecánicas que ofrecía un vendedor.

Una multitud de alienígenas de diversas especies se reunió alrededor del reparador, regateando ruidosamente y con entusiasmo. Leia se detuvo, preocupada ante la idea de que Antrot estuviera en peligro o reaccionara de mala manera al estar rodeado de tantos cuerpos. Pero después, escuchó una ovación: Antrot compró su primer artículo y pronto lo condujeron hacia el siguiente puesto, como si fuera un dignatario de visita en el lugar, mientras él inspeccionaba felizmente el extraño artefacto que había adquirido.

—Estará bien —dijo Nien—. Kidi y yo le echaremos un ojo.

—Muy bien —dijo Leia, pero no pudo evitar voltear al tiempo que el piloto sullustano y la especialista en comunicaciones cereana avanzaban a través de la abarrotada cueva.

—Debemos irnos, princesa —señaló Lokmarcha.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Leia.

—No me gustan las multitudes.

—No me diga que usted también sufre de alguna fobia.

Ella intentó hablar con naturalidad, pero el dresselliano se veía preocupado, sus ojos amarillos analizaban impacientemente a la multitud.

—Hay más amenazas potenciales de las que puedo monitorear —indicó—. Y le juré al general Madine que la regresaría sana y salva.

—Estaré bien —respondió Leia, sintiéndose al mismo tiempo irritada por la preocupación del soldado e impresionada por su dedicación a la misión—. Pero tienes razón, sigamos.



Al principio, nadie respondió cuando Leia golpeó la puerta metálica de la casa de Bon Yoth. Ella hizo una mueca ante lo fuerte que sonaba el golpeteo en los estrechos pasillos.

—¿Volamos de un lado al otro de la galaxia y no está en casa? —preguntó, pero después escucharon unos pasos y la puerta se abrió unos cuantos centímetros, revelando un pálido rostro humano.

—¿Quiénes son ustedes? —los cuestionó el hombre con recelo.

Leia se enderezó tan alta como era, lo cual no era tanto, pero tiempo atrás aprendió que las personas que reflejaban confianza y autoridad parecían ser mucho más altas de lo que en realidad eran.

—Leia Organa —contestó—, de la casa real de Alderaan. Carlist Rieekan me indicó dónde podía encontrarlo.

—Oh, no —dijo Yoth—. Carlist y yo escogimos caminos distintos hace mucho tiempo, no me arrastrarán de nuevo a esa locura.

Yoth intentó cerrar la puerta, pero Lokmarcha metió el pie para impedirlo. Después de un momento de batallar, Yoth se rindió y cedió el paso. El cuarto tenía muebles por todas partes y una chimenea. Lokmarcha miró a su alrededor con sospecha, después le indicó a Leia que era seguro entrar.

Yoth solo era unos cuantos años mayor que el general Rieekan, pero más delgado y pálido, como si la falta de luz natural hubiera extraído algo de su interior. Sin embargo, su mirada era intensa y refulgía con furia.

—Les diré lo que le dije a Carlist: no —exclamó Yoth—. Ya me cansé de luchar contra el Imperio. Todos ustedes se están engañando, nadie puede derrotar a la gran máquina imperial. Lo mejor que podemos hacer es intentar que nuestras comunidades sean mejores lugares para vivir y al mismo tiempo evitar llamar la atención. Eso es lo que yo he hecho aquí. Y eso ha marcado una diferencia mucho más considerable que la que ustedes conseguirán con esa descabellada guerra.

—Estás asustado —dijo Lokmarcha con desdén.

—Silencio —exclamó Leia bruscamente.

Pero Yoth observó al soldado.

—Claro que estoy asustado. Si tú no lo estás eres un mentiroso o un tonto. Así que dime, ¿cuál de las dos es?

—Yo estoy asustada —dijo Leia en voz baja.

Yoth y Lokmarcha dejaron de mirarse el uno al otro y voltearon hacia ella.

—Estoy asustada todo el tiempo —agregó—. El Imperio tiene muchísimas naves de guerra y soldados, y créditos ilimitados. ¿Y nosotros qué tenemos? Una flota desigual, créditos insuficientes y a un montón de tontos. Tontos como el mayor Lokmarcha y yo, que aún creemos que la gente debe aspirar a vivir libre de miedo, y que estamos dispuestos a morir con tal de conseguirlo.

Lokmarcha asintió, sonriendo ligeramente. Pero Yoth no se inmutó.

—Ese es un discurso conmovedor, jovencita —manifestó—. Pero digo que no y es no. Ya tomé mi decisión y les pido a ti y a mi viejo amigo Carlist que la respeten.

—Muy bien —dijo Leia—. El general Rieekan pensó que diría eso. Así que tiene una petición distinta para usted. Necesitamos que nos ayude a enviar un mensaje.

—¿Qué tipo de mensaje? —preguntó Yoth con cautela.

—De este tipo —dijo Leia, al mismo tiempo que abría su bolsa y batallaba para sacar la señal de ahí.

Yoth miró con recelo la esfera plateada que ella sostenía. Leia se la entregó y él la examinó, después presionó un botón empotrado que se encontraba en su ecuador. Una pequeña antena emergió del centro y comenzó a rotar.

—Un hipertransmisor —resopló—. No había visto uno de estos en mucho tiempo.

—Pero sabe lo que es —agregó Leia.

—Por supuesto que sé lo que es, niña.

Leia se obligó a mantener la calma y le dirigió a Lokmarcha una mirada de advertencia.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó Yoth.

—Estamos reuniendo naves espaciales en un punto de encuentro en este sector —contestó—. Buscamos tripulaciones que apoyen nuestra causa.

—¿En qué punto de encuentro?

Leia pensó en cómo responder a eso, consciente de que los ojos de Lokmarcha estaban sobre ella. Ellos querían que el Imperio se enterara de la Operación Luna Amarilla, pero no tan rápido.

—Me parece que es más seguro para usted no saberlo —advirtió.

—De acuerdo.

—Ahora que sabe de qué se trata, ¿nos podría decir dónde podemos colocarla? Debe ser en un lugar donde pueda recibir transmisiones, pero donde el Imperio no la encuentre, al menos, en unos cuantos días.

Yoth señaló hacia la chimenea, donde algunas cuantas brasas resplandecían

débilmente.

—No creo que ese lugar funcione —indicó Leia—. El Imperio la encontrará de inmediato.

Yoth se rio.

—No me refería a la chimenea —aclaró—. Me refería al tubo de salida de humo. Este se conecta a una red de conductos y túneles que desembocan entre las cimas de las montañas. Los contrabandistas los usan como lugares seguros para dejar información. Podrían colocarla en las cuevas, pero tendrían que escalar alrededor de un kilómetro para que la señal alcanzara la superficie.

—¿Un kilómetro? —Leia preguntó dubitativa.

—No es una subida pesada —agregó Yoth—. Solo que toma un poco de tiempo. Véanlo ustedes mismos.

Leia se agachó dentro de la chimenea y abrió la salida de humo, bajó la cabeza para esquivar el hollín que caía. El conducto no tenía más de un metro de ancho y estaba excavado en la roca, por lo que había muchos lugares donde apoyar pies y manos.

Ella finalizó su inspección y volteó hacia Lokmarcha, quien también se agachó para evaluar la ruta.

—¿Cuánto tiempo cree que nos lleve llegar allá arriba y después bajar? —le preguntó Leia al dresselliano.

—Oh, no —dijo Yoth—, es solo un viaje de ida. Ustedes no volverán aquí después de instalar esa cosa. Llegarán hasta allá arriba y le enviarán una señal a su nave para que los recoja en la superficie. Y nosotros nunca nos vimos, ¿entendieron?

Leia miró a Lokmarcha, quien se encogió de hombros.

—No es algo que haría por diversión, pero podemos soportarlo.

—Salvo que debemos llevar a Kidi y a Antrot allá arriba con nosotros —señaló Leia.

—¿Iremos los cuatro? —preguntó Lokmarcha—. Eso parece peligroso. Kidi es valiente pero es una civil y el reparador se caerá antes de que subamos más de diez metros o tendrá un ataque de pánico y comenzará a echar espuma por la boca, como un *dire hound* sparingiano.

Leia movió de un lado a otro la cabeza.

—Necesito a Antrot, porque yo no subiré a través de ese estrecho tubo solo para descubrir que la señal no funciona. Y necesitamos a Kidi para acceder a los códigos. Además, podríamos llegar a la cima de la montaña y descubrir que nuestro comlink no tiene la potencia suficiente para contactar al *Mellcrawler*.

—No están entrenados para esto —dijo Lokmarcha con pesar.

—Todos tendremos que hacerlo lo mejor que podamos —indicó Leia—. Vaya a buscar a Kidi y a Antrot al mercado y tráigalos hasta aquí. Y cuénteles a Nien el plan.

Lokmarcha se encogió de hombros.

—Sus deseos son órdenes, princesa.

# CAPÍTULO 11

## MORADORES DE LA OSCURIDAD

Antrot reaccionó con horror cuando le dijeron que planeaban ascender a través de la oscuridad, por encima de la morada de Bon Yoth; Kidi le aseguró al reparador que sería como subir por una escalera de mano y le prometió que estaría justo detrás de él.

—Si el éxito de la misión depende de eso, supongo que tendré que hacerlo —manifestó Antrot, afligido.

—Puede que así sea —dijo Leia—. Gracias, Antrot.

—Yo iré primero —indicó Lokmarcha—. Después la princesa, el reparador y, por último, Kidi.

—No —dijo Leia—. Tú diriges y yo iré en la retaguardia. Tengo más experiencia con respecto a la supervivencia y a las armas que Kidi o Antrot.

—Pero usted es... —comenzó a decir Lokmarcha, después se detuvo y asintió—. No, tiene razón. Yo, Antrot, Kidi y luego usted.

Lokmarcha amarró la lámpara a la boca de su rifle con un pedazo de cinta adhesiva, después se echó el arma sobre el hombro; apuntó con la luz hacia el hueco, gruñó inconforme y después se encogió de hombros.

—Si alguien allá arriba quiere dispararnos, tendrá un blanco perfecto —observó—. Pero, de cualquier manera, sería difícil que fallaran en un espacio tan reducido. Muy bien, vayamos.

El dresselliano subió por la chimenea y desapareció. Antrot encontró un casco con linterna en una de sus tantas bolsas y se lo colocó antes de seguirlo, con la mochila sujeta a la espalda, en la que llevaba la señal. Kidi entró después y parecía tan desconsolada como el reparador.

—Buena suerte —dijo Bon Yoth.

Leia asintió y se adentró en la chimenea. El espacio cerrado producía mucho eco y podía ver la linterna de Antrot moviéndose de un lado a otro, contorneando los largos brazos y piernas de Kidi.

Leia alzó los brazos, buscando de dónde sujetarse, y se impulsó hacia el interior de la chimenea hasta que sus pies encontraron un punto de apoyo. Ahí dentro estaba poco iluminado, frío y lo suficientemente estrecho como para descansar con solo apoyar su espalda contra un lado del conducto, presionando sus pies contra el otro lado.

«Aunque es un largo camino hasta allá arriba», pensó.

Bon Yoth cerró la salida de humo, dejándola en total oscuridad. Ella miró hacia arriba y vio a Kidi a unos cuantos metros sobre ella. Más arriba, en la chimenea, pudo

divisar el cuerpo de Antrot, iluminado por el casco con linterna, cuando volteó hacia abajo para verlas.

—Necesitaremos una superficie estable para instalar la señal —le gritó Leia a Lokmarcha y su voz hizo un gran eco a través de la tubería—. También necesitaremos verificar que las transmisiones lleguen a la superficie.

—¿Por qué no instalamos la señal en la cumbre de la montaña? —preguntó Kidi.

—Porque el Imperio la encontraría de inmediato —respondió Leia, escalando detrás de ella—. Yoth dijo que había una maraña de túneles allá arriba. Encontraremos un lugar.

—¿Pero qué tal si se equivocó? —preguntó Antrot, que respiraba con dificultad—. ¿Qué tal si el túnel se vuelve demasiado estrecho? ¿Qué tal si nos quedamos atrapados?

—Entonces, bajaremos y le dispararemos por mentirnos —dijo Lokmarcha.

—Esa no es una razón suficiente para dispararle a alguien —agregó Kidi.

—¿Podrían no tener esa discusión en este momento? —opinó Leia—. Solo sigan avanzando.

Rápidamente, descubrió la desventaja de ser la última de la fila: cada pedazo de polvo y tierra que los otros soltaban tras su paso le llovía a ella. Se metía en su nariz y en sus ojos, forzándola a detenerse y a pestañear furiosamente. Además, estaba demasiado consciente de lo que había debajo de ella; si llegaba a caer, lo haría azotándose contra los lados del túnel.

Y lo mismo sucedería si una de las tres personas de arriba caía, pensó cuando Antrot se resbaló; aunque logró sujetarse, pero alcanzó a darle una patada en la cabeza a Kidi. Leia comenzó a respirar con dificultad, sus brazos y piernas le dolían, y las yemas de sus dedos estaban adoloridas por agarrarse con tanta fuerza de las paredes del tubo de humo y por ser pisadas por Kidi.

«Todos estamos cansados», se dijo a sí misma. «Si tú te quejas, Kidi y Antrot se desanimarán, así que continúa».

—Estamos en una intersección —les gritó Lokmarcha a los demás.

Treinta metros arriba, el tubo se dividió en dos túneles. Leia escaló detrás de los otros, dando un suspiro de alivio. El túnel no era lo suficientemente alto como para que se pusiera de pie, pero le permitía descansar. Lokmarcha sonrió mientras Kidi y Antrot se sentaban, jadeando.

—¿Qué tan lejos llegan los túneles? —preguntó Leia, mientras miraba más allá de los demás, a través de la penumbra.

—Más lejos que la luz de mi lámpara —dijo Lokmarcha, que dejó que la lámpara sujeta a su arma iluminara hacia lo largo de las paredes del pasadizo rocoso—. Es la típica tubería de lava.

—Shhh... —expresó Leia—. Escuché algo.

Kidi miró alrededor temerosamente, mientras que Antrot se forzaba a mirar hacia abajo del túnel. Lokmarcha se apoyó sobre una rodilla y apuntó su arma hacia la

oscuridad.

—Fue su imaginación —dijo el dresselliano.

—No, yo también lo escuché —indicó Kidi.

El sonido fue muy débil, como un arañazo distante y seco.

«Como el de unas garras sobre la roca», pensó Leia, intentando encontrar el lugar de donde provenía el sonido más allá de la luz de la lámpara de Lokmarcha. Sabía que aquello que estuviera haciendo ese ruido podía verlos perfectamente bien.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dijo Leia.

—Aquello que está haciendo ese ruido no tiene un rifle A-280 o no sabe cómo usarlo —dijo Lokmarcha, acariciando su bláster—. Sigamos.

—¿Hacia dónde? —preguntó Kidi.

—Husmeé un poco mientras ustedes subían. Ya no falta mucho para que la chimenea de Yoth termine, pero hay otra justo por allá y esa va directo hacia la superficie.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Kidi.

—Porque ahí está soplando el viento —dijo Lokmarcha, con su irritante encogimiento de hombros—. Y porque puedo ver la luz hasta allá arriba. Es muy alto, pero podemos lograrlo.

—Oh —dijo Kidi, avergonzada.

—Kidi, ve si puedes recibir aquí alguna transmisión proveniente de la superficie —ordenó Leia. Ya no escuchaba aquel sonido como de algo escabulléndose, pero no le gustaba estar sepultada en el corazón de una montaña cuando sabía que ese algo que se ocultaba en la oscuridad podría estar arrastrándose hacia ellos.

Su ánimo decayó cuando Kidi no pudo obtener ninguna señal en su receptor nave-superficie, pero Lokmarcha sugirió que lo intentaran debajo del conducto que encontró. Se arrastraron veinte metros a lo largo del túnel, mientras el soldado mantenía el rifle apuntado frente a él. Mientras avanzaban, la ligera brisa se intensificó a un ritmo constante, hasta que se convirtió en una corriente continua de aire que silbaba al pasar.

Kidi ajustó un control de su receptor y levantó sus pulgares hacia Leia, como señal de que lo había logrado.

—Podemos instalar la señal aquí —indicó.

—Incluso hay espacio —añadió Leia, sintiéndose aliviada. Quizá no iba a ser tan malo como temía.

Lokmarcha se colocó entre Kidi y Antrot y aquello que estuviera en la oscuridad, balanceó la luz de un lado al otro. Detrás de él, Antrot extendió el tripié de la señal para mantenerla derecha. Abrió un panel que estaba en un costado de la esfera y marcó el código de activación, después volteó hacia Kidi. Ella tecleó una larga serie de números y finalmente asintió.

—Lo tengo —afirmó—, la señal se está transmitiendo, alternándose entre los códigos de la Alianza Osk y Peth.

—Espera un momento —dijo Lokmarcha—, ¿introdujiste esos códigos manualmente?

Kidi asintió.

—Me sé de memoria todos los códigos de encriptación.

—¿Cómo es posible? —preguntó Leia—. Cada uno de ellos tiene docenas de caracteres aleatorios.

Kidi encogió los hombros.

—No lo sé. Supongo que es porque me gustan los números.

—Eso también implica un enorme riesgo —agregó Lokmarcha.

Kidi parecía confundida.

—¿Por qué?

—Porque si el Imperio te captura, podría obtener todos esos códigos —contestó el dresselliano.

El rostro de Kidi se ensombreció.

—Oh, nunca lo había pensado.

Lokmarcha negó con la cabeza, refunfuñando.

—Muy bien —dijo Leia, intentando evitar otra discusión antes de que comenzara—. Kidi tampoco puede obligarse a olvidarlos. De cualquier manera, buen trabajo.

Ella miró hacia el conducto arriba de ellos y vio a la distancia un círculo de luz blanca.

—¿La señal se seguirá transmitiendo hasta la fecha de la reunión?

—Ya la programé —rezongó Antrot—. Eso quiere decir que funcionará.

—Bien —dijo ella, mirando hacia la oscuridad—. Entonces, me gustaría salir de aquí.



Luego de avanzar unos cien metros, a Leia le volvieron a doler los dedos. Para ese entonces, el problema no solo se debía a las paredes rocosas, sino también a las bajas temperaturas. Leia podía ver el vaho de su respiración y tenía entumecidos los dedos de manos y pies. Arriba de ella, Kidi apuraba a Antrot para que siguiera, asegurándole que no faltaba mucho. Leia anheló que alguien estuviera debajo de ella animándola con unas cuantas mentiras piadosas y que escuchara aquello que pudiera estar subiendo por el conducto tras ella.

—¡Cuidado! —gritó Lokmarcha desde arriba—. Por aquí la roca está llena de hoyos, aunque sí puede escalarse y ya estamos a unos doscientos metros de la salida.

Leia se detuvo por un momento, sosteniéndose sobre el oscuro abismo únicamente con la fuerza de sus piernas. Metió sus manos debajo de las axilas, intentando calentarlas. Sus oídos y nariz palpitaban por el frío.



—¿Princesa? —la llamó Kidi—. ¿Se encuentra bien?

Leia miró hacia arriba y se dio cuenta de que estaba casi treinta metros debajo de la cereana.

—Estoy bien —respondió—. Ya voy.

Obligó a sus adoloridas extremidades a moverse, escalando hasta que llegó al área donde se encontraba la roca agujereada que Lokmarcha mencionó. Parecía como si las paredes hubieran sido taladradas y pensó que el aire era ligeramente más cálido allá arriba. Quizá era por el sol que alcanzaba a ver. O tal vez solo era su imaginación.

También olía extraño, se trataba de un ligero olor a podrido. Y no había manera de que eso lo estuviera imaginando.

«Ve más rápido», pensó, aprovechando los agujeros para tener un mejor agarre en la roca y así poder escalar con mayor velocidad.

—¡Auch! —exclamó. Debía haberse cortado el dedo en el interior de uno de los hoyos. Era difícil saberlo, debido a que estaban maltrechos y entumecidos.

Intentó ver el dedo lastimado, pero estaba demasiado oscuro. Lo metió a su boca y percibió un fuerte sabor metálico: a sangre.

Después, algo le mordió un dedo de la otra mano. Leia la retrajo, pero con tanta fuerza que se resbaló. Extendió los brazos en cuanto comenzó a caer y se aferró a la pared, con uno de sus pies pateando desenfrenadamente en la oscuridad y el corazón latiéndole a toda prisa en el pecho.

—¿Princesa? —Kidi le gritó de nuevo.

—Hay algo vivo aquí abajo —dijo Leia.

—¿Qué? Antrot, alúbrala.

Con la tenue luz que provenía de más arriba, Leia se percató de unas malévolas lucecillas rojas que resplandecían en los agujeros de la piedra. Ahora también podía verlas debajo de ella, formando un anillo alrededor del conducto. Después escuchó un movimiento, un minúsculo chapoteo que hacía que los vellos del cuello se le pusieran de punta.

Comenzó a escalar y sus movimientos se volvieron desesperados en cuanto vio cómo unas figuras negras salían de las paredes. Podía sentir las en las manos, después en los brazos y después estaban en todas partes, en su cabello y rostro: húmedas, frías y resbalosas.

Leia gritó cuando algo mordió su oreja. Después otra cosa mordió su mano. También escuchó gritos arriba de ella.

—¡Princesa! —gritó Lokmarcha—. ¡Ustedes dos, háganse a un lado!

—¡No dispires! —alcanzó a gritar Leia—. ¡Nos darás a alguno de nosotros!

Cuando gritó, una de las criaturas misteriosas se metió a su boca. Aterrorizada de que pudiera adentrarse en su garganta, la mordió, sus dientes se hundieron en una piel elástica y fría. Sabía ácida y asquerosa. Después, la escupió, haciendo un esfuerzo para no vomitar. El ruido de succión del enjambre resonaba con fuerza en sus oídos.

La estaban mordiendo por todas partes, por lo que agitó su cabeza violentamente, intentando sacudírselos, pero solo logró golpearse la cabeza contra la roca.

—¡Princesa! —gritó Lokmarcha—. ¡Ya salimos! ¡Vamos! ¡Puedo verla!

Ella miró hacia arriba y pudo ver a los otros, la silueta de sus cabezas se podía ver contra el círculo de luz. El pánico la impulsó para llegar hasta ellos. Cuando estuvo a un metro de llegar a la cima, el enjambre dejó de morderla y se escabulló, buscando refugio en las grietas y agujeros que revestían las paredes.

Leia comprendió que le temían a la luz. Tal vez eran criaturas nocturnas que se escondían durante el día.

Lokmarcha le tendió el brazo y la jaló por la abertura. Ella se recostó en la roca fría, jadeando. Debajo de ella, una infinidad de ojos parpadeaban en la oscuridad y las paredes del túnel parecían estar en constante movimiento.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Lokmarcha, mirándola con sus ojos amarillos muy abiertos.

—Eso creo —contestó Leia, deseando que fuera verdad. Se sentó y miró a su alrededor, con sus manos tocó las mordeduras de su rostro, limpiándose los pequeños puntos de sangre que quedaban de donde el enjambre se alimentó. Los otros miembros del equipo también estaban llenos de mordeduras.

—¿Qué eran esas cosas? —gimoteó Kidi.

—No lo sé —dijo Leia, escupiendo lo que quedaba en su boca de aquel terrible sabor—. Pero si algunos turistas visitan Basteel, yo les recomendaría saltarse el ascenso por las chimeneas.

El conducto desembocaba en un collado entre montañas irregulares pintadas de un intenso color naranja por la luz del sol. Estaba helando; hacía tanto frío que el aire era difícil de respirar y el cruel viento penetraba su ropa.

—Kidi, dile a Nien que venga por nosotros —pidió Leia—. No aguantaremos mucho en estas condiciones.

La cereana asintió y sacó su comlink. Después llamó a Nien.

No hubo respuesta.

—Más le vale no estar perdiendo el tiempo en el bar —dijo Lokmarcha, quien temblaba.

—Él no haría algo así —agregó Leia—. Sigue intentando, Kidi.

—¡Miren! —gritó Antrot después de que Kidi llevó a cabo otros cuatro intentos poco exitosos de contactar a Nien.

Leia dirigió la mirada hacia donde señalaba el abednedo y vio tres puntos en el cielo. Estaban muy lejos, pero pudo jurar que parecían...

—¡Escóndanse! —exclamó—. ¡Al suelo!

Todos corrieron hacia el modesto refugio que les proporcionaba una roca que se había desprendido de la montaña años atrás. Un momento después, el sonido de los cazas TIE retumbó por encima de ellos, sus paneles parpadeaban con el sol.

—Si nos capturan, princesa, no sienta pánico, tengo un plan B —le dijo en voz

baja Lokmarcha a Leia—. Uno que nadie nunca descubrirá.

—No tengo pánico —agregó Leia—. Pero es bueno saberlo, mayor.

—¿Creen que los imperiales atraparon a Nien? —preguntó Kidi.

—Espero que no —contestó Leia. Estaba temblando, los dientes le titiritaban sin control. Y se dio cuenta de que el sol ya comenzaba a ocultarse en el horizonte.

Lokmarcha también se dio cuenta.

—No podemos quedarnos aquí —sentenció, sombríamente—. Tendremos que descender.

—¿Y atravesar por donde están esas cosas? —preguntó Kidi, su rostro se volvió pálido del miedo—. No. Ni pensarlo. Prefiero morir congelada aquí.

—Esas criaturas están esperando a que el sol se esconda —advirtió Lokmarcha—. Cuando la noche caiga, saldrán para alimentarse.

Kidi agitó la cabeza, sus ojos clavados en el conducto del cual habían salido.

—Kidi, relájate —ordenó Leia—. El miedo no ayuda en nada. Tenemos que seguir intentando contactar a Nien. Ahora, ¿alguno de ustedes trae consigo equipo de supervivencia? ¿Algo que pueda ayudarnos?

Lokmarcha negó con la cabeza.

—Pensé que solo estaríamos aquí fuera unos cuantos minutos.

—¿Kidi? ¿Antrot?

El reparador frunció el ceño y, después, su rostro se le iluminó.

—Tengo una hoja de material aislante en mi mochila —recordó—. Es para sistemas eléctricos, para evitar que el calor entre, pero también funcionará para evitar que salga. Funciona previniendo la radiación térmica.

—En este momento no necesito saber cómo funciona —indicó Leia.

Antrot extrajo una delgada hoja de apariencia metálica de uno de sus bolsillos, aparentemente infinitos. Desdoblada medía alrededor de dos metros cuadrados.

—Dásela a la princesa —dijo Lokmarcha.

—No seas ridículo —exclamó Leia, con los dientes castañeándole—. La compartiremos.

—No es lo suficientemente grande para los cuatro —indicó Antrot.

—Entonces, cambiaremos de posición por turnos —dijo Leia—. Veinte minutos a la vez. Vamos, acérquense. Necesitaremos nuestro calor corporal para mantenernos calientes.

Leia extendió los brazos, acercando a Kidi y a Antrot, envolviéndolos con la hoja aislante y después inclinó su cabeza hacia Lokmarcha. Él se agachó pero dejó una distancia prudente; claramente se resistía a acercarse más.

—No es el Gran Baile de Coruscant, Lok —dijo Leia, divertida a pesar de la situación desesperada que enfrentaban—. Acérquese, mayor. Es una orden.

Los cuatro se mantuvieron apiñados mientras el viento los golpeaba. «Si no hiciera tanto frío», pensó Leia, «quizá habría apreciado la vista». Las montañas eran increíblemente altas, sus picos irregulares apuñalaban el cielo y los colores eran

gloriosos.

Los cuatro intercambiaban posiciones cada veinte minutos, turnándose para soportar el espacio expuesto que la hoja no cubría. Al principio, Leia miraba nerviosamente la puesta de sol, intentando calcular cuánto tiempo faltaba para que desapareciera y escondía la cabeza cuando los cazas TIE pasaban por encima de ellos. Pero pronto, se sintió tan entumecida y exhausta que dejó de preocuparse por aquellos peligros. Se preguntó si Han se habría sentido así cuando la carbonita líquida se congeló en torno a él, obligándolo a hibernar. Se preguntó si en ese estado aún podía soñar.

Y si podía, ¿soñaría con ella?

Leia no podía recordar si ya era momento de pedirle a Kidi que intentara contactar a Nien una vez más o si era momento de intercambiar lugares. Su cerebro saltaba de un recuerdo aleatorio a otro... Cosas que habían pasado mucho tiempo atrás, en Alderaan, Coruscant, Beshin y otros planetas. Planetas cálidos y llenos de vida y ruido.

Ruido.

Leia se obligó a alzar la cabeza. El sol estaba a punto de ocultarse por completo y al otro lado del débil resplandor, las primeras estrellas comenzaban a aparecer. El viento sonaba como el lamento de una banshee, incesante y lastimero.

Y una voz se escuchaba en los auriculares de Kidi.

—¡Kidi! —gritó Leia, agitando frenéticamente a la técnica cereana. Antrot, que estaba al otro lado de Leia, la abrazó con más fuerza y soltó un gemido. Lokmarcha alzó la cabeza, su mirada amarilla estaba apagada.

Después de un momento, los ojos de Kidi se abrieron de golpe. Miró a Leia de mala gana, sin entender lo que estaba pasando. Y después también escuchó la voz y recordó lo que significaba.

—¡Nien! —gritó al micrófono de los auriculares—. ¡Nien! Te transmitiré nuestra ubicación.

Por encima de ellos, una brillante estrella se movía.

Era el *Mellcrawler*.

Iban a sobrevivir.

# CAPÍTULO 12

## CÓDIGOS DESCIFRADOS

Leia no se imaginó que entrar en calor pudiera ser tan doloroso. Los cuatro se recostaron en el salón del *Mellcrawler*, envueltos en unas sábanas con olor a humedad que Nien encontró en algún lugar de la bodega. Tomaron sopa en unas tazas despostilladas, mientras el sullustano caminaba inquieto y les preguntaba si querían caldo, té o algo más.

—Debe permanecer acostada y quieta, y así recuperará sus fuerzas, princesa — señaló Lokmarcha, envuelto en una sábana, al otro lado del mueble de aceleración.

—No, no debe —protestó Kidi—. Debe sentarse si ya está lista. Mantener la sangre en movimiento.

—Sé que sobrevivimos porque ustedes dos ya comenzaron a discutir una vez más —dijo Leia, y no le quedó más que sonreír cuando Kidi y Lokmarcha parecieron avergonzarse.

Leia se preguntó qué dirían sus tías si la vieran: mugrosa, medio congelada y cubierta de mordeduras. Probablemente le darían un sermón sobre la importancia de cuidar su apariencia y elegir buenas amistades.

«Las damas no trepan por chimeneas», pensó con una sonrisa. «Al menos en la casa Organa no lo hacen».

—¿Por qué no respondiste a nuestros llamados, Nien? —preguntó Antrot, desde donde se encontraba recostado en la cubierta—. ¿Seguías consumiendo el grog novaniano que recordaste?

—Ojalá —respondió Nien—. Fue por el Imperio.

—Me lo imaginé —gruñó Lokmarcha—. Los cazas TIE los delataron.

—El Imperio llegó con una nave de aterrizaje —les contó Nien—. De ahí salieron soldados de asalto y comenzaron a buscar por los túneles. Los imperiales verificaron el registro de todas las naves y las licencias de los capitanes. Afortunadamente para nosotros, mis documentos fueron falsificados por los mejores *hackers* del Borde Exterior. Pero, aún así, la revisión llevó mucho tiempo. Y yo no podía recogerlos...

Las orejas del sullustano cayeron con laxitud. Leia le sonrió.

—Hiciste lo correcto, Nien —dijo, acercándose para apretar su mano—. Estamos vivos gracias a ti.

—Bueno, tal vez tuve algo que ver en eso —aceptó Nien con una sonrisa—. De cualquier manera, estamos a salvo en el hiperespacio y nos dirigimos hacia el sistema Sesid. Pero antes de que diéramos el salto, comprobé las frecuencias: la señal se estaba transmitiendo fuerte y clara.

—Pero no entiendo —cuestionó Kidi—. ¿El Imperio llegó ahí por casualidad? ¿O nos estaba buscando?

Leia levantó el rostro y se encontró con que la mirada de Lokmarcha estaba sobre ella. Sabía lo que él estaba pensando, que su plan estaba funcionando. ¿Pero acaso eso era cierto? ¿O solo era una coincidencia, algún tipo de medida ofensiva que no tenía nada que ver con ellos? Ningún sistema estelar estaba realmente fuera del alcance del Imperio.

Ella ahuyentó ese pensamiento, pues no los ayudaría a completar su misión.

—Ya nos preocuparemos de eso durante la mañana —dijo—. Por ahora, sugiero que descansemos un poco. Ha sido un día muy largo.

—Eso es una excelente idea —dijo Lokmarcha, poniéndose de pie y dirigiéndose a la cabina que compartía con Antrot. Después, volteó y les ofreció una pequeña reverencia—. Buenas noches, damas y caballeros —agregó—. No dejen que las terribles alimañas de las paredes los muerdan.

—No es gracioso —refunfuñó Kidi.

Lokmarcha encogió los hombros, pero estaba sonriendo.

—Bueno, tal vez es un poco gracioso —añadió Kidi.



Sin embargo, a la mañana siguiente, Kidi no estaba de humor para bromas.

Leia se encontraba en la estrecha proa, quitándose microparches de bacta del rostro, cuando alguien tocó la puerta.

—En un momento salgo —dijo, irritada.

—Princesa, necesito hablar con usted —insistió Kidi—. Es urgente.

Leia no había escuchado ninguna alarma, y el *Mellcrawler* avanzaba suavemente en su camino por el hiperespacio. Abrió la puerta y echó un vistazo hacia el pasillo que conducía al salón, detrás de Kidi. Antrot estaba manipulando las tripas de una de las señales, mientras Lokmarcha le sacaba filo a un cuchillo de apariencia amenazadora, lo suficientemente grande como para derrotar a un wampa.

Lo que fuera que estuviera mal no era una amenaza inminente para sus vidas. Y eso significaba que, primero, Leia podía prepararse una taza de café. La necesitaba desesperadamente.

—Ahora —dijo unos minutos después, disfrutando la sensación de la taza caliente entre sus manos aún lastimadas—. ¿Qué pasa, Kidi?

—Códigos —dijo Kidi—. ¡Los códigos!

—No te estoy entendiendo, Kidi. Tómallo con más calma. Ahora dime qué está mal.

—Antrot descargó los códigos que la Inteligencia de la Alianza nos proporcionó

para usar en esta misión —explicó Kidi—, pero cuando vi los reportes de Basteel me preocupé. Así que revisé los códigos y son unos que dejamos de usar desde hace semanas, ya que se sospechó que podían haber sido descifrados por *hackers* imperiales.

Por encima del hombro de Kidi, Leia miró a Lokmarcha, quien seguía la conversación.

—Ya veo —dijo, tratando de ganar tiempo.

—Seguí las órdenes que el equipo del general Cracken me proporcionó —dijo Antrot, quien parecía más confundido que a la defensiva.

—No te estoy acusando, todo es culpa mía —agregó Kidi, quien tenía lágrimas en los ojos—. Debí haberlo revisado. Y ahora nos he puesto en peligro, y a cualquiera que escuche el mensaje. Y todo lo que sucedió en Basteel también es mi culpa.

—Espera un momento —dijo Leia—. ¿Me perdí de lo que dijiste antes? ¿Qué pasó en Basteel?

—Lo vi esta mañana en una holotransmisión no autorizada... Aún hay muchas de ellas operando en el Borde Exterior —respondió Kidi—. Le enseñaré.

Nien salió de la cabina de mando, parecía que tenía algo que decirles; pero cuando vio la inquietud de Kidi, miró inquisitivamente a Leia.

—Ella tiene algo que enseñarnos —le indicó.

Kidi activó el holoprojector que se encontraba en la estación de ingeniería del *Mellcrawler*. El reportaje tenía una narración entrecortada y estaba elaborado con secuencias grabadas clandestinamente. Mostraba a unos oficiales imperiales en los túneles de Basteel y a soldados de asalto capturando gente a punta de pistola. Leia observó las ondas azules de los disparos aturdidores. El reportaje mostraba una fila de seres esposados, humanos y alienígenas, a quienes llevaban hacia una nave que estaba aterrizando. Leia buscó a Bon Yoth, pero no logró verlo.

—Regresa —ordenó Leia—. Ponlo de nuevo. Ahí... Congela eso.

El holograma vaciló por un momento en el aire. Mostraba a una tropa de soldados de asalto y a dos oficiales. Uno de ellos era un hombre mayor con cabello gris y largas patillas. Él volteaba a ver al otro oficial, quien señalaba algo.

El otro oficial era en realidad una mujer. Era pequeña y delgada, casi del tamaño de Leia, y portaba un uniforme de color verde olivo. Su boca formaba una delgada línea, su mirada era inquebrantable. La oficial volteó, y Leia pudo ver la insignia de rango que llevaba en el pecho.

—Ella es quien está a cargo —indicó Leia—. Se trata de una capitana imperial.

Nien asintió.

—Entonces debe ser la comandante del Destructor Estelar imperial *Shieldmaiden*. Acabo de recibir noticias de un antiguo socio mío. El *Shieldmaiden* llegó un par de horas después de que partiéramos. Por lo que me dijeron, la capitana Khione es reconocida por el empeño que pone en todas sus misiones.

—¿Tan pronto tenemos a un Destructor Estelar siguiéndonos los pasos? —

preguntó Leia—. Eso no está bien.

Y, sin embargo, eso no era del todo cierto. Necesitaban que su misión atrajera la atención imperial, pero esa era un poco más de la que querían.

—Una ofensiva imperial acabaría con Basteel —dijo Kidi.

—Ya está bastante acabada —agregó Lokmarcha, contemplando su reflejo en el cuchillo.

—¡Tú viste a esa gente! —exclamó Kidi—. Casi no tienen nada y ahora la bota imperial está pisándoles el cuello. ¡Y todo es mi culpa!

Leia agitó la cabeza con tristeza. Solo habían estado en un planeta y este ya estaba sufriendo represalias imperiales. Y no porque la Alianza planeara luchar por la libertad de la gente. Todos aquellos que llamaran «hogar» a Basteel eran simples peones de un juego mucho más grande.

—Kidi, no es tu culpa —señaló Leia—. Escúchame: soy un objetivo prioritario para el Imperio. Cualquier cosa pudo haber pasado: que alguien me haya reconocido o que un dron de seguridad nos haya visto. Solo nos queda continuar. Si soy un objetivo prioritario, nuestra mejor defensa es convertirme en un objetivo en movimiento.

Kidi asintió con incertidumbre.

—Está bien. Mientras tanto, puedo actualizar nuestros mensajes para utilizar los códigos más recientes de la Alianza, los únicos que sabemos que son seguros.

Lokmarcha dejó de jugar con su cuchillo, esperando escuchar lo que Leia diría a continuación.

—No podemos hacer eso, Kidi —dijo, odiando la mentira que estaba maquinando en su mente—. Sabemos que es posible que los códigos que usamos no sean seguros, pero no ha habido tiempo para que nuestros agentes informen a los movimientos de resistencia acerca de las nuevas claves de encriptación. Si tú cambias los códigos, el Imperio no escuchará nuestros mensajes, pero tampoco la gente a la que intentamos llegar.

Kidi ladeó la cabeza ante lo que Leia acababa de decir.

—¿Pero acaso eso no pone en un gran peligro a cualquiera que reciba nuestro mensaje?

—Sí —contestó Leia—. Pero todo aquel con quien hablemos o nos reunamos corre un gran peligro. Y así será hasta que el Imperio no sea más que un recuerdo.



# CAPÍTULO 13

## LAS ISLAS DE SESID

Desde el espacio, Sesid era una esfera de color azul brillante, adornada con remolinos blancos y salpicada de manchas negras y verdes.

—Es un planeta acuático —les explicó Nien desde el asiento del piloto, mientras el *Mellcrawler* descendía—. Aquí las corporaciones imperiales llevan a cabo investigaciones farmacéuticas y hay cuarteles que protegen esas instalaciones. Pero la mayoría de las islas reciben bien a los turistas, y las autoridades locales desean mantenerlos felices y gastando sus créditos. Eso significa que, siempre y cuando estemos lejos de las plantas farmacéuticas, podremos evitar cualquier tipo de atención imperial. Los soldados de asalto no tienden a estropear las vacaciones familiares.

—¿Y la resistencia? —preguntó Kidi, volteando hacia Leia—. ¿Con quién se reunirá en Sesid?

—Lo único que sé es que su nombre es Aurelant —dijo Leia—. Es algo así como un líder local de la resistencia. Se supone que me reuniré con él en una isla volcánica, ligeramente al este del archipiélago principal. Afortunadamente hemos identificado que la cima de ahí es el lugar ideal para instalar nuestra siguiente señal.

—¿En un volcán activo? —preguntó Antrot, levantando la vista de aquello que estaba haciendo—. Puedo conseguir cualquier cosa, princesa Leia, pero la roca fundida está a una temperatura que supera el rango seguro de operación de estas señales.

Leia se recordó a sí misma ser paciente con el extravagante reparador.

—No arrojaremos la señal hacia la boca del volcán, Antrot —aseguró ella—. La instalaremos en una de las pendientes. Y no te preocupes, la información del terreno indica que esta subida será mucho más sencilla que la de Basteel.

—¿Pero el volcán se encuentra activo?

—Solo arroja fumarolas y ocasionalmente retumba —dijo Nien, bostezando—. No ha hecho erupción desde hace, mmm... cinco o seis años.



Nien Nunb había estado en cientos de planetas, pero Sesid no era uno de ellos, así que tuvo que solicitar al Control de Tráfico que le repitiera la indicación de cómo aterrizar el *Mellcrawler* en una hoja gigante que flotaba sobre las aguas color

turquesa cercanas a una isla llamada Thrinaka.

—La plataforma es capaz de recibir a un carguero de tamaño mediano, amigo; ni siquiera se moverá con una nave tan pequeña como la suya —le dijo a Nien el técnico que se encontraba en servicio—. Relájense y disfruten de un hermoso día.

Nien se rio.

—Nunca imaginé aterrizar en un lirio gigante. Cada vez que pienso que la galaxia no podría ser más extraña, algo nuevo me sorprende.

Kidi parecía preocupada, pero el *Mellcrawler* aterrizó sin inconvenientes, balanceándose ligeramente al apoyarse en la enorme y esponjosa hoja. La rampa descendió y el aire húmedo se coló en el yate. Leia pestañeó debido al brillante día que había fuera y no pudo resistirse a extender los brazos y disfrutar los cálidos rayos del sol tanto como le fue posible.

—Prefiero este lugar a Basteel —opinó Lokmarcha.

—Yo también —indicó Nien—. Creo que iré con ustedes hasta la ciudad.

—Te refieres a la primera cantina, ¿no? —preguntó Kidi.

—Su misión es escalar volcanes activos. La mía es recopilar información y probar alguna bebida tropical, o dos. De cualquier manera, el deber me llama.

Las venas fibrosas de la hoja gigante formaban pasillos naturales que los cinco recorrieron hasta llegar a un muelle. Los pájaros revoloteaban en el cielo y, en el agua poco profunda, Leia observó bancos de peces moviéndose como si fueran uno mismo, como pacíficas flotas espaciales miniatura.

—Todo esto es encantador —dijo Kidi—. ¿Pero cómo llegaremos a la isla en donde pondremos la señal? ¿No pudimos haber aterrizado allá?

—Siempre quieres hacerlo de la manera más fácil —dijo Nien con una sonrisa—. Control de Tráfico nos hubiera reconocido y hubiera alertado de inmediato al Imperio. Además, así podrás dar un paseo en bote.

Todos abandonaron el muelle y caminaron hacia una enorme rambla de madera blanca decorada con espirales verdes y moradas. Niños de cientos de especies corrían alrededor, perseguidos por sus padres, y droides de múltiples brazos vendían de todo, desde dulces hasta tubos de protector solar.

—¿Qué son esos? —preguntó Kidi, señalando un grupo de cilindros altos y negros que estaban del otro lado del camino—. Se parecen mucho a las cápsulas de escape.

—Y exactamente eso son —señaló Nien—. Todos los asentamientos de aquí los tienen. En caso de que haya una gran erupción o un evento sísmico, es más fácil evacuar a la gente lanzándola al espacio que recogiendo en tierra. Pero hay severas multas en caso de usarlas cuando no exista una emergencia, por supuesto.

Leia se dio cuenta de que el sullustano las observaba, con una mano debajo de la barbilla.

—¿Qué pasa?

—Su ropa. No podrán rentar una nave usando eso.

—¿Qué tiene de malo nuestra ropa? —quiso saber Kidi.

—No parecen turistas —respondió Nien—. Lo cual está bien, porque acabamos de llegar, pero debemos hacer algo antes de que la gente comience a hacerse preguntas.

Leia sopesó el riesgo de que fueran descubiertos y la necesidad que tenían de mantener al Imperio siguiéndoles los pasos, y concluyó, a regañadientes, que Nien tenía razón.



—Nadie me dijo que empacara ropa para playa —objetó Lokmarcha.

El piloto sullustano se rio.

—Afortunadamente, mayor, no existe una ciudad de playa en la galaxia sin alguien dispuesto a venderle lo que sea que haya olvidado traer. Así que vamos a vestirlo apropiadamente.

—Nadie dirá nada a nadie acerca de esto, nunca —insistió Lokmarcha—. Hablo en serio.

Kidi intentó parecer seria, pero pronto comenzó a reírse.

El soldado dresselliano ahora llevaba lentes polarizados, *shorts* morados y una playera que promocionaba a un cuarteto local de *smazzo*. Sus armas y equipo fueron guardados en un bolso de lona. Se veía tan ridículo como furioso.

Por otra parte, dejó de llamar la atención entre la multitud de turistas que caminaban por las ramblas de Thrinaka.

—Ninguno de nosotros aprobaría una inspección militar, mayor —señaló Leia. Ella vestía una blusa floreada que le lastimaba la vista, por encima de unos *shorts* y una toalla color rosa brillante, envuelta alrededor de su cintura; después de haber rechazado, indignada, la pícara sugerencia de Nien de usar un traje de baño café de dos piezas adornado con una trenza dorada. La blusa tropical de Kidi era aún más estridente; y el pobre Antrot parecía como si hubiera perdido una apuesta, tropezándose por todas partes con los ojos escondidos detrás de unos lentes de sol demasiado grandes y una gorra mal acomodada sobre su cabeza que tenía el logo de un alquiler de pesca local.

—Creo que se ven muy bien —señaló Nien—. Deberíamos detenernos para que le mande un holograma a Mon Mothma...

—¡No! —dijeron al unísono varios miembros de la tripulación.

Pero Leia se sintió aliviada de que nadie reparara en ellos cuando pagaron una exorbitante cantidad de créditos para rentar un bote propulsor con un poderoso motor. Nien se despidió desde la orilla, mientras ellos se adentraban en el agua poco profunda hasta donde estaba amarrado su bote, rodeados de turistas que

intercambiaban los reportes del clima.

—La galaxia está en guerra y ellos están preocupados por la lluvia de la tarde —refunfuñó Lokmarcha, quien tenía el agua hasta la cintura y su bolso de lona sobre la cabeza.

—Me alegro por ellos —dijo Kidi—. Es decir, ¿no es eso por lo que luchamos? ¿Por hacer que la galaxia sea un lugar en donde la gente tenga la libertad de preocuparse por cosas triviales?

—Así es —dijo Leia—. Además, el agua se siente bien.

—No me gustan los espacios abiertos —agregó Antrot—. Tengo agorafobia.

—Santo cielo —dijo Kidi—. Por fin siento que tengo un poco de espacio. Aun cuando una nave espacial es grande, suele sentirse estrecha, especialmente cuando eres cereana.

Cuando abordaron, Lokmarcha enrolló el ancla y atravesaron la laguna hasta el mar abierto; el bote sobrevolaba la superficie del agua. El viento los golpeaba, pero a diferencia del de Basteel, este era cálido, impregnado del olor de la sal y de la vida, lo que hizo que Leia sonriera.

Casi sintió tristeza cuando observó la isla cónica que se levantaba frente a ellos. Una delgada columna de humo salía de su cima chata.

—Nuestro punto de reunión debe ser justo en esta caleta —indicó Lokmarcha, disminuyendo la velocidad y dirigiendo la proa del bote hacia la playa.

—Un ataque perfecto, Lok —dijo Leia—. Nien estaría orgulloso.

Lokmarcha le ofreció una pequeña reverencia a Leia, y el bote salió a tierra salpicando agua. La arena negra estaba llena de pequeñas conchas blancas; casi parecía como si el cielo nocturno y la orilla marítima hubieran intercambiado lugares. Más allá de la playa, la tierra se elevaba ininterrumpidamente a través de la selva verde hacia las empinadas laderas del cono volcánico.

Una vez que llegaron a la playa, Lokmarcha volvió a ponerse serio.

—No me gusta enviar a esos dos solos a instalar la señal; no sabemos qué tipo de depredadores habiten aquí —le confesó a Leia en voz baja—. Pero no puedo dejarla sola en su encuentro con el líder de la resistencia.

—Tendrás que escoger —indicó Leia—. Pero ten en cuenta que yo puedo cuidarme con un bláster, y ellos difícilmente sabrían cuál es la boca y cuál la culata.

—Cierto. Pero mi misión es protegerla a usted, no a ellos.

Aquella era una simple exposición de hechos, pero aún así provocó que Leia apretara los puños. Estaba cansada de que la gente se ofreciera a morir por ella, porque, con frecuencia, debían cumplir su palabra.

—Tengo un comlink, y tú no irás muy lejos, Lok —dijo Leia—. Si ocurre algo que no pueda manejar, buscaré refugio en la selva.

El soldado pateó inconforme la arena negra.

—¿Sería mejor si lo convirtiera en una orden, mayor? —preguntó.

—En realidad, sí lo sería.

Leia sonrió.

—Entonces, es muy fácil: Lok, te ordeno proteger a Kidi y a Antrot, y no preocuparte tanto por mí.

Ella los vio cruzar la negra arena con el equipo y desaparecer al adentrarse en la selva verde. Las olas rompían suavemente en la playa y los pájaros trinaban por encima de ella. Era extraño encontrarse en un lugar tan hermoso en una época tan difícil.

Pero también era reconfortante. La naturaleza florecía aun en una galaxia en guerra, creando vida y belleza en miles de millones de planetas... Una belleza que ni siquiera el Imperio podía erradicar. Leia se sentó en la playa, contemplando las aves e intentando ver cuántas especies podía identificar.

Hacía calor y no había señales de nave alguna ni de nada que indicara que su contacto estaba cerca. Leia decidió aprovechar unos minutos para recostarse y descansar. Movié la cabeza de un lado al otro, frotándola contra la arena negra para formar un cómodo surco y observó la infinidad del cielo azul.

Al cabo de un instante, se quedó dormida.

# CAPÍTULO 14

## DEPREDADORES ACUÁTICOS

Leia despertó con un sobresalto y vio a contraluz una figura parada sobre ella. Buscó rápidamente su bláster, aunque pensó que ya era demasiado tarde.

—Relájese, princesa, somos nosotros —dijo Lokmarcha—. Por fortuna para usted.

—Déjala en paz —agregó Kidi—. Estaba exhausta. Menos mal que pudo descansar.

Leia se levantó apresuradamente, avergonzada. El soldado dresselliano estaba de pie junto a Kidi y Antrot mirando hacia el mar.

—¿Ya instalaron la señal? —preguntó Leia.

—Se encuentra transmitiendo a la perfección —contestó Kidi—. También allá arriba hay una hermosa vista.

—Pero, por lo que veo, nadie se presentó al encuentro —dijo Lokmarcha.

—No, a menos que hayan decidido dejarme terminar la siesta y se hayan ido.

En realidad, Leia se sentía aliviada; no había necesidad de poner en peligro al misterioso Aurelant. Con suerte regresarían a Thrinaka y se dirigirían hacia su siguiente destino, atrayendo atención imperial sin ocasionar consecuencias atroces para la gente de ese hermoso planeta.

—Regresemos —dijo Leia—. Tenemos una agenda que debemos seguir.

Apenas Thrinaka aparecía ante sus ojos, cuando el comlink de Leia comenzó a sonar.

—Llegaremos en veinte minutos, Nien —dijo.

—Entonces dense la vuelta —agregó Nien—. Hay soldados de asalto en el puerto, y la capitana imperial que vimos en Basteel está con ellos. Están revisando la ciudad. Tendré que despegar en caso de que reconozcan al *Mellcrawler*.

—Lok, dirígete de regreso al mar —indicó Leia—. Nien, Kidi y tú busquen un canal de comunicación que puedan usar, en caso de que los imperiales interfieran los nuestros.

Lokmarcha dio una vuelta cerrada hacia la izquierda, haciendo que el bote rebotara sobre las olas. Leia sujetó a Antrot cuando se tambaleó sobre la cubierta.

—¿No están funcionando tus botas? —le preguntó Leia.

—El material de la cubierta no es magnético —respondió—. Me parece que es de madera. Habría sido mejor si Nien no hubiera rentado un bote tan elegante.

—Detrás de nosotros —dijo Lokmarcha—. A una distancia de aproximadamente quinientos metros. Los electrobinoculares están en la mochila del equipo.

Después de ordenarle a Antrot que se sujetara de manera más segura, Leia se arrodilló y buscó en la mochila del soldado. Se apoyó contra la borda del bote y agradeció que los binoculares tuvieran controles estabilizadores.

—¡Soldados de asalto en propulsores de olas! —gritó Leia por encima del viento—. Y algo que parece un transporte anfibio viene detrás de ellos. ¿Podemos perderlos?

—¡Sus naves son más rápidas que la nuestra! —respondió Lokmarcha, gritando—. Y aquí fuera no hay dónde esconderse.

—Déjame manejar, necesitamos que tú dispires —ordenó Leia.

El bote golpeó una ola que los lanzó a más de un metro de altura y los propulsores protestaron con un silbido. Leia aterrizó en mala posición, lo que provocó una oleada de dolor que atravesó sus rodillas, y después avanzó tambaleándose por la cubierta hasta chocar contra la espalda de Lokmarcha.

—No deje que nos apunten, princesa —le indicó, caminando con dificultad por la cubierta hacia su mochila. Leia accionó el acelerador y Lokmarcha se resbaló hacia la popa, chocando contra esta con el rifle levantado. Él miró a través de la mirilla del rifle y después lo accionó, descargando algunos rayos bláster hacia aquellos que los perseguían en los propulsores de olas.

—¡A esta distancia, si le doy a algo será por pura suerte! —dijo.

—Kidi, encuentra algo que flote —gritó Leia—. ¡Un chaleco o un pedazo de material aislante! ¡Antrot, prepara un detonador que demore diez segundos en estallar!

Leia giró con fuerza el bote a estribor, levantando una ola que impidió que los imperiales pudieran apuntarles. Antrot estaba en el piso del bote preparando el detonador; parecía mareado. La gorra del abednedo se había volado y sus lentes de sol estaban chuecos. Los disparos del bláster crepitaban sobre el agua del lado izquierdo del bote, generando columnas de vapor.

—Debe haber un arma de cubierta en esa nave —gritó Lokmarcha—. ¡Princesa, mantenga el rumbo!

Leia corrió el riesgo de mirar detrás de ella y se encontró a Antrot sosteniendo un chaleco flotador de color naranja brillante sobre su cabeza, que finalmente aventó. El chaleco revoloteó en el aire, se hundió en el mar e inmediatamente flotó hacia la superficie.

Leia intentó contar, pero perdió la cuenta cuando tuvo que esquivar un disparo de bláster. Miró por encima del hombro, justo a tiempo para ver una columna de fuego que salía disparada desde la superficie del océano. La figura oscura de un propulsor de olas sin piloto pasó rozando la superficie de las olas como una piedra y después se hundió.

—¡Le dimos a uno! —gritó Lokmarcha—. Eso fue hermoso, Antrot.

Después, la proa se elevó y Leia sintió una oleada de calor en la espalda. El bote giró bruscamente a estribor y, por un momento, Leia pensó que se volcarían. Volteó

hacia atrás y vio que una parte de la popa se había vaporizado. Un delgado listón de humo comenzó a dejar rastro detrás de ellos.

—Estamos bien, ¡no se detenga! —gritó Lokmarcha.

El motor chirrió mientras Leia intentaba alcanzar mayor velocidad con el bote dañado, el cual se inclinaba ligeramente a babor.

—¡Esto no va a funcionar! —le gritó Leia a Lokmarcha—. Necesitamos regresar a la isla, la selva será nuestro refugio.

—¡Incluso si llegamos antes a la isla, solo estarán a un par de minutos detrás de nosotros!

—Eso será mejor que cualquier cosa que nos pueda pasar aquí. Kidi, monitorea todos los canales para ver si están coordinados con otras unidades.

Kidi asintió, se agachó para utilizar su equipo mientras Lokmarcha disparaba salvajemente.

—Encontré su frecuencia de comunicación —indicó Kidi horrorizada—. Quien está detrás de nosotros es la capitana Khione, y la están buscando a usted, princesa. Mencionaron su nombre.

—Eso no importa, Kidi —dijo Leia—. Ve si puedes contactar a Nien, quizá él pueda recogernos en la isla.

Otro disparo de bláster hizo que el agua a babor alcanzara el punto de ebullición. Leia comenzó a dirigir el bote en zigzag, escuchando nerviosamente el sonido de protesta de los propulsores dañados. Ahora salía humo negro de debajo del casco. Antrot soltó un quejido y parecía que iba a vomitar.

—Hay algo debajo de nuestro bote —gritó Kidi.

Leia echó un vistazo por un costado, esperando que la técnica cereana estuviera equivocada, pero vio una figura negra debajo de ellos. Giró abruptamente el bote a estribor, arrojando a Lokmarcha hacia la cubierta. Antrot estaba recostado sobre el piso del bote con la cabeza entre los brazos.

Frente a ellos algo emergió del agua.

Leia se dio cuenta de que era un vehículo grande y oscuro.

En su proa apareció una grieta que se abrió más y más hasta que la nave pareció un leviatán bostezando. Leia pudo ver luz en su interior y algunos cuerpos corriendo de un lado a otro.

Lo dudó, pero después dirigió el bote hacia la misteriosa nave.

—¡No, princesa! —gritó Lokmarcha—. ¡No sabemos quiénes son!

—¡No nos están disparando! ¡Y en este momento, con eso me basta!

Otro disparo estremeció el lado izquierdo de la embarcación y Leia se agachó. Los proyectiles les pasaban silbando y levantaban chispas en el casco del bote. Ella se dio cuenta de que la nave mayor estaba cubierta de frondosas algas verdes que daban la impresión de ser el pelaje lanudo de un enorme animal.

La apertura de la cubierta se extendió debajo de la superficie del agua, permitiéndole a Leia entrar sin tener que desacelerar. Ella puso los motores en



reversa, levantando una columna de agua que los empapó. El embarcadero al interior de la nave estaba rodeado de puentes de trabajo, donde estaban reunidos unos alienígenas humanoides de una especie que Leia nunca antes había visto. Tenían tamaño humano, una piel verde platinada, ojos rojos y dientes afilados. Vestían ropa sencilla y llevaban el equipo propio de los marineros, junto con sus blásters y cuchillos.

Detrás de ellos, las enormes fauces de la nave comenzaron a cerrarse. Cuando Leia apagó los motores, los alienígenas comenzaron a celebrar.

—Estoy teniendo problemas para determinar si fuimos rescatados o capturados —dijo Antrot débilmente.

—Yo también —respondió Leia.

Uno de los alienígenas le indicó a Leia que llevara el bote al lado de uno de los puentes de trabajo. Cuando estuvo a un metro de distancia de este, algunos alienígenas se estiraron para agarrarlo y lo ataron con una rapidez y una destreza impresionantes. Sus dedos eran largos y terminaban en garras de aspecto malévolo.

—Quizá debimos quedarnos con los soldados de asalto —refunfuñó Kidi, mientras los piratas hacían señas con sus rifles, ordenando que bajaran del bote.

Le quitaron el rifle a Lokmarcha y registraron a los demás, riendo mientras ayudaban al tembloroso Antrot a subir al puente de trabajo. Los piratas comenzaron a hurgar en su equipo, sosteniendo en alto detonadores y terminales de comunicación, al tiempo que parloteaban emocionados.

La multitud se dividió y un alienígena, una cabeza más alto que los demás, los miró. Estaba ataviado con muchos collares y brazaletes, y sus brazos verdes estaban cubiertos con tatuajes. Una pechera sustraída de la armadura de un soldado de asalto protegía su pecho y un pesado sable colgaba de su cadera.

Les sonrió con una dentadura resplandecientemente blanca.

—Me imagino que usted es la princesa Leia Organa —dijo en lenguaje galáctico básico—, de la Alianza para Restaurar la República. Hay una generosa recompensa por su hermosa cabeza, Su Majestad.

# CAPÍTULO 15

## LOS PIRATAS DRAEDANOS

Lokmarcha se colocó entre Leia y el alienígena, enseñando los dientes, pero ella hizo a un lado al soldado dresselliano.

—No —susurró—. Nos superan por mucho en número. Deja que yo me encargue. Ella miró a los piratas alienígenas con las manos en la cadera.

—Por lo que veo no necesito presentarme —dijo—. Pero usted sí. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

La sonrisa del alienígena se hizo más amplia.

—Con tu captor —respondió—. Es lo único que debes saber, por ahora.

Los piratas rieron. Leia alzó la voz para ser escuchada por encima del estruendo.

—Los imperiales estarán aquí en cualquier momento y, para entonces, todos estaremos cautivos —dijo.

—Ya nos sumergimos. Esos idiotas nunca nos encontrarán aquí abajo. Todos los que no son de este planeta creen que el océano es una superficie, y lo que está debajo es un misterio. La pregunta aquí es qué hacer contigo, princesa.

—¿Entonces estamos negociando? —preguntó Leia.

—¿Negociando? En lo absoluto. Yo estoy pensando, tú estás esperando. La cosa es así, princesa: yo soy un hombre de negocios. Y tú vales el equivalente a un año de recompensas, y por muy poco riesgo. ¿Puedes ofrecerme algo así de bueno a cambio?

—¡Puedes quedarte con el bote! —exclamó Kidi impulsivamente.

Los piratas se rieron.

—Ya me pertenece —aseguró el líder—. No, su oferta debe ser mejor que eso.

Leia intentó pensar en algo que pudiera usar. Sabía que no tenía caso prometerles a los piratas un rescate de la Alianza. Porque, por un lado, necesitaban cada crédito para la luchar contra el Imperio; por el otro, una promesa de ese tipo solo elevaría el precio.

—Ustedes no son amigos del Imperio —dijo.

—Ningún draedano que se respete lo es —escupió el líder pirata.

—Entonces tenemos algo en común.

Leia miró a los piratas draedanos, sus armas y sus afiladas sonrisas. Eran tipos duros y había algo oscuro en ellos. Pero quizá eso no era lo único.

O al menos eso quería creer.

—Puedo ofrecerle algo mejor —dijo—. Un lugar en la Alianza Rebelde. Una oportunidad para mejorar la galaxia. Para pelear no por créditos o bienes robados, sino por la libertad. Libertad para los draedanos y para todas las especies de la

galaxia.

—¿Y qué valor tiene eso? —preguntó el pirata líder.

—Más que cualquier otra cosa —dijo Leia, y esperó.

El líder inclinó su cabeza verde hacia ella, sus ojos rojos se entrecerraron. Después se rio.

—No le temes a nada; eso es algo extraño para un humano —aceptó—. Muy bien. Debimos haberlo sabido.

Hizo un gesto brusco, y los piratas bajaron las armas.

—Mi nombre es Aurelant, princesa, capitán Aurelant —anunció—. Bienvenidos a bordo del *Daggadol*.

Leia sintió que sus hombros se desplomaban del alivio.

—¿Usted es nuestro contacto rebelde? —preguntó Kidi, incrédula.

Aurelant asintió.

—Quizá seamos un planeta pequeño y lejano a los lugares importantes de la galaxia —dijo—, pero tenemos muchos recuerdos. Recuerdos de una época anterior al Imperio, cuando Sesid era libre y las estrellas ofrecían posibilidades, no amenazas. Quizá Sesid pueda volver a ser así.

Leia inclinó la cabeza ante Aurelant. Los piratas comenzaron a celebrar.

—Usted no asistió a nuestro encuentro, capitán —observó Leia.

—Así es —asintió Aurelant—. Por culpa de los imperiales. Han estado merodeando estas aguas por horas.

Leia sintió palpitaciones al imaginar qué habría pasado si los imperiales hubieran visto el bote en la caleta, encontrando a una de las principales líderes de la Alianza Rebelde a solas, dormida sobre la arena. Y, por si eso fuera poco, con una horrible blusa floreada.

—No había visto en Sesid una operación imperial como la de hoy desde la última vez que los draedanos estuvimos en guerra —dijo Aurelant—. Inmovilizaron todos los transportes que no fueran de este planeta para buscarlos a ustedes. Y hay un Destructor Estelar en órbita.

—Ahí es hacia donde debemos ir: al espacio —indicó Leia—. Para que podamos seguir con nuestra misión.

—Ah, sí. Tú... cabeza de cono. ¿Puedes sintonizar un transmisor Horvax-16?

Kidi alzó la barbilla.

—Aprendí a introducir señales en la Holonet con un Horvax-8 cuando era niña.

—¿Y tu Horvax-8 utilizaba una matriz amplificadora subacuática?

Kidi negó con la cabeza dócilmente, pero Antrot se aclaró la garganta.

—He hecho funcionar plataformas de comunicación con todo, desde amplificadores subacuáticos hasta repetidores cuánticos. Es una adaptación muy sencilla.

—Bien —dijo Aurelant—. Eso significa que ustedes dos probablemente no dañarán nuestro equipo. Odiaría comenzar con el pie izquierdo, en caso de que

tuviera que cobrarle a su Alianza un repuesto.

—Nuestra nave está en órbita —indicó Leia—. Pero es muy riesgoso hacer que baje por nosotros. El Destructor Estelar cubrirá el área con cazas TIE.

—En lugar de que ella venga por ti, ustedes irán a ella —dijo Aurelant—. En una cápsula de escape.

—El Destructor Estelar verá el despegue. Seremos capturados.

—Déjeme decirle algo acerca de los draedanos, princesa —agregó Aurelant, sonriendo y mostrando los dientes—: tengo dieciocho hermanos y veintidós hermanas, lo que hace que mi familia sea vergonzosamente pequeña. Tengo más primos de los que puedo contar en cada ciudad en un radio de quinientos kilómetros. Los imperiales pueden identificar una cápsula de escape, sí. Pero vamos a lanzar cientos. No sabrán cuál es la suya, pero su nave sí lo sabrá.

Leia sonrió y asintió con la cabeza.

—¿Ustedes harían eso por nosotros? —preguntó Kidi.

Los piratas volvieron a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó la cereana.

—El Imperio le paga a una compañía de rescate para que reacondicione aquellas cápsulas lanzadas accidentalmente y las reabastezca de combustible —indicó Aurelant—. Uno de mis hermanos es dueño de esa compañía. No ganaremos tantos créditos como si le entregáramos a su princesa al Imperio, pero aún así será un muy buen día de pago.

# CAPÍTULO 16

## EN LOS CAMPOS

En la mañana, de camino al planeta Jaresh, la puerta de Leia sonó otra vez.

En esa ocasión no se sorprendió de encontrar a Kidi, pálida y ansiosa, ni de escuchar que el Imperio había respondido al truco de las cápsulas de escape con represalias. La secuencia de Sesid mostraba turistas nerviosos haciendo filas para abordar los transportes, los soldados de asalto escoltaban a draedanos cautivos; y bombarderos TIE sobrevolaban la superficie del océano color turquesa, con sus angulares alas solares levantando olas a su paso. En una transmisión, la capitana Khione del *Shieldmaiden* exigía que todos aquellos que hubieran ayudado a los fugitivos rebeldes a escapar fueran entregados a las autoridades, de lo contrario, todos los habitantes de Sesid pagarían el precio.

—Todo aquel que nos ayuda sufre las consecuencias —dijo Kidi, quien parecía afligida.

—Lo sé —contestó Leia—. Así es como el Imperio mantiene a la gente atemorizada. Demostrando que cualquier cosa que no sea obediencia absoluta trae consigo brutalidad.

—¿Pero cómo podremos detener algún día tanta... tanta maldad? —preguntó Kidi.

—Librando a la galaxia de aquellos que cometen tales actos —dijo Lokmarcha—. Tú mencionaste la palabra «maldad», y estás en lo correcto. No se puede negociar con aquellas personas que hacen esas cosas, o muchas otras peores que se cometen en nombre del Emperador.

Kidi solo asintió con tristeza, envolviendo su cuerpo con sus largos brazos. Leia también sintió ganas de hacerse un ovillo. El capitán Aurelant y sus piratas les habían parecido maleantes, pero sus razones para oponerse al Imperio eran tan nobles como las expresadas por el pueblo de Alderaan o Chandrila.

Ahora pagarían un terrible precio por esa oposición, y la Alianza no podría ayudarlos. Leia sabía perfectamente que pasaría mucho tiempo antes de que la Rebelión llegara al sector Corva, sobre todo considerando que el destino de la galaxia estaba a punto de decidirse, a cientos de miles de años luz a la distancia. El pueblo de Sesid estaba solo, justo como lo estaba la gente de Basteel.

Y como lo estarían los habitantes de Jaresh.

«Estamos en guerra», dijo Cracken, y Leia lo había aceptado. Pero ahora se preguntaba cuánta maldad se había producido, deliberadamente o no, bajo esa excusa.

Debajo del *Mellcrawler* flotaba el planeta Jaresh como una joya verde en medio

del espacio. Mientras el yate se aproximaba, Leia pudo ver las delgadas líneas azules que atravesaban los continentes, indicando una compleja serie de canales de riego que llevaban agua desde los enormes casquetes polares hacia las regiones más templadas.

—Se ve tranquilo allá abajo —dijo Kidi debajo de su auricular—. Sé que hay torres de comunicación que prestan servicio al planeta, pero, a juzgar por lo que se escucha, parecería que no están ahí. Nunca había conocido un planeta con una población tan grande y con tan poco qué decir.

—A mí me parece sabio —murmuró Antrot—. Quizá guardan sus palabras para cuando realmente importen.

—Los primeros colonizadores jareshi formaban parte de una orden religiosa —señaló Nien—. Decidieron vivir con muy poco, además de la tecnología básica, y dedicarse a alimentar a los planetas cercanos. No comparto esa filosofía. Me gusta que los planetas tengan un poco más de diversión; pero es admirable, supongo.

—Aterrizaremos cerca de la aldea de Jowloon —dijo Leia—. Mi contacto está ahí, es la matriarca de una aldea llamada Nyessa. Debo preguntar por ella en el almacén. Y, en cuanto a nuestra señal, la Inteligencia de la Alianza sugiere que la instalemos en un nodo de comunicaciones, a veinte kilómetros de la aldea. ¿Cuántos de ustedes saben cabalgar?

Lokmarcha alzó la mano y lo mismo hizo Kidi, aunque parecía indecisa.

—He montado un aryx —explicó—, unas enormes aves bípedas nativas de Cerea. ¿Cuentan?

—No lo sé aún —dijo Leia—. ¿Antrot?

—Puedo manejar un speeder.

—Entonces eso es un no.

—¿Qué hay de usted, princesa? —preguntó Lokmarcha, escéptico—. ¿Sabe cabalgar?

—Fui campeona de la liga menor de Alderaan en carreras de obstáculos —contestó Leia.

—No sabía eso.

Leia se encogió de hombros.

—Difícilmente sirve de algo en el espacio.



Nien llevó al *Mellcrawler* hacia un puerto espacial que no era más que un campo de aterrizaje, una estación de combustible y una bodega llena de contenedores de carga. Al bajar del yate vieron el sol en lo alto de un cielo azul violáceo salpicado con nubes blancas. El aire era húmedo y olía a fertilizante.

—Bueno, no es muy difícil imaginarse qué exportan aquí —dijo Nien—. De

cualquier manera, el fertilizante es valioso. Quizá pueda hacer un intercambio.

—Eso es mejor a que pierdas el tiempo en la cantina —insinuó Kidi con desdén. Nien le ofreció una pequeña reverencia.

—No se metan en problemas.

Se despidió con la mano y regresó a la rampa. Leia, Lokmarcha, Antrot y Kidi se ajustaron los sombreros y cerraron sus capas, intentando pasar desapercibidos en su camino por las calles lodosas hacia las afueras de Jowloon. Las casas estaban hechas de madera, y estaban arregladas y pintadas cuidadosamente. En los campos, los granjeros gritaban palabras de aliento al fornido ganado de una especie que Leia no pudo reconocer, bestias poderosas con corazas óseas a sus espaldas, llevando a rastras arados. Había también chicos descansado entre manadas de nerfs, aunque no de las razas alderaanianas que Leia recordaba de su juventud, o pastoreando whellays.

La tripulación del *Mellcrawler* caminó silenciosamente a través de la aldea, pero incluso así, Leia veía cómo algunos volteaban a verlos a su paso.

«Este no es un lugar donde los fuereños sean comunes... ni donde no llamen la atención».

De pronto, Kidi se puso tensa.

—¡Miren! —exclamó con tono de urgencia, y empezó a levantar su brazo.

Lokmarcha lo empujó hacia abajo.

—No —dijo rápidamente—. Debemos pasar desapercibidos, ¿recuerdas?

Leia miró lo que había llamado la atención de Kidi: era una pareja de soldados de asalto en la plaza de la aldea; su blanca armadura contrastaba de manera extraña con los colores vivos que los rodeaban, como puntos blancos en una pintura.

—Sigan adelante —ordenó—. No tienen razones para desconfiar, a menos que se las demos nosotros.

El almacén de Jowloon era como el resto de la aldea: simple y rústico. Unos cuantos granjeros compraban herramientas o comida, mientras que los habitantes mayores hablaban acerca del clima y de las minucias del cuidado animal. Leia recargó su codo en el mostrador y esperó a que la mujer mayor que estaba detrás la mirara inquisitivamente.

—Soy amiga de Nyessa —comentó Leia—. Ella dijo que podía localizarla aquí. Acabo de llegar de otro planeta.

—Supe que eran de otro planeta desde el primer segundo en que los vi —afirmó la mujer, y no era un insulto, sino un hecho que tenía ganas de recalcar—. A esta hora del día pueden encontrar a Nyessa en el potrero warbu.

—¿Y en dónde está eso?

—En el mismo lugar en donde siempre ha estado... justo arriba de la colina de la vieja granja Galway.

—Leia esperó.

—Oh, cierto, ustedes vienen de fuera. Les haré un croquis.



Nyessa era una kyuzo jorobada y de rostro curtido. Era mayor, pero Leia notó una determinada fortaleza en la manera en la que se apoyaba, y sus ojos eran dos chispas amarillas que resplandecían debajo de un sombrero gris de ala ancha hecho de fieltro.

—Ustedes deben ser aquellos que vinieron desde muy lejos —dijo cuando tuvieron su atención—. Los rebeldes. Espérenme ahí unos segunditos.

Ella le llamó a los warbu, aparentemente así se llamaban las bestias acorazadas, haciendo un extraño chasquido. Estas la vieron desde debajo de sus intimidantes cuernos; después, con mucha obediencia, caminaron lentamente en dirección a una gran cabaña donde había un bebedero.

—Son bestias leales —declaró Nyessa con satisfacción—. Ahora bien, hablo en nombre de los habitantes de Jowloon, ¿qué necesitan?

Leia debió parecer sorprendida, pues Nyessa agitó la cabeza impacientemente.

—Vamos —dijo—, no sé cómo lo hacen allá, en aquellos lugares lejanos, pero aquí en Jaresh acostumbramos apoyar a quienes han prometido ayudarnos. ¿Qué necesitan?

Leia intercambió una mirada con Lokmarcha.

—Cabalgaduras —contestó—. Tenemos algo... una máquina... necesitamos instalarla en una de las torres de comunicación, arriba, en las colinas. Está muy lejos como para llegar caminando.

—Justo a tiempo, entonces —sentenció Nyessa—. Unas cuantas horas más y el Imperio se las habría llevado al corral para marcarlas. Urdas, warbu, nerfs y whellays, todo. Pero puedo prestarles cuatro urdas.

—¿El corral? —preguntó Kidi.

—Lo acaban de construir, está del otro lado de la aldea; seguramente no lo vieron —señaló Nyessa—. El Imperio quiere implementar un sistema para monitorear todo lo que tenemos: bestias, sembradíos, pertenencias; para que podamos ser más eficientes al alimentar a sus ejércitos.

—La eficiencia es muy útil en cualquier industria —agregó Antrot, quien pareció confundirse cuando Leia le dirigió una mirada fulminante.

—Ustedes, los que vienen desde muy lejos, quieren cambiar nuestra manera de ser —dijo Nyessa—. Llegamos a Jaresh hace siglos porque no queríamos cambiar. ¿No es ese nuestro derecho?

—Claro que lo es, Nyessa —aseguró Leia—. Y queremos restaurar esa libertad. Para ustedes y todos los habitantes de la galaxia.

—Está bien —dijo—. Pero deben regresar al anochecer.

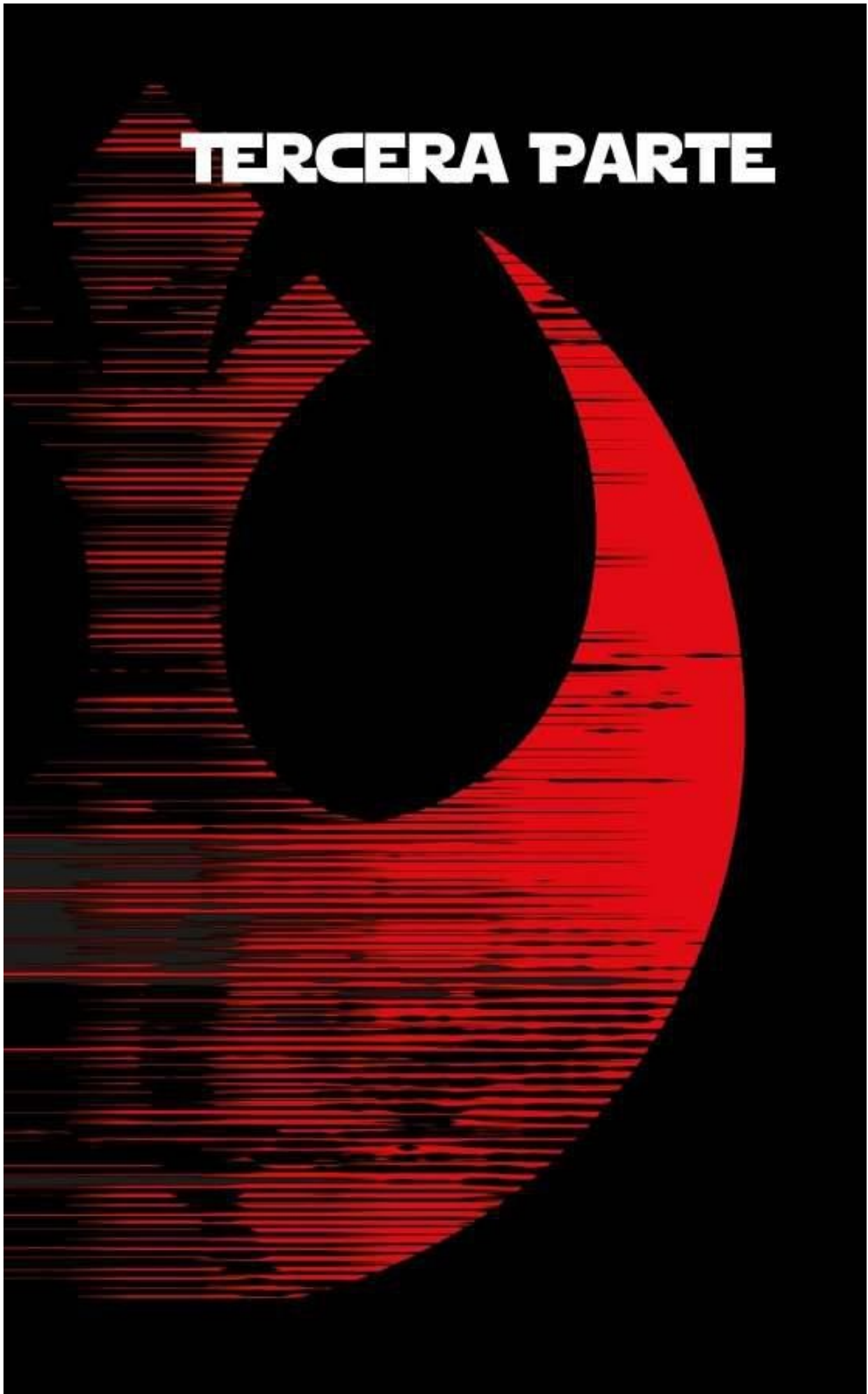
Leia calculó la distancia hacia la torre de comunicaciones y el tiempo que les llevaría instalar la señal.

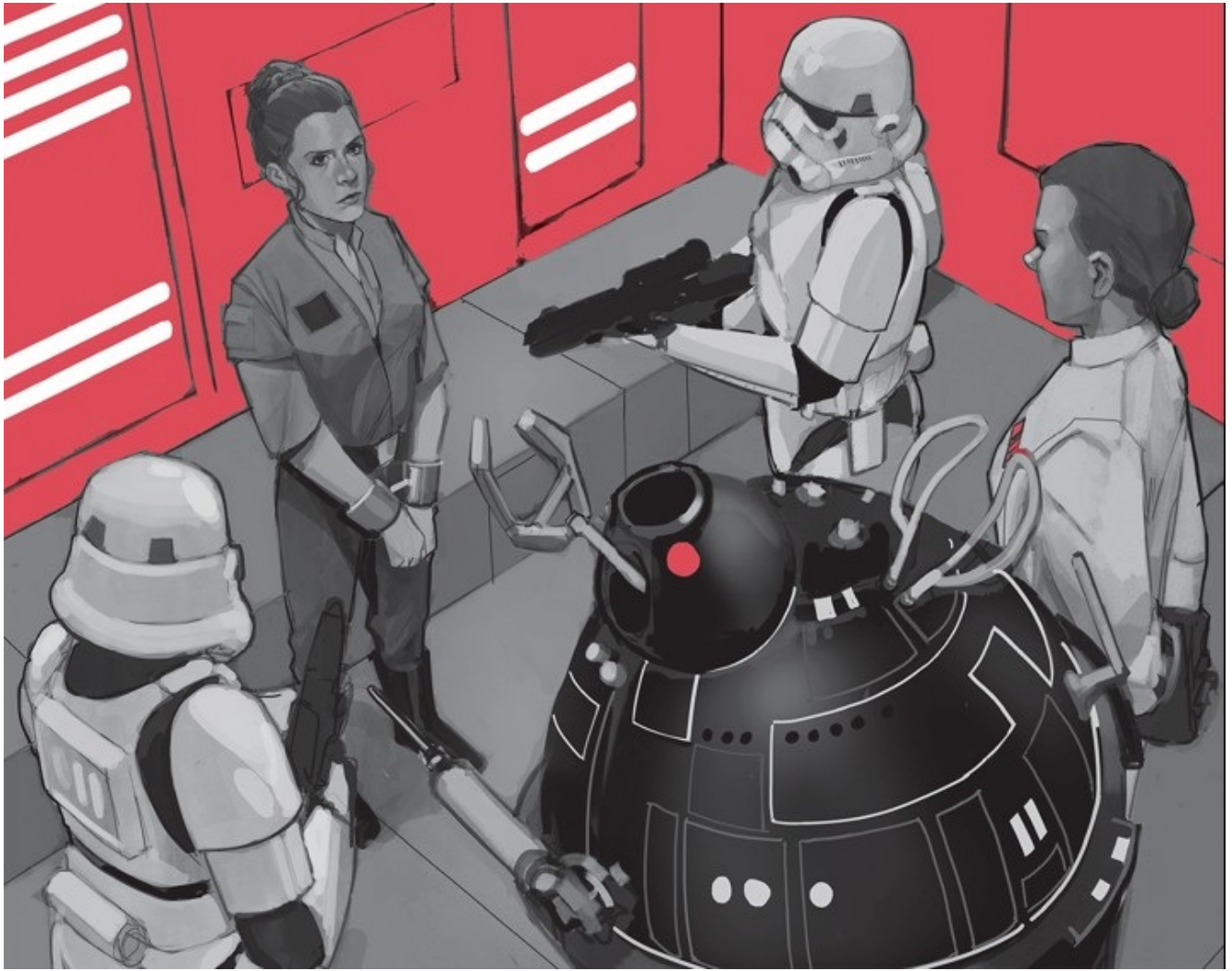
—Le aseguro que cuidaremos bien de los... mmm... urdas.



—No es por eso —señaló Nyessa—. Necesito que regresen porque esta noche tenemos una reunión con el representante del cuartel imperial. Y es nuestra obligación decirle que su Imperio ya no es bienvenido en Jareh.

# TERCERA PARTE





# CAPÍTULO 17

## UNA DECISIÓN DE LA REALEZA

Leia se quedó un buen rato mirando boquiabierta a Nyessa.

—Ustedes... ustedes no pueden hacer eso —tartamudeó—. Los arrestarán. O les harán algo peor.

—Pero ustedes nos han dado su palabra.

Leia la miró con impotencia.

—Sí —contestó renuientemente, odiando tener que mentir—. Lo hicimos. Pero no tenemos a las fuerzas militares para enfrentar de esa manera al Imperio aquí y ahora.

—Eso es decepcionante —dijo Nyessa—. Teníamos un pacto. Pero, bueno, ustedes vienen de muy lejos. No importa. Nuestra fe conlleva obligaciones. Como oponernos a la maldad.

—¡Pero morirán! —exclamó Kidi, horrorizada.

—Es nuestra obligación cumplir con esa misión. Las consecuencias no las determinamos nosotros. Pero ahora ustedes deben irse. Vengan al establo y escojan los urdas que montarán.

Los urdas resultaron ser cuadrúpedos de piernas largas con ásperas pezuñas con forma de garra y pelajes lanudos que despedían un sutil aroma dulzón. Después de que Kidi se cayó del suyo por tercera ocasión, Leia le dijo a Nyessa que solo se llevarían dos cabalgaduras. Montaron lado a lado, Antrot aferrado a Leia y Kidi detrás de Lokmarcha.

Los campos se extendían kilómetros más allá de Jowloon, antes de cederle el paso a un bosque bajo y cubierto de maleza, atravesado por un camino lleno de baches. Afortunadamente, los urdas no solo avanzaban con paso seguro, sino que eran inteligentes: evitaban hábilmente el terreno desnivelado y obedecían a la más ligera indicación hecha con un apretón de rodillas o un jalón de riendas. Leia quizás habría disfrutado del viaje, de no ser porque sabía que Nyessa y los demás aldeanos planeaban un acto suicida, y que su llegada los había llevado a tomar esa decisión.

Luego de ascender por unas colinas bajas y redondeadas, Leia alcanzó a ver la torre de comunicación. Se detuvieron debajo de la enorme estructura, un entramado de metal que se alzaba a cientos de metros, como una púa clavada en el cielo.

—Esta misión involucra demasiado alpinismo —dijo Antrot.

—Oh, vamos, Antrot —dijo Kidi, colocándose los auriculares sobre sus membranas timpánicas y ajustando un control en un escáner portátil—. Mira... solo tienes que subir unos diez metros y ahí hay una escalera. Es lo más fácil de la galaxia entera.

—La primera vez que escalé algo en esta misión, unas criaturas me mordieron —dijo el reparador abednedo—. La segunda vez, me arriesgué a ser incinerado en un volcán. Si subo hasta allá, probablemente me caerá un rayo o seré cazado por algún depredador aéreo.

—Eso no suena muy lógico que digamos —dijo Leia.

—También estoy cansado y muy adolorido.

El reparador le dio a Leia el bolso que contenía la señal y se alejó. Se dejó caer en la tierra, sacó un dispositivo de uno de sus bolsillo y se puso a examinarlo con ayuda de su monóculo.

—Pero, Antrot, te perderás de toda la diversión —señaló Kidi. Después, su rostro se volvió serio.

—¿Qué pasa? —preguntó Leia.

—Ahora que la veo, la torre es un conductor, no un transmisor —dijo Kidi—. Transporta todo el tráfico de comunicación de la red y lo dirige hacia el espacio desde una matriz al otro lado del planeta.

—Me pareció escucharte decir que este planeta era silencioso —agregó Lokmarcha.

—Comparado con cualquier otro lugar, lo es. Pero aún así, estamos hablando de todos los mensajes de un planeta. Nuestra señal se perderá. Necesitamos potenciarla, y eso puede ser complicado.

—Pero no para ti —señaló Lokmarcha, regalándole una sonrisa cariñosa—. Tú puedes hacer lo que sea.

Kidi también le sonrió al soldado, y después su rostro se iluminó.

—¡Conozco una manera! Un método para darle a nuestra señal un poco más de presencia. Sin embargo, me tomará un poco de tiempo.

Y, con eso, recogió el bolso que contenía la señal, enganchó una de sus largas piernas a la parte más baja del entramado de la torre y comenzó a escalar.

Leia observó cómo se alejaba, pero su mente estaba en otra parte. Ese extraño sentimiento que merodeaba en las profundidades de su mente regresó. Algo estaba a punto de suceder y ella tendría que desempeñar un papel fundamental.

Leia siguió la pista del progreso de Kidi, diciéndose que debía relajarse y confiar en sí misma. Y, de pronto, supo lo que debía hacer.



Desde la posición estratégica de Leia y Lokmarcha, Kidi era solo una pequeña silueta recortada contra el cielo y enmarcada por el entramado de la torre. Lokmarcha, con expresión preocupada y las manos en la cintura, miraba a la cereana.

—Kidi sabe lo que hace —dijo Leia—. Además, necesito hablar contigo.

Leia observó a Antrot, pero él estaba concentrado con lo que fuera que estuviera arreglando. No obstante, para evitar que el reparador los escuchara, llevó al soldado dresselliano a donde habían atado a los urdas.

—Sé lo que va a decir, princesa —dijo Lokmarcha—. Está preocupada por aquella anciana y su loco plan.

—Claro que sí, y tú también deberías estarlo.

—¿Qué podemos hacer? Usted la escuchó, está decidida. Además, la misión ha sido un éxito hasta el momento. Debería sentirse satisfecha.

—¿Satisfecha? —preguntó Leia—. Hay personas que han muerto en Basteel y Sesid solo porque estuvimos ahí. Y, en un par de horas, la gente de este planeta también morirá. Y todo por una distracción estratégica. No me uní a la Rebelión para eso... Y creo que tú tampoco.

—Me uní para vencer al Imperio. Bajo cualquier costo. Estamos en...

—No me digas que estamos en guerra, mayor, porque si escucho esa frase una vez más, voy a estrangularte.

Lokmarcha alzó las manos en son de paz. Leia se sintió furiosa por un minuto, mientras observaba a Kidi hacer su trabajo.

—¿En realidad debemos hacer esta transmisión final antes de la Luna Amarilla? —preguntó Leia—. Ya sabemos que tenemos la atención del Imperio; demasiada, diría yo. Podemos regresar y convencer a Nyessa de retirarse, y después decirles a las naves que respondan a nuestro llamado que hagan lo mismo.

Lokmarcha agitó la cabeza.

—Tenemos la atención del Imperio, princesa, pero necesitamos conservarla. Cada día que lo hagamos, será uno más que tenga la flota para reunirse. Y ambos sabemos que todo depende de eso.

Leia frunció el ceño, pero el soldado estaba en lo cierto. Ella esperó a que Kidi terminara su trabajo y probara la señal, intentando ocultar su impaciencia. La técnica cereana alzó los pulgares; después descendió. Cuando llegó a tierra, llevaba una sonrisa.

—Ya tenemos suficiente presencia —dijo—. Solo espero que alguien la escuche. Necesitamos a todos los aliados que podamos, ¿verdad?

Leia miró sus botas y después el rostro sonriente de la mujer cereana.

—¿Qué pasa, princesa? —preguntó Kidi—. ¿Hice algo mal?

—No —dijo Leia—. No has hecho nada malo.

—Princesa, no lo haga —interrumpió Lokmarcha.

—No, Lok, ya lo decidí. No puedo hacer esto ni un momento más. Kidi, Atrot, es momento de revelarles el verdadero propósito de nuestra misión.

Leia cruzó los brazos frente a su pecho.

—Lok ya lo sabía, él había sido informado antes de que se uniera a nuestro equipo —indicó Leia—. Así que ahora se los diré a ustedes dos, y a Nien cuando regresemos. Entonces, ustedes decidirán lo que quieran hacer.

—No entiendo —dijo Kidi.

—Lo harás —respondió Leia—. Estamos preparándonos para una gran batalla contra el Imperio, una que se llevará a cabo... al otro lado de la galaxia. No debo decir la razón de esa batalla, lo siento, realmente no puedo hacerlo. Pero hemos estado reuniendo a nuestras naves capitales en una flota a manera de preparación. El resultado de esa contienda bien podría decidir el de la guerra. Si perdemos, la Alianza morirá.

—¿Entonces también hemos estado reuniendo nuevos aliados aquí? —preguntó Kidi.

—No —contestó Leia—. Solo quiero que me escuchen. Somos señuelos. O, mejor dicho, yo lo soy... Un objetivo en movimiento para atraer la atención del Imperio, para reducir las probabilidades de que descubran la ubicación de nuestra flota y de esa manera evitar que nos ataquen antes de que estemos listos.

Antrot se encogió de hombros.

—El personal de inteligencia siempre miente —admitió, y regresó a trabajar con sus aparatos.

Pero el rostro de Kidi estaba pálido.

—Por eso me dieron códigos viejos —dijo—. El Imperio ya los tenía, ¿no es así? El objetivo era que nos rastrearán.

Leia asintió. La cereana se volvió mucho menos ingenua de un momento a otro, pensó tristemente.

—Lo que significa que usted sabía que la gente de Basteel podía morir —agregó Kidi.

—No —aseguró Leia—. Yo no sabía eso. Esperaba que nada de eso sucediera.

—Pero ocurrió, así que usted debió sospechar que eso volvería a pasar en Sesid.

—Sí —aceptó Leia, obligándose a mirar a los ojos a Kidi, sintiendo que era lo menos que podía hacer.

—¡Esa gente murió por nada! —exclamó Kidi.

—No es verdad —interrumpió Lokmarcha—. Murieron para que un plan más grande tuviera éxito.

—Eso es terrible —expresó Kidi.

—Ambos están en lo correcto —dijo Leia—. El plan más grande será exitoso si logramos restaurar la libertad en la galaxia. Pero es terrible y muy difícil aceptar ser parte de él.

—Bueno, pues yo no lo acepto —dijo Kidi—. Y ya no seré parte de él.

—Y te respeto por ello —agregó Leia—. Les dije la verdad porque yo tampoco voy a ser parte de él ni un momento más.

—¡Es demasiado tarde! ¿Qué podríamos hacer para reparar el daño que hemos hecho?

—No sé si eso sea posible —dijo Leia—. Pero quiero intentarlo. Para empezar, iremos a salvar a Nyessa y a los aldeanos de Jowloon. Vamos a luchar.

# CAPÍTULO 18

## GUERRA EN JARESH

Todos regresaron a Jowloon al final de la tarde y encontraron las calles extrañamente silenciosas. Por un momento, Leia no supo qué estaba pasando. Después se dio cuenta de que los campos y los pastizales no tenían animales, estaban vacíos. Los imperiales los habían llevado al corral.

Para el alivio de Leia, no tuvo que buscar a Nyessa, la anciana estaba lavando el redil vacío de sus bestias. Durante un rato, entretuvo sus manos en el costado peludo de los urdas, reconfortada por su presencia.

—Vamos a traer de regreso al resto de tus animales —prometió Leia—. Solo somos cuatro, pero cumpliremos nuestra promesa.

—No hay necesidad. Haremos nuestras declaraciones y dejaremos que el destino decida lo que venga.

—Yo creo que uno crea su propio destino —indicó Leia—. ¿Hay algún granero desde donde se pueda vigilar el corral?

—Sí, el del viejo Grimshaw.

—¿Y confías en él?

—Es mi primo —contestó Nyessa—. Pero sí, confío en él.

—Excelente —dijo Leia y le contó a Nyessa su plan.

—Sospecho que soy alérgico a esta vegetación —se quejó Antrot.

Leia no se encontraba precisamente cómoda; el heno que llenaba el granero del viejo Grimshaw estaba polvoriento y picaba, y ella temía que alguno estornudara y los delatara. Solo Lokmarcha parecía contento. Él había instalado su bláster en un tripié y esperaba pacientemente, observando ocasionalmente, a través de la mirilla, hacia la abarrotada plaza de abajo.

—¿Necesito repasar el plan una vez más? —preguntó Leia.

—No —dijo Lokmarcha—. A menos que quiera darme otra oportunidad de disuadirla.

—No lo haré. Antrot, ¿estás seguro de que la carga está instalada correctamente?

—Si tuviera alguna duda, estaría abajo resolviéndola.

—Muy bien. Entonces tendremos que ser pacientes.

Debajo de ellos, la multitud se reunía, esperando a que llegara el director del cuartel imperial. La gente había dejado espacio para los imperiales justo enfrente de las puertas del corral, el cual estaba lleno de animales casi a su máxima capacidad. Los warbu mugían, los nerfs y whellays balaban y los urdas relinchaban lastimeramente en el reducido espacio.



—Ya puedo ver a los imperiales —avisó Kidi—. Vienen en un transporte de tropas.

—¿Qué? Nyessa dijo que llegarían a pie.

—Bueno, pues se equivocó.

—Si estacionan esa cosa frente al corral, echarán por tierra nuestro plan —comentó Leia.

—Entonces no nos queda más que esperar que no lo hagan —agregó Lokmarcha.

El transporte se acercó a treinta metros del borde de la plaza. Después a veinte. Leia se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración. Diez. Después se detuvo. Muchos soldados de asalto salieron con los blásters desenfundados y observaron a los aldeanos desde el interior de esos cascos que parecían cráneos. Dos oficiales imperiales estaban con ellos, con las manos detrás de la espalda.

—Desearía que esa capitana imperial también estuviera aquí —le dijo Leia a Lokmarcha—. Es una locura, ¿no?

—Sí —contestó él—. Al menos ya perdió nuestra pista.

Los imperiales se detuvieron frente al portón del corral. Uno de ellos alzó un megáfono y les ordenó a todos que guardaran silencio.

Poco a poco, la multitud obedeció, hasta que los únicos sonidos fueron de los animales. Nyessa alzó la vista y logró hacer contacto visual con Leia. La anciana asintió.

—Gente de Jowloon —comenzó a decir el oficial imperial, con una voz estridente a través del megáfono.

—Ahora —ordenó Leia.

La carga que Antrot había instalado en el corral estalló, la luz de la explosión iluminó por un momento la plaza. Los animales se alejaron de esta, empujándose el uno al otro, con los ojos llenos de miedo. Nyessa comenzó a gritar y los aldeanos despejaron la plaza tan pronto como pudieron. Los oficiales miraron hacia el corral, desconcertados.

Lokmarcha disparó. El rayo de energía de su arma vaporizó el candado del corral. Los animales, asustados, cargaron contra el portón y salieron en tropel. Leia observó a los soldados de asalto y a sus oficiales frente al corral, intentando mantenerse de pie, en medio de la estampida. Al poco tiempo, cayeron debajo de la avalancha de patas y pezuñas.

Pero algunos imperiales esquivaron la estampida.

—Elimínalos, Lok —ordenó—. Voy a bajar.

El dresselliano miró por encima de su rifle, alarmado.

—¡Princesa, quédese donde la pueda proteger!

—Si alguien se me acerca, dispárale —exclamó Leia por encima del hombro, mientras bajaba apresuradamente por la escalera.

Ella salió del granero y se introdujo a la caótica escena: los animales corrían por todas partes con los ojos enloquecidos, y había ruidos de pezuñas por doquier.

Algunos aldeanos intentaron calmar a los animales, mientras que otros solo querían escapar de la pelea.

Un soldado de asalto se escabulló por uno de los costados del granero, haciendo ruido con su armadura. Leia desfundó su bláster y le disparó, logrando que se desplomara. También vio cómo otros cascos voltearon en su dirección: los soldados intentaban abrirse paso entre la multitud para alcanzar el transporte de tropas.

No podía dejar que llegaran hasta ahí.

Leia esquivó a un trío de nerfs asustados y se agachó para esquivar un disparo de bláster que le pasó por encima de la cabeza. Un warbu sacudió la cabeza, mugiendo furiosamente y mirando hacia un par de soldados de asalto que estaban frente a él. Leia le dio a la bestia un manotazo en los cuartos traseros, tan fuerte como pudo, y gritándole. La mano se le entumeció. La bestia arremetió contra los soldados y los aventó hacia un lado. Uno se puso de pie con dificultad y Leia le disparó. El otro chocó contra un grupo de aldeanos, cuyos puños se alzaron y cayeron sobre el hombre de la armadura.

Otros dos soldados de asalto estaban espalda contra espalda, disparándole a la multitud. Unos gritos estallaron alrededor de Leia. Ella alzó la vista buscando la mirada de Lokmarcha y vio una alta figura con cabeza cónica corriendo hacia ella con un bláster E-II entre las manos.

—¡Kidi! ¿Qué estás haciendo? —gritó Leia.

—Peleando —contestó la cereana.

Un rayo bláster pasó silbando en medio de las dos. Kidi apuntó con la pistola al soldado que disparó, pero nada sucedió. Ella miró el arma con preocupación.

—¡Seguridad! —gritó Leia. Un warbu arremetió contra el soldado, el cual salió volando hacia ella, arruinando los disparos de ambos. El soldado imperial forcejeó con Leia.

—¡Ya es muy tarde para pensar en «seguridad»! —le contestó Kidi a Leia—. ¡Tenemos que pelear!

—¡No, tu bláster tiene puesto el mecanismo de seguridad! —exclamó Leia, luchando con el soldado de asalto por el control de su bláster—. A la izquierda del gatillo.

Un aldeano canoso azotó con un rastrillo el casco del soldado de asalto y este se desplomó. El aldeano le sonrió a Leia y después salió corriendo hacia la refriega. Kidi buscaba a tientas algo en su pistola, y de pronto un rayo rojo de energía pasó rozando la cabeza de Leia y fue a dar contra uno de los costados del almacén.

—¡Ay! —exclamó Kidi—. ¡Lo siento!

—Solo mantente detrás de mí —ordenó Leia, gritándole a los aldeanos que se apartaran de su camino. Un rayo bláster proveniente del granero derribó a otro soldado. Lokmarcha volvió a disparar, obligando a los soldados a agacharse, quienes intentaban llegar a su transporte.

Leia observó a Nyessa en medio de la plaza, rodeada de granjeros musculosos.

Hizo contacto visual con la anciana y señaló de manera apremiante el transporte de tropas. Nyessa miró hacia esa dirección y asintió, después comenzó a gritar órdenes. Un grupo de aldeanos avanzó hacia las tropas sosteniendo en alto sus herramientas de la granja. Los soldados de asalto dispararon y dos de los lugareños cayeron, pero el resto logró someterlos sin problemas.

Todo había acabado.

La plaza rápidamente se vació de aquellos animales que salieron en busca de sus rediles y campos, lugares que consideraban su hogar. Kidi volteó al corral donde había comenzado la estampida, pero Leia la dirigió gentilmente hacia la otra dirección.

—No hay necesidad de que veas eso —indicó, llevando a la cereana hacia Nyessa.

—Se fueron —dijo la matriarca con satisfacción.

—Sí —respondió Leia—. Pero volverán y castigarán a toda la aldea.

—Quizá —aceptó Nyessa—. Pero muchas cosas pueden ocurrir antes de que tengan la oportunidad de volver. Las cosas cambian. ¿Y si morimos? Será defendiendo a quienes amamos y aquello que valoramos. Hay destinos peores que este.

Leia le sonrió.

—Definitivamente los hay.

# CAPÍTULO 19

## LA IRA DE SHIELDMAIDEN

Nien Nunb había estado ocupado. La bodega del *Mellcrawler* estaba llena de barriles de fertilizante concentrado de Jowloon, un cargamento que, según el sullustano, podía traerle una enorme ganancia en Sullust.

Leia esperaba que así fuera, porque podía olerlo desde el salón. Antrot se veía enfermo.

—No me digas que también le tienes fobia al fertilizante —comentó Kidi con una sonrisa.

—Yo la tendré cuando me baje de esta nave —refunfuñó Lokmarcha.

Antrot negó con la cabeza.

—No tengo una fobia, aunque el olor es desagradable. Lo que me preocupa es que ese cargamento puede explotar con facilidad.

El rostro de Nien se ensombreció, pero después se encogió de hombros.

—Intentaré no estrellarme contra nada. Ahora, si me disculpan. Creo que es momento de marcharnos de este planeta.

Leia se encontraba en el salón, considerando cuál sería el mejor momento para decirle al sullustano lo que ya les había dicho a los otros, cuando de pronto el *Mellcrawler* se inclinó hacia estribor. El monóculo de Antrot salió volando y Kidi se aferró a Lokmarcha, con los ojos muy abiertos.

Leia corrió hacia la cabina de mando, con los brazos extendidos para sujetarse, y encontró a Nien operando frenéticamente varios interruptores.

—¡Destructor Estelar! —gritó—. ¡Salió de la nada desde el lado oscuro del planeta!

—Es el *Shieldmaiden* —dijo Leia sombríamente.

—¡Agárrense! Solo me tomará uno o dos minutos calcular el salto al hiperespacio, necesito lograrlo antes de que nos inmovilicen con el rayo tractor.

Kidi y Lokmarcha se acercaron tambaleándose a la cabina de control. Kidi señaló una luz en la consola.

—Nos están llamando —comentó.

Nien golpeó un interruptor con el puño y de pronto se escuchó en la cabina la voz de una mujer, fría como el espacio.

—Este mensaje es para la princesa Leia Organa —dijo la capitana Khione—. Apague sus motores y prepárese para el abordaje; de lo contrario, los habitantes de Jareh pagarán las consecuencias de su traición.

—¡Ay, no! —gimió Kidi.

—Solo trata de intimidarnos —aseguró Lokmarcha—. No irán tras otro objetivo mientras estemos aquí.

Nien se ajustó el auricular ignorando a Kidi, quien le pedía a gritos que pilotara la nave con las dos manos.

—Hablar no cuesta nada, señorita —le dijo a Khione, batallando con los sonidos y ritmos poco familiares del galáctico básico—. ¿Nos quiere? ¡Venga por nosotros!

Las alarmas comenzaron a sonar y los disparos láser iluminaron el espacio frente a ellos.

—¿Cuánto tiempo te tomará dar el salto? —preguntó Leia.

—Necesito un minuto más —respondió Nien.

—¡No tenemos ni uno más! —gritó Kidi.

—¡Esperen! ¡Vean a través de las miras! ¡Es perfecto!

Una enorme nave estaba frente a ellos y, a juzgar por su perfil, era uno de los lentos y colosales vehículos comerciales que navegaban pausadamente entre sistemas estelares.

—¡Te estás acercando demasiado! —advirtió Lokmarcha.

—Esperemos que no —respondió Nien. Se dirigió directo hacia el *Shieldmaiden*, zigzagueando para evitar que el rayo tractor del carguero los acoplara. Las alarmas de proximidad sonaron en la cabina de mando mientras la proa del carguero llenaba el espacio delante de ellos.

Entonces Nien se lanzó en picada hacia la parte inferior de la enorme nave, enderezándose para cruzar por debajo de esta.

—¡Acóplense a eso! —gritó, triunfante; después pisó el acelerador. Un momento después, el *Mellcrawler* saltó al hiperespacio, y Nien lanzó los brazos al aire, celebrando.

—Estás loco —gritó Kidi con las manos aún cubriéndole los ojos.

—Conozco a cierto corelliano que se pondría celoso de esa maniobra —dijo Leia, inclinándose para darle un beso en la mejilla al sullustano.



—Entonces, ¿qué pasará ahora? —preguntó Kidi, una vez que Nien apareció en el salón para verificar que el *Mellcrawler* no se hubiera dañado y que estuviera en la ruta correcta.

—Iremos a la Luna Amarilla —dijo Leia—. Pero la misión será un poco diferente de como la planeamos originalmente. Las naves que respondan a nuestras señales estarán ahí en dos días, pero es posible que el Imperio las esté esperando. Así que tan pronto como lleguen, les diremos en qué consiste en realidad la misión y les advertiremos para que desalojen el área.

—Es muy riesgoso, princesa —indicó Lokmarcha—. Ya hemos escapado por un pelo muchas veces. Ya hicimos lo que vinimos a hacer en este sector, ahora debemos comenzar el trayecto hacia Sullust.

—Otros también están corriendo riesgos, Lok —intervino Leia—. Solo que no saben en lo que se están metiendo. Necesitamos ayudarlos.

—Mi misión es...

—Sé muy bien cuál es tu misión —dijo Leia—. Y agradezco tu dedicación. Si algunos de ustedes deciden no ir a la Luna Amarilla, se ha ganado el derecho de no hacerlo. Le pediré a Nien que busque un puerto seguro para ustedes.

—Yo iré adonde usted vaya —dijo Lokmarcha—. Lo sabe.

—Yo quiero ayudar —agregó Kidi—. Sin importar lo que eso cueste.

—Yo quiero saber si mis señales funcionaron —dijo Antrot.

Nien se rio.

—No entiendo qué podría ser gracioso en esta situación —dijo Kidi.

—Pues nada, que si yo digo que no, ustedes no tendrán nave.

—Eso es cierto —asintió Leia.

—No... —Nien sonrió ante la expresión horrorizada del rostro de Kidi—, habrá manera de que me pierda esto.

—Aún así hay un problema —dijo Lokmarcha.

—¿Solo uno? —preguntó Leia.

—El Imperio tiene los códigos que hemos estado usando —advirtió el soldado—. Si ustedes transmiten una explicación, también la estarán comunicando a cualquier nave imperial o droide espía que pueda estar escuchando, y eso puede alertar al Imperio acerca del plan real.

Leia miraba hacia la cubierta, frustrada.

—Y no podemos transmitir un código de seguridad solo a las naves con las que queremos hablar.

Lokmarcha negó con la cabeza, pero Kidi estaba sonriendo.

—Yo puedo hacerlo —dijo—. Enviaremos un nuevo código cifrado a través de un rayo hermético, de nave a nave, no será emitido en frecuencia abierta. Tendré que comprimir el código para que se transmita rápidamente, pero creo que tengo tiempo para hacerlo. Solo enviaremos el nuevo código a las naves que queramos que lo escuchen. Después lo usaremos para cifrar nuestras transmisiones y comunicarnos solo con nuestros amigos.

—¿Y si uno de ellos es un cazarrecompensas haciéndose pasar por un amigo? —preguntó Lokmarcha.

—Es un riesgo admisible —respondió Leia—. No les voy a decir todo, mayor... No estoy tan loca. Además, el Imperio no está en la posición de creer cuentos absurdos de cazarrecompensas. Para cuando decidan que no solo se trataba de otra falsa información, la flota ya estará reunida.

—¿Quieren un problema más apremiante? —cuestionó Nien—. No sabemos

cuántas naves nos estarán esperando. Quizá no tengan el tiempo de contactarlos uno por uno.

Kidi sonrió.

—Esa es la ventaja de tener amigos —dijo—. Le diremos a los capitanes que le envíen mi código a todos los que viajaron con ellos. De esa manera, solo tendremos que transmitirla un par de veces para correr la voz entre todos.



Antrot miró confundido a Leia cuando esta le pidió que fuera a su cabina un minuto. Después el abednedo comenzó a guardar sus innumerables herramientas, una por una.

—No necesitas nada de eso —dijo Leia—. Solo quiero que vengas.

El reparador abednedo se levantó obedientemente y la siguió.

—¿Qué puedo hacer por usted, princesa? —preguntó.

—Algo secreto —confesó Leia.

—Creo que ya han habido suficientes secretos en esta misión.

—Tienes razón —contestó Leia—. Te diré algo: dependerá de ti si quieres guardarlo o no. ¿De acuerdo?

—Supongo.

—Quiero que le hagas un arreglo a esta nave —pidió Leia.

Antrot parpadeó.

—¿Un arreglo para qué?

—Para hacerla explotar.

—Nuestra misión ha tenido dificultades, pero el suicidio me parece una reacción exagerada.

Leia suspiró.

—Estoy arriesgando nuestras vidas al contactar a las naves que respondan al llamado Luna Amarilla, pero también estoy arriesgando el futuro de la Alianza. Si las cosas salen mal, necesito medidas de contingencia, un plan B.

—Oh.

—¿Qué dices?

—¿Qué tan grande necesita que sea la explosión?

—Lo más que puedas.

—Eso no será un problema —señaló el reparador—. Nien tiene la bodega tan llena de fertilizante que ya existían las probabilidades de que la nave explotara durante nuestras maniobras sobre Jareh.

—Hubiera preferido no saber eso, Antrot.

—Discúlpeme —dijo el reparador—. La gente siempre me dice que digo demasiado o muy poco. Es confuso.

—Creo que lo has hecho muy bien, Antrot —dijo Leia—. Y estoy agradecida contigo. Entonces, ¿le dirás a los demás? De verdad, depende de ti.

Antrot lo pensó por un momento.

—No —dijo—. No sé lo que el Mayor Lokmarcha podría decir, pero sí pondría a Kidi nerviosa. Y Nien se enojaría. Me parece que lo mejor será que solo usted y yo lo sepamos.

—Muy bien. Gracias, Antrot.

Ella abrió la puerta de la cabina. Lokmarcha y Kidi estaban abrazándose en el mueble de aceleración. Leia se llevó un dedo a los labios y le hizo una seña a Antrot para que la siguiera hacia el pasillo de la bodega.

—Démosles un poco de privacidad —agregó, arrugando la nariz debido al olor que desprendían los barriles de fertilizante que los rodeaban.

—¿Por qué están haciendo eso? —preguntó Antrot, observando hacia el final del corredor.

—Mmm... —comenzó a decir Leia, pero después se dio cuenta de que no tenía idea de cómo responder.

—Me refiero a que se pasaron buena parte del viaje discutiendo —señaló el reparador.

Leia sonrió al recordar aquel lejano cinturón de asteroides. Por un momento creyó ver los ojos y la sonrisa de Han, que en un inicio encontró irritante y después irresistible. ¿Acaso escapar de Hoth con un hiperpropulsor averiado no había sido también una misión imposible?

«Si logro salir de aquí, Han, me embarcaré en otra misión imposible. No por la Alianza, sin importar cuál sea mi misión, sino por ti».

—¿Princesa? —preguntó Antrot—. ¿Dijo algo?

—Oh, solo recordaba algo gracioso. En ocasiones, las discusiones son una manera de ocultar tus verdaderos sentimientos, Antrot.

Él negó con la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tienes razón, no lo tiene. Pero el amor casi nunca tiene sentido.



# CAPÍTULO 20

## ENCUENTRO EN LUNA AMARILLA

Galaan tenía una extraña belleza. Eso pensó Leia al sentarse en la cabina de mando del *Mellcrawler*. Era un gigante gaseoso cuyo anhelo de convertirse en estrella falló por poco, dejando un globo resplandeciente rodeado por una nube de lunas de todos los tamaños y formas. La más grande era una páramo arenoso que reflejaba, como un espejo, el fulgor amarillo del sol del sistema.

—Luna Amarilla —dijo Kidi desde el asiento, detrás de Nien—. Es difícil creer que por fin estamos aquí.

—Lo es —confirmó Leia—. ¿Cuánto tiempo falta para el encuentro?

—Menos de una hora —respondió Nien—. Y antes de que lo pregunten otra vez, no hay una sola irregularidad en las miras. Y no hay tráfico inusual de comunicaciones.

Kidi se cubrió la boca, parecía avergonzada.

—¿Qué pasa? —preguntó Lokmarcha.

—Pienso que realmente me gustaría ver llegar algunas naves —dijo Kidi—. Porque eso comprobará que nuestra misión fue exitosa. Bueno, nuestra misión original, pero eso es una locura, porque sería mucho mejor si nadie lo hiciera.

Todos esperaron en silencio. El momento indicado para el encuentro llegó, pero no apareció ninguna nave. Pasó un minuto. Después otro.

—Tal vez nadie venga —sugirió Leia esperanzada.

Una alerta sonó en la consola de Nien.

—¡Nave a la vista! —dijo el sullustano—. Parece ser un carguero pequeño, pero acelera como una nave de ataque.

—¿Lista con el nuevo código? —Leia le preguntó a Kidi.

Kidi asintió, hablando con apremio a través de su auricular.

—Dicen que son el *Sapphire Rogue*, y que recibieron nuestro mensaje en Sesid —repitió—. Enviando el código ahora.

Después, otra nave surgió del hiperespacio, seguida de una más, y muy pronto había alrededor de veinte, desde embarcaciones, cuyo origen se remontaba a la era de las Guerras Clones, hasta yates espaciales similares al *Mellcrawler*. Nien trazaba arcos de amplitud para asegurarse de que Kidi pudiera contactar a la mayoría de las naves que estaban llegando, para sembrar el código que Leia necesitaría. Los largos dedos de Kidi volaban por encima de las teclas de su datapad y, finalmente, alzó la mirada y sonrió, alzando los pulgares.

—Comunícame ahora —dijo Leia, pero después dudó. Había ensayado al menos

seis veces lo que iba a decir, pero aún no se sentía satisfecha con el mensaje.

—Atención a todas las naves, habla la princesa Leia Organa —dijo—. Represento a la Casa Real de Alderaan y a la Alianza para Restaurar a la República. En nombre de la Alianza, nos sentimos honrados de que hayan respondido a nuestro llamado.

—Lo están recibiendo —aseguró Kidi.

Leia asintió.

—Pero, por favor, escuchen lo que les diré a continuación —dijo Leia—. Ustedes están aquí como parte de un plan más grande... Y lamento decirles que esto los ha puesto en grave peligro.

»En este preciso instante, la flota rebelde se está reuniendo para luchar contra el Imperio. Lo que pase en el campo de batalla determinará el destino de la Alianza y, por ende, si nuestra galaxia volverá a ser libre. Pero nosotros no somos esa flota, y este no es el campo de batalla.

»Los traje hasta aquí para ganar tiempo para aquella misión. Los traje aquí bajo falsos pretextos. Y por lo mismo estoy profundamente apenada, y juro haberlo hecho solo porque la Alianza corre un grave peligro. El llamado al cual ustedes respondieron fue una estratagema, pero mi gratitud es auténtica. Y también lo es la de todos en la Alianza.

Leia tragó saliva.

—Y ahora que conocen la verdad, les ruego que huyan de este sistema, pues mi nave está siendo perseguida. Asistimos a este encuentro para advertirlos, en caso de que nuestros perseguidores nos siguieran hasta aquí.

—Otra nave se está acercando —dijo Nien.

—¿De qué tipo? —preguntó Kidi—. Nien, ¿qué sucede?

—Es un Destructor Estelar imperial.

# CAPÍTULO 21

## EN LAS ENTRAÑAS DE LA BESTIA

Nien pisó con fuerza el acelerador y el *Mellcrawler* salió disparado hacia delante, trazando un arco a través del espacio, lejos de las naves que habían respondido al llamado de la señal.

—Ya me escapé de ella en otra ocasión... puedo hacerlo una vez más —dijo.

Pero ahora no tenía ventaja alguna, y ahí no había ningún carguero que pudiera interponerse entre los rayos tractores del *Shieldmaiden* y el *Mellcrawler*. Leia sabía que no lo lograrían, incluso antes de que el *Mellcrawler* se sacudiera y perdiera velocidad.

—Si no lo apago nos convertirán en chatarra pura —dijo Nien como disculpándose.

—¿Qué pasará con las otras naves? —preguntó Leia—. ¿Están a salvo?

—Están fuera del alcance del rayo tractor —señaló Nien—. Y ya han comenzado a dar el salto al hiperespacio.

Leia miró hacia atrás y vio que Antrot tenía algo en la mano, un pequeño dispositivo compacto con dos botones de color rojo brillante arriba.

—No hasta que estemos en el interior del *Shieldmaiden* —dijo Leia.

El reparador asintió.

—¿En el interior? —preguntó Kidi.

Lokmarcha se levantó y puso la mano sobre el brazo de Antrot.

—No hagas explotar esta nave —dijo—. Aún podemos tener una oportunidad, princesa. Tengo mi propio plan B, ¿lo recuerda?

Nien volteó, sus orejas temblaban.

—Esperen... ¿Van a hacer explotar mi nave?

—Desarma ese detonador —le ordenó Lokmarcha a Antrot—. Esconde las piezas en tus bolsillos. Tú puedes ser el plan C.

Leia le dijo que sí a Antrot con la cabeza.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó a Lokmarcha.

—El reparador y yo compartimos cabina, ¿recuerda? Antrot habla entre sueños.

Antrot parecía avergonzado.

—No sabía que hacía eso.

—Además, es algo que yo hubiera hecho —dijo Lokmarcha.

La sombra del *Shieldmaiden* cayó sobre el *Mellcrawler*, sumergiéndolo en la oscuridad.

—Creo que es momento de que me cuentes tu plan B, Lok —dijo Leia.

El soldado negó con la cabeza.

—Estaré con usted. Lo sabrá en su momento. Y si algo he aprendido de usted es que siempre se las ingeniará.

—Si no van a hacer explotar mi nave, borraré las bitácoras —indicó Nien.

—Muy bien —dijo Leia—. Todos ustedes hagan lo mismo con sus datapads. No dejen que los imperiales encuentren ningún tipo de información excepto la que tenemos en nuestras cabezas. Y aférrense a esa tanto como puedan.

Antrot abandonó de inmediato la cabina de mando. Cuando Kidi se puso de pie, sus manos temblaban.

—Nos van a interrogar, ¿cierto? —preguntó con una débil voz.

—Sí —dijo Leia, e intentó alejar de su mente los recuerdos del tormento que sufrió a manos de Darth Vader a bordo de la Estrella de la Muerte.

—¿Dolerá?

Esa pregunta hizo que Leia quisiera salir corriendo, encontrar a Antrot y decirle que había cambiado de opinión y que hiciera explotar la nave. Pero se armó de valor para quedarse en su asiento.

—Sí, Kidi —aceptó—; temo que sí.



Los soldados de asalto los bajaron por la rampa hasta la bahía de aterrizaje del *Shieldmaiden*. Leia creyó que la capitana Khione los estaría esperando, pero el oficial al pie de la rampa era un joven teniente, que simplemente verificó que estuvieran desarmados y los hizo ir a un pabellón de detención.

—No hemos dado el salto al hiperespacio —le susurró Nien a Leia—. Lo habría sentido.

—Deben tener la esperanza de atrapar más naves —contestó Leia sombríamente.

—¡Sin hablar! —ordenó un soldado de asalto, dándole un golpe a Leia en la espalda baja con su rifle.

Los soldados aventaron a Leia a una celda de detención y cerraron la puerta. Ella la revisó desconsolada. Era el modelo estándar imperial: una litera de losa dura y un pequeño lavabo salido. Su celda a bordo de la Estrella de la Muerte había sido idéntica, y llegó a conocer cada centímetro de aquella.

«Debí haber dejado que Antrot hiciera explotar la nave», pensó al imaginar a Kidi rogándole a sus captores, y a Antrot intentando razonar con unos torturadores que nunca lo escucharían. Leia deseó no tener que escuchar aquellos interrogatorios cuando llegaran a las peores partes, aquellas que Leia solo recordaba en sus pesadillas.

La luz de las celdas de detención nunca cambiaba, así que era fácil perder la

noción del tiempo, una táctica que el Imperio utilizaba para desorientar a sus prisioneros. Pero, finalmente, la puerta de la celda se deslizó hacia el interior de la pared. Una oficial entró y dos soldados de asalto tomaron sus posiciones en el pasillo, detrás de ella.

—Princesa Leia Organa —dijo la capitana Khione—, tenemos mucho de qué hablar.

La oficial presionó un botón de una unidad de control que llevaba en el cinturón. Leia escuchó un terrible sonidito fuera, y después un droide esférico de interrogación entró flotando al interior de la celda, moviéndose con una lentitud que ella recordaba lo suficiente. Los ojos de Leia inventariaron los nefastos instrumentos: tenazas, picanas y agujas. Los conocía muy bien, y sabía cómo eran utilizados.

—Me sorprende que tú hagas el trabajo sucio, Khione —dijo Leia—. La mayoría de los capitanes se lo dejarían al Buró de Seguridad Imperial.

—Yo represento la voluntad del Emperador en este sector —dijo Khione—. Cuando las cosas se salen del camino, yo las regreso personalmente. Cualquiera que conozca mi nombre también debe saberlo.

—Siento decepcionarte, pero, hasta hace unos cuantos días, nunca había escuchado tu nombre —dijo Leia—. Y solo un par de veces el de tu sector.

Khione sonrió.

—En unos cuantos días todos en el Imperio conocerán mi nombre —respondió—. Pero, por ahora, es el tuyo el que importa. Y los de Kidi, Nien, Antrot y Lokmarcha. Esos son los que discutiremos primero, después hablaremos de los otros nombres, de almirantes, naves estelares y planetas.

—No voy a decirte nada —dijo Leia—. Sin importar lo que me vayas a hacer.

—Hablando de nombres, hay algo que siempre me ha parecido interesante con respecto a este modelo de droide interrogatorio —señaló Khione—. Por lo general no se le programa con la información del prisionero. Lo único que sabe es que hay una persona en la celda, y por lo tanto ese debe ser el sujeto a interrogar. He tenido a prisioneros que confiesan cuando no hay nadie que los escuche. Ellos creen que están hablando con el droide, pero este no escucha. Le puedes decir lo que sea y nada importará. Seguirá trabajando hasta que alguien le ordene que se detenga.

Y, entonces, para sorpresa de Leia, Khione se fue y la puerta se cerró tras ella. El droide interrogatorio flotó hasta el centro de la celda, inundando el espacio cerrado con el horroroso sonidito cíclico de sus propulsores.

Leia dio un salto la primera vez que el droide se movió, pensando que la atacaría con alguno de sus instrumentos. Pero aquel solo se hizo a un lado y siguió flotando como antes. Ella pensó en atacarlo, pero sabía que eso no traería nada bueno. El droide la electrocutaría o se replegaría contra el techo, y llamaría a los soldados de asalto.

Leia se sentó en la dura litera, observando al droide. Se dio cuenta de que sus manos habían comenzado a temblar, así que las metió bajo sus piernas, enojada por

su pérdida de control. El droide extendió una de sus sondas, y ella instintivamente se replegó en una esquina de la celda. Después, la sonda se retrajo y el droide quedó quieto de nuevo. Callado e inmóvil, salvo por el sonido que perforaba poco a poco su cráneo.

Ella se preguntó si Khione estaba observándola. Mirando y esperando a que confesara.

Cuando la puerta se abrió Leia no supo cuánto tiempo había pasado. Dos soldados de asalto entraron, arrastrando a Lokmarcha con ellos. Tenía las manos esposadas. Sus ojos amarillos se dirigieron hacia el droide esférico y negro, y sus manos comenzaron a temblar.

Khione caminó al interior de la celda con paso relajado. Leia hizo hasta lo imposible por no saltar encima de ella. Tras una palabra de Khione, los soldados de asalto salieron de la celda, dejando la puerta abierta tras ellos.

Leia se dio cuenta de que la capitana imperial quería que Kidi, Nien y Antrot escucharan lo que estaba a punto de suceder.

—Este es admirablemente leal —aseguró Khione—. Me prometió decir absolutamente todo si lo dejaba volver a ver a su princesa, pero no creo que tenga algo importante que decir. Así que haremos algo más. —Ella sonrió—. El droide va a trabajar en él y tú vas a mirar. Y después repetiremos el procedimiento con el resto de tus amigos.

Khione tocó la unidad de control de su cinturón, y el droide de interrogación se alejó de Leia girando. Flotó de lado a lado, revisando el cuarto y después se acercó a Lokmarcha.

Este miró a Leia con sus ojos amarillos y asintió.

El pecho de Lokmarcha se contrajo tan rápido que Leia pudo escuchar cómo sus costillas se quebraban. Después su pecho se expandió drásticamente, como si hubiera dado un respiro increíblemente largo. Los vellos del brazo de Leia se erizaron, mientras Lokmarcha caía repentinamente sobre la cubierta, muerto. El droide de interrogación se movió súbitamente hacia un lado, perdió altura y después intentó elevarse. Afuera, en el pasillo, los soldados de asalto agarraban con fuerza sus cascos, las rodillas se les doblaban.

«Pulso electromagnético», se dio cuenta Leia. Lokmarcha había cargado todo ese tiempo algún tipo de bomba de pulso en su pecho, una suficientemente poderosa como para inhabilitar una buena parte de un Destructor Estelar. Ese había sido su plan B.

Khione miró impactada cómo Leia se le echaba encima. La capitana alzó los brazos, pero ya era demasiado tarde... Leia agarró al droide de interrogación y se esforzó para no soltar a la resbaladiza máquina, que azotó contra la cabeza de Khione. La capitana cayó sobre la cubierta, inconsciente, y el droide quedó inmóvil entre ella y el cadáver de Lokmarcha.

Leia miró con tristeza al dresselliano. No quiso pensar en lo que él debió soportar

para conseguir que Khione lo pusiera en la única situación que le brindaría a ella una oportunidad.

«Ahora tengo una oportunidad... Gracias a ti, Lok. Y no voy a desperdiciarla».

Leia salió rápidamente de la celda y tomó el bláster de uno de los soldados de asalto caídos. A sus espaldas, las luces de la celda parpadearon y se apagaron. Escuchó sonidos de disparos de blásters y corrió por el pasillo, sosteniendo en alto el arma.

Una figura apareció en la oscuridad frente a ella y estuvo a punto de disparar, pero se alegró de no hacerlo. Era Nien, quien llevaba el bláster de un soldado de asalto, seguido de Antrot y Kidi.

—¿Y los guardias? —preguntó Leia.

—Ya no son un problema —dijo Nien, sonriendo.

—¿En dónde está Lok? —preguntó Kidi desesperadamente.

Leia movió la cabeza con tristeza. Kidi observó el piso y comenzó a mecerse hacia atrás y hacia delante.

—Se sacrificó por nosotros —explicó Leia—. Y si en este momento nos dejamos llevar por la pena, él habrá hecho todo esto para nada. Antrot, ¿aún tienes tu detonador?

—Lo armé de nuevo —contestó el reparador abednedo—. Pero no está funcionando a causa del pulso electromagnético.

—Pero muy pronto lo hará —señaló Nien.

—Al igual que todo lo demás —indicó Leia—. No tenemos mucho tiempo.

El *Shieldmaiden* se sacudió a su alrededor.

—¿Qué fue eso? —preguntó Kidi.

Leia miró a Nien y se dio cuenta de que también estaba confundido. La nave de guerra imperial volvió a estremecerse y las sirenas comenzaron a sonar.

—¡Los están atacando! —exclamó Nien—. Si pudiéramos llegar a la bahía de acoplamiento...

—Podemos y lo haremos —dijo Leia—. Tengo un plan. Nien, tú y Kidi consigan tres pares de esposas en la estación de guardias. Antrot, necesito que te las ingenies para cerrar la puerta de una celda. Pero espera aquí un minuto, necesito cambiarme de ropa.

Leia regresó corriendo a su celda, pasando por encima de los dos soldados de asalto. Llevaba el bláster levantado en caso de que el droide o Khione mostraran movimiento alguno. Pero ambos seguían tirados en la cubierta. Cuando uno de los soldados de asalto se quejó, Leia le disparó un rayo aturridor a ambos, y después hizo lo mismo con la capitana caída, por si acaso. Moviéndose rápidamente, entró a la celda, puso a un lado el bláster, se quitó la túnica y los pantalones, y le quitó a Khione el uniforme. A Leia le quedaba demasiado grande, por lo que intentó meter la tela sobrante de los pantalones en el interior de las botas.

El Destructor Estelar volvió a tambalearse. Leia se preguntó quién estaría

atacando a los imperiales. ¿Acaso Mothma o Ackbar habían enviado una fuerza especial a buscarla?

Leia se dio la vuelta, ajustándose la gorra de Khione, y vio a Antrot parado en la entrada. Parecía incómodo.

—¿Cuánto tiempo has estado...? ¡Ay, olvídale! —exclamó Leia—. Mete a los soldados aquí y cierra la puerta con seguro. ¡Rápido!

—¿Un minuto le parece rápido? —preguntó el reparador.

Ni siquiera le tomó la mitad de ese tiempo. La puerta se cerró con un crujido y un destello de cables chispeantes. Antrot alzó los pulgares.

Nien y Kidi regresaron con los objetos que Leia les había pedido. Ella colocó las esposas holgadamente alrededor de las muñecas de sus amigos, asegurándose que parecieran cerradas desde la distancia.

El *Shieldmaiden* volvió a estremecerse, y las luces comenzaron a parpadear en el pabellón de detención.

Mientras salían del nivel de detención, Leia se preguntó si había escuchado un leve sonidito. O tal vez solo había sido su imaginación, una ilusión conjurada por un recuerdo desagradable y efímero.

—Seguiré trabajando hasta que alguien le ordene que se detenga —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Nien.

—Nada. Vamos.



# CAPÍTULO 22

## HÉROES DE LA REBELIÓN

Leia salió a zancadas del pabellón de detención con tres prisioneros esposados a su lado y su rifle bláster a la altura de la cintura. Oficiales imperiales y droides avanzaban apresuradamente por los pasillos. Miraron el uniforme imperial de color gris y su insignia de rango, pero ninguno de ellos se detuvo.

—Nien —susurró Leia—, no recuerdo la distribución de un Destructor Estelar.

—Debes seguir derecho cien metros o más, después tomas el elevador cinco niveles hacia abajo.

—¿Estás seguro?

—Más o menos.

—Genial —dijo Leia y después les gritó para que se apresuraran.

Llegaron al elevador y encontraron que estaba custodiado por dos soldados de asalto. Los técnicos corrían desesperadamente en todas direcciones, levantando la mirada cada vez que el Destructor Estelar se sacudía.

Los soldados de asalto miraron inquisitivamente a Leia y a sus prisioneros.

—Nos quedamos sin energía en el pabellón de detención —dijo, intentando imprimirle un tono gélido a su voz—. Estos tres están siendo reubicados para que su interrogatorio pueda continuar.

Los soldados de asalto asintieron. Uno de ellos incluso pidió el elevador para ella. Leia detuvo con un gesto de la mano a un teniente que intentó subir con ellos, y suspiró aliviada cuando las puertas se cerraron.

—Antrot, ¿cómo va el detonador?

—Sería más fácil sin estas esposas —se quejó el reparador.

—¿Qué? —Leia observó, para su horror, que las esposas de Antrot estaban cerradas.

—¿Pasa algo malo? —preguntó el reparador, quien parecía confundido—. Olvidaste por completo cerrar las mías, así que yo lo hice. No quería que descubrieran nuestra treta.

—Adorada madre de ojos negros de Sullust —murmuró Nien.

—¿Y cómo vamos a quitártelas? —preguntó Leia y después movió la cabeza en señal de negación—. Da igual. Solo haz que ese detonador funcione.

Las puertas del elevador se abrieron, y Leia dijo en silencio una oración de agradecimiento, por el hecho de que Nien hubiera recordado los esquemas imperiales con exactitud. Se encontraban en un amplio pasillo que colindaba con la bahía de acoplamiento del *Shieldmaiden*, y ella pudo ver al *Mellcrawler* estacionado en su

plataforma de aterrizaje, a cincuenta metros de distancia. No muy lejos del yate se encontraba un transbordador imperial de alas de murciélago con la rampa abajo.

—Vayamos por el transbordador —dijo Leia—. Recuerden: pertenecemos a este lugar, pero ustedes son prisioneros, así que no vayan tan rápido. ¿Listos?

—Vamos, andando —indicó Nien.

—Estoy lista —aseguró Kidi.

—Me parece que el detonador está funcionando —dijo Antrot—. Pero no estaré tan seguro hasta que presione el botón.

—Esperemos lo mejor —señaló Leia—. Vamos.

Todos caminaron hacia la bahía de acoplamiento.

—El escudo magnético está activado —dijo Nien—. No podremos escapar de aquí a menos que lo desactiven.

—Una cosa a la vez —indicó Leia, dándole un empujón a Nien con el bláster.

—Auch —se quejó el sullustano—. Primero intenta hacer explotar mi nave y después me agrade.

—Sigue hablando y de verdad te agrediré —murmuró Leia.

—¿Princesa Leia? —dijo Antrot con una voz demasiado alta. Kidi y Nien lo miraron horrorizados.

—¿Qué pasa, prisionero? —dijo fríamente Leia, esperando así recordarle al reparador el papel que debían interpretar.

—Arreglé el *Mellcrawler* para que la explosión golpee el reactor y se dirija al exterior, a través de los motores. Si lo hago estallar en la posición en la que está ahora, la explosión llenará la bahía de acoplamiento. No provocará daño alguno al casco del Destructor Estelar, pero sí uno muy grande a todo aquello que esté en el interior de esta bahía.

—Genial —dijo Leia—. Entonces, vamos con el plan D. O quizá, en este momento, es el plan E. Súbanse al transbordador, y ya veré si puedo obligar a alguien a desactivar el campo magnético.

—Eso no va a funcionar —murmuró Antrot, quien parecía consternado.

—Claro que funcionará —dijo Nien—. O al menos... es posible que salga bien.

Ya estaban a diez metros de la nave, cuando una tropa de soldados de asalto los vio.

—Señora, estamos siendo atacados por una nave rebelde —comenzó a decir el comandante de la tropa, quien de inmediato se detuvo—. Espere. Usted no es...

Leia le disparó.

—¡Suban al transbordador! —les gritó mientras los rayos bláster comenzaron a volar por todas partes.

Nien arrojó sus esposas al rostro de un soldado de asalto y subió a toda velocidad por la rampa. Kidi lo siguió, golpeándose fuertemente la cabeza contra el chasis de la nave antes de encontrar el camino correcto. Leia le disparó a un soldado de asalto antes de que él pudiera hacerlo, después buscó a Antrot y se dio cuenta de que el

abednedo corría hacia el lado equivocado, con las muñecas esposadas frente a él.

—¡Antrot! —exclamó—. ¡Por aquí!

—¡Suba al transbordador! —le contestó con un grito el reparador.

Leia se dio cuenta de que Antrot no había cometido un error, él sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Habían ideado un plan y ahora iba a completarlo. Ahora él era el objetivo en movimiento.

—¡Antrot, no! —gritó Leia, intentando pensar qué podía decir que lo hiciera darse la vuelta.

Un rayo bláster le dio al reparador en el brazo. Él se tambaleó y apretó los dientes, pero luego se agachó y se apresuró a subir la rampa del *Mellcrawler*, la cual se cerró detrás de él.

—¡Leia! —exclamó Nien desde el transbordador—. ¡Debemos irnos!

Un rayo bláster cayó cerca de sus pies y pudo oler el ozono. Se apresuró a abordar el transbordador, y la rampa comenzó a elevarse bajo de sus pies. Nien se encontraba en el asiento del piloto, oprimiendo los controles. Kidi se sentó detrás de él, jugueteando con su auricular. Después se llevó una mano a la boca.

—¡Hay otro Destructor Estelar saliendo del hiperespacio! —dijo.

—Una cosa a la vez, ¿verdad? —preguntó Nien.

—Correcto —dijo Leia—. ¿Puedes pilotar esta cosa?

—Puedo pilotar lo que sea. Pero no servirá de nada si el plan de Antrot no funciona.

Algunos soldados les disparaban desde el suelo de la bahía de acoplamiento. Sus disparos rebotaban inofensivamente en las ventanas del transbordador. Nien activó los propulsores y la nave se elevó en el aire con un crujido.

—Pobre Antrot —señaló Kidi, y Leia puso una mano sobre el hombro de la técnica cereana.

—Te necesito en las comunicaciones, Kidi —le dijo Leia—. Contacta a las frecuencias rebeldes; hagámosle saber a quien sea que esté atacando esta nave que somos de su bando.

—Menos mal que memoricé esas frecuencias —dijo Kidi.

El *Mellcrawler* se levantó de la plataforma, moviéndose perezosamente, después dio un giro torpe y se ladeó hacia abajo. Su tren de aterrizaje raspó la plataforma.

—Ese lunático va a hacerle daño a mi nave —dijo Nien, mientras veía cómo el yate comenzaba a rotar torpemente.

Leia solo veía al *Mellcrawler* con preocupación y se imaginó a Antrot intentando guiar la nave con un brazo herido y las manos esposadas. El reparador era obstinado y raro, pero también era increíblemente valiente.

—Pónganse el cinturón —dijo Nien—. Esto está a punto de moverse mucho.

El yate siguió rotando hasta que sus motores quedaron apuntando hacia la pared de la bahía de acoplamiento, con la proa de frente al transbordador. Leia creyó ver la delgada figura de Antrot en la cabina de mando una fracción de segundo antes de que

un destello polarizara la ventana y la bahía se llenara de fuego y ruido.

Leia abrió los ojos. Unos puntos brillantes le nublaron la mirada. No podía ver, pero aparentemente Nien sí podía. Él oprimió con fuerza el acelerador, y la nave con alas de murciélago salió a toda velocidad por el enorme agujero que la explosión del *Mellcrawler* había abierto en el casco del *Shieldmaiden*.

Leia, aún deslumbrada, intentaba entender la batalla que se estaba librando alrededor de ellos. Destellos de luz rodeaban al *Shieldmaiden*, el cual se estaba inclinando peligrosamente. Ella pudo ver la silueta triangular del otro Destructor Estelar y los cazas TIE que salían de sus entrañas.

—¿Cuánto tiempo falta para que demos el salto? —le dijo a Nien, preguntándose por qué el sullustano parecía tan tranquilo.

—Treinta segundos —respondió Nien con una sonrisa—. Los registros muestran que el reactor del *Shieldmaiden* está fallando. Debemos decirle adiós.

—Primero necesitamos pedirle a esas naves rebeldes que despejen el área —indicó Leia—. Kidi, ¿puedes contactar a alguna de ellas?

—Sí, sí puedo —dijo Kidi en voz baja—. Ahora que saben que estamos a salvo, están saltando.

—Bien —dijo Leia—. ¿Pero de dónde salieron? ¿De quién es esa fuerza especial?

—Puede decirse que es nuestra —indicó Kidi, y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas—. Son las naves del punto de encuentro, aquellas a las que les advirtió que huyeran. Regresaron.

—¿En serio? —Leia miró a Kidi, asombrada—. ¿Cuántas?

—Todas.

# CAPÍTULO 23

## HONRANDO A LOS CAÍDOS

Una vez que el transbordador se encontró volando a salvo en el hiperespacio, Leia abandonó la cabina de mando para ir a ver a Kidi, quien se había ido a descansar al compartimento de la tripulación.

—¿Estás bien? —le preguntó Leia, tomando su mano.

Kidi negó con la cabeza.

—No puedo creer que haya muerto. Apenas habíamos comenzado a conocernos el uno al otro y ahora ya no está.

—Lo sé —dijo Leia—. Pero no puedes permitir que tu sufrimiento te impida vivir. Eso es lo que he aprendido. Necesitamos vivir por aquellos que hemos perdido, para que su recuerdo se mantenga vivo a través de nosotros. En especial el de aquellos que sacrificaron sus vidas para que pudiéramos continuar.

—Lok —mencionó Kidi— y Antrot.

—Y la gente que nunca conocimos —señaló Leia—. Las tripulaciones de naves que acudieron a nuestro auxilio, los aldeanos de Jowloon y los piratas de Sesid. La manera de rendirles homenaje es continuar con su lucha.

—Cumpliendo nuestra misión, querrá decir.

—Es parte de eso —dijo Leia, recordando las palabras que Mon Mothma le había dicho antes de salir al sector Corva.

»Es parte de eso, pero ahora me doy cuenta de que hay algo más importante —reflexionó—. Peleamos por una causa, pero lo que en realidad estamos haciendo es pelear el uno por el otro. Es por eso que nuestros pilotos prefieren lanzarse a la batalla antes que abandonar a un compañero, o que nuestros soldados se mantienen firmes en lugar de dejar un flanco desprotegido. Eso sucede porque nos preocupamos el uno por el otro. Combatimos como parte de una misión, sí. Pero también lo hacemos porque nos queremos. Y eso es algo aún más poderoso.

—¿Crees que Lok me haya querido?

—Ni siquiera debes preguntármelo —respondió Leia—. Ya conoces la respuesta.



Para sorpresa de Leia, Kidi logró emitir una transmisión cifrada a R2-D2 y, una hora después, Leia estaba viendo un holograma de Luke.

—Mon Mothma ha estado fuera de sí —dijo, sonriendo—. Y yo también he estado un poco preocupado.

—Estoy bien. ¿Dónde estás?

—Kothlis —respondió Luke, y después vio con detenimiento el holograma que veía de ella—. ¿Llevas puesto un uniforme imperial?

—Así es —dijo Leia—. Su dueña anterior no lo extrañará, ahora solo es polvo espacial, junto con su Destructor Estelar, del cual lo único que queda es el transbordador *Tydirium*.

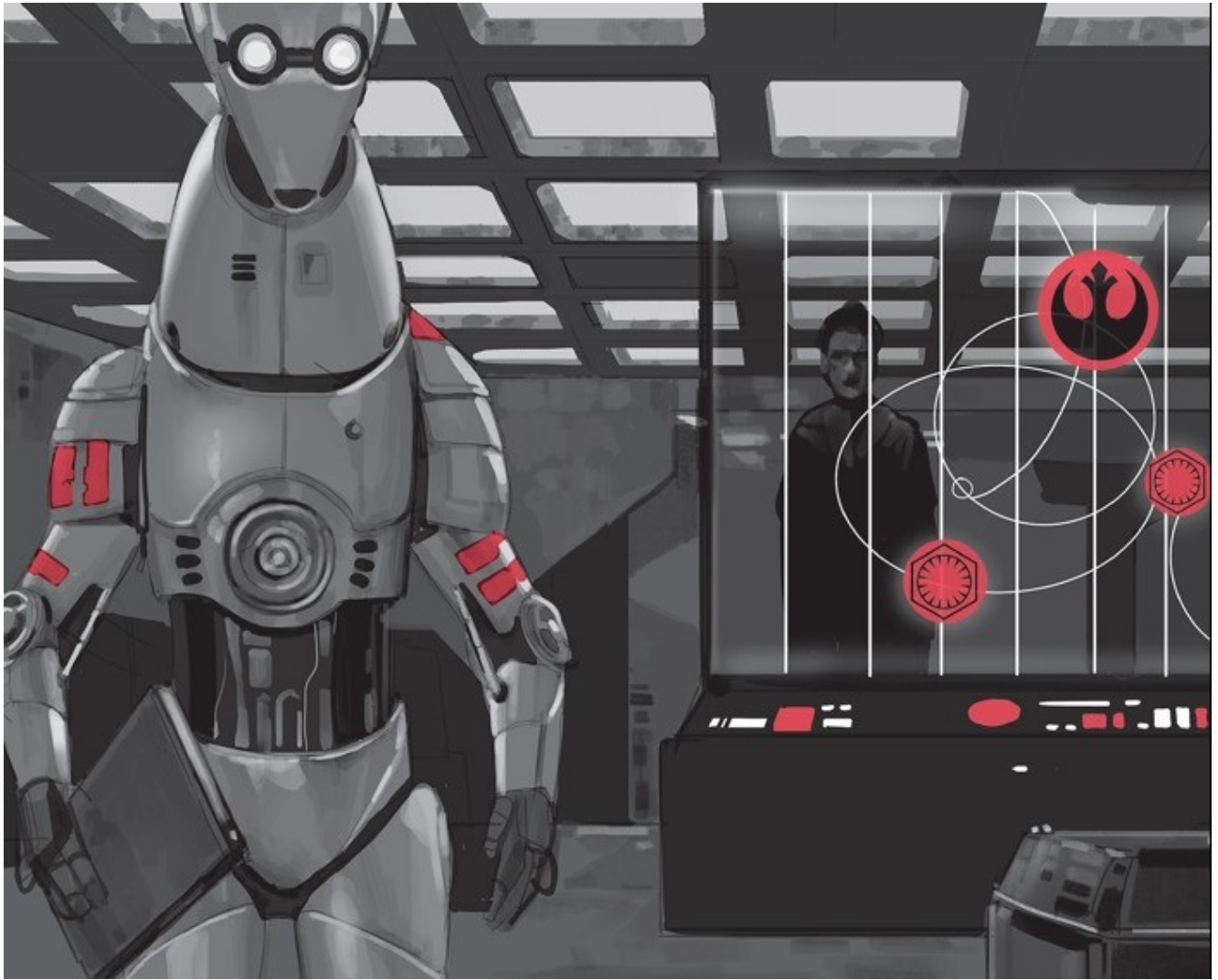
—Tendrás que contármelo todo cuando llegues. La flota ya casi está completamente reunida. Además, tenemos nueva información de Han. Sigue en carbonita, en el palacio de Jabba. Tengo un plan para sacarlo de ahí.

Leia miró el uniforme que llevaba puesto.

—Desconozco tu plan, pero he estado pensando en un papel que podría representar. Te lo contaré cuando lleguemos a Kothlis. Después iremos por Han y lo traemos con nosotros, que es donde debe estar.

# EPÍLOGO

The background of the page is a solid black rectangle. Overlaid on this is a large, stylized graphic composed of horizontal red lines. The lines are arranged to form a large, dark, teardrop-shaped silhouette in the center. To the right of this silhouette, a large, bright red semi-circle is visible, partially overlapping the black background. The overall effect is a high-contrast, graphic design.





PZ-4CO permaneció en silencio un largo rato después de que Leia terminó y, por un momento, ella pensó que el droide de protocolo se había apagado sin que ella se diera cuenta. Pero después, los ojos del droide se iluminaron y la holograbadora que salía de su pecho se apagó y se retrajo dentro de su torso.

Leia volteó al escuchar que llamaban a la puerta de su habitación.

—Este es un excelente comienzo, general Organa —indicó el droide—. Quizás ahora podremos hablar de su infancia en Alderaan...

—En otra ocasión, PZ —respondió Leia—. Esto es más que suficiente por un día. Además, tengo una visita.

Ematt estaba al otro lado de la puerta.

—Mayor, qué oportuno —dijo, mientras el droide se alejaba por el corredor con un ruido metálico—. Justo estaba recordando la misión Luna Amarilla, exactamente antes de Endor. Seguramente recuerda cuando usted y Nien Nunb me trajeron a Zastiga, donde todo comenzó.

—Claro que lo recuerdo —asintió Ematt—. Si puedo preguntarlo, ¿qué la hizo recordar eso? Ah... finalmente aceptó dictar sus recuerdos.

—Al menos empezar —dijo Leia—. Era una pregunta acerca del deber, de nuestro compromiso con la causa y entre nosotros, y de cómo podemos equilibrar ambos. Es algo que aprendí luchando contra el Imperio y, ahora, Poe está aprendiendo la misma lección contra la Primera Orden. Ya lo he discutido con él. Ya es bastante grande como para oírme, pero no lo suficiente como para escuchar. Seguiré intentando.

—El compromiso de Dameron es absoluto —indicó Ematt—. Y es nuestro mejor piloto. Él obtendrá lo que necesitamos.

—Nunca me he preocupado por el compromiso de Poe. Mi preocupación radica en lo que eso le podrá costar.

Ematt asintió y Leia lo observó.

—Conozco esa mirada —dijo Leia—. ¿Hay noticias de Jakku?

—Sí, general —respondió Ematt—. La estamos esperando en el centro de control.

Leia asintió y salió al corredor. La puerta se cerró tras ella. Mientras caminaba con Ematt hacia el centro de control, sintió un cosquilleo conocido en algún rincón de su mente. Los eventos ya estaban en marcha, y ella sería el foco de ellos... el centro de la acción.

Y eso, incluso después de muchos años de guerra, era un alivio.